

Cuando Barding dijo:

— Me gustan las cabezas
provocativas,
hubo en todas...



EL AMOR DEL MONSTRUO
novela de
Julían Alvaro Sol
En este número

HOY

argentina

0,20

NOVELISTAS DE HOY

No hace dos años todavía, dos interesantes libros — "Adolescencias", "El Triunfo" — revelaron la presencia de este novelista que hoy presentamos. Dos primeras novelas en las que se acusaba ya el mérito de personajes formados o dibujados en su realidad física, sin esa entristecedora degradación de energía que acusan otros temperamentos menos dotados. No era este su único mérito, y en la inicial y confusa precipitación de toda marcha algo apresurada, acusaba no obstante otras cualidades: sencillez, claridad, vigor y demostraba sobre todo poseer el medio verbal de hacer traslaticias esas cualidades a un arte.

Alvaro Sol es temperamentalmente un novelista. En este sentido hay algo que define bien su posición y su temperamento y es ese libre juego de los personajes, esa actuación de las figuras sin subordinaciones o matices íntimos que sólo le son propios al escritor y que imprime en ocasiones al mundo narrado o imaginado una tiertura convencional o un extraviado juego de actitudes. En Alvaro Sol no existe era empujecedora muestra de paternidad. Sus personajes son libres — en lo que esto supone ausencia de "su" imposición — y en su lenguaje sobre todo se estampan transgresiones a una moral elástica y a una ética social ya frecuentemente discutida. En un medio reducido como el nuestro, esto es mucho, pero su presencia no obstante — como la de otros buenos y pocos escritores argentinos, — fué silenciada por esos agresivos y estériles polemizadores personales que en lugar de hacer crítica hacen política y rastacuerismo literario.

Pero esto último poco interesa en realidad y ahora, para que comiencen a conocerle los lectores que ignoraban su nombre, aquí les anticipa "Hoy, Argentina", una novela breve: "El amor del monstruo", realizada a trazos concisos, de figuras fuertes y con algún alarde de prodigalidad objetiva y que es una excelente muestra de esa su manera de acotar algo gráficamente el camino de diversas realidades.

Dentro de poco — importa destacarlo como una posible y futura discusión a estas líneas — aparecerá "La Jaula Sangrienta", novela también de construcción un poco escenográfica, cuya acción se desenvuelve en cuadros paralelos y que constituye su primer paso en firme y la aspiración legítima a un puesto de avanzada.



HOY
argentina
Nº. II Año I
Redacción y Ad-
ministración Maipú 457
Teléfono 31 Retiro 3634

El
tercer
número
aparecerá
el martes 23
de Mayo de 1933

27 de Abril de 1933

"A NOSOTROS, LA LIBERTAD"

En Corrientes se realizaron elecciones provinciales. Encontramos en el resultado del escrutinio esta cifra: Socialistas, 396.

Se trata de trescientos noventa y seis ciudadanos corrientinos que, seguramente, no han leído jamás a Carlos Marx y nada saben del manifiesto comunista. Acaso no sepan que Lenin ha muerto, pero fueron a votar, en Corrientes, por los socialistas. Nosotros no somos socialistas ni nada por el estilo, pero nos enternece la aparición, en la campaña argentina, de trescientos noventa y seis hombres que están solos y esperan. Han votado otras veces por los radicales; luego lo hicieron por los conservadores, y más tarde por los antipersonalistas. A través de sus tres votaciones hubo siempre en sus cascos pobreza o miseria y sus chicos no fueron a la escuela por falta de botines. Sin embargo, trabajaban y sufrían siempre. Entonces se dijeron un día: vamos a votar por los socialistas; puede ser que ellos hagan que comamos ahora y que nuestros hijos tengan botines para ir al colegio. Se trata, pues, de trescientos noventa y seis hombres de Corrientes, que están solos y esperan, y que han votado por el socialismo, viniendo su susto provinciano ante la terrible palabra, sin saber quién era el barbudo Marx, pero ilusionados con la esperanza de cambiar de vida alguna vez. Son trescientos noventa y seis hombres que, fuera de lo común, sueñan con una vida mejor, con una humanidad más justa. Son trescientos noventa y seis hombres cuya soledad y espera en Corrientes nos enternece.

El año de 1933 es absolutamente necesario que las Cámaras sancionen alguno de los proyectos de ley de propiedad artística y literaria de que son autores los diputados Noble, Rodríguez Pinto y el Ministro de Instrucción Pública. Salvo detalles fácilmente corregibles en el seno de la comisión en donde duermen esos proyectos desde el año pasado, los tres son buenos. Habría que arreglar el artículo que se refiere a la duración de la propiedad literaria, limitada a 25 años —no sabemos por qué— en el proyecto Noble, cuando en el original proyectado por los escritores y autores en tantas arduas reuniones, se establecía sensatamente 50 años.

Esos proyectos no son, con todo, ideales. Tienen muchas fallas y muchas faltas, pero urge su sanción pese a todas sus deficiencias, porque la situación realmente angustiada del productor artístico así lo exige. Aunque nunca se haya legislado en este país sobre propiedad literaria —pues la existente ley 7092 no puede ni tomarse en cuenta dada su inocuidad— deben nuestros legisladores, urgentemente, decidirse a pensar en el músico, en el escritor, en el periodista, en el productor intelectual, en suma.

Buena o mala la esperada ley, que venga de una buena vez. Después, la discutiremos.

Será inútil, lector, decirle a usted que, a pesar de todo, hemos vendido todos los ejemplares del primer número de HOY argentina.

Será inútil, lector, decirle a usted que el material del primer número de HOY argentina era muy bueno, pero que su disposición tipográfica no lo era. Y ahora es inútil decirle que este segundo número es mucho mejor, y que mejores serán el tercero, y el cuarto, y el quinto, y, así, sucesivamente, hasta lo inmejorable.

A usted, lector, anónimo lector de la calle, de la oficina, del taller y de la tienda, gracias por habernos leído y por seguir leyéndonos. A nuestros amigos, a los diarios, a todos, en fin, los que nos hicieron llegar una palabra cordial o un sostenido interés, gracias.

González Trillo
Ortiz Behety

La Persecución

Cuento

Nunca olvidaré aquella tarde en que un hombre alto, delgado, con una expresión angustiada en los ojos, me detuvo bruscamente en la esquina de Sarmiento y Reconquista.

—¡Castel! ¡Por fin! — exclamó. Yo adopté una fría actitud de indiferencia. Me dirigí hacia él lentamente y le dije, con una voz suave y apacible:

—Está equivocado... Yo no soy Castel.

El desconocido me miró con ojos críminosos; una espuma brillante le burbujeaba en la comisura de los labios.

—¡Usted es Castel! ¡Estoy seguro!

Yo fingí que me ponía nervioso ante la insistencia de ese hombre ábrabillario que parecía ocultar propósitos siniestros. Quise dar por terminada aquella escena grotesca y le dije:

—¡Usted confundió! Yo soy Miguel Olmos — y recalqué, para que entendiera bien — ¿Oye?... Miguel Olmos.

El pareció vacilar por breves instantes, se apagó el brillo de sus ojos, sus manos nerviosas cayeron, en un ademán de fracaso, pero sólo por un momento. De pronto sus ojos volvieron a brillar, sus manos se aferraron a mí, y gritó con una voz estridente:

—¡No! Usted ya se me escapó una vez con esa treta, pero ahora no se me escapará, no... Hace dos años que lo busco... y ahora — ¡por fin! — he logrado dar con usted. Ahora no se me escapará más... Invente... ¡forje mentiras, fábulas... lo que quiera... Yo no lo creeré nunca más... nunca más!

Me tomó del brazo, y antes de que pudiera oponerle resistencia, me arrastró por un laberinto de calles hasta que me dijo:

—Entremos aquí.

Era el bar "Alaska", en un só-

tano, entre una carbonería y el Banco Sirio-Libanés. Todo estaba obscuro. No había ningún cliente a esa hora en la que debía reinar el bullicio, la animación, la alegría. Sólo un mozo, de aspecto patibulario, dormitaba en una silla. No había sentido nuestra llegada y continuaba dormitando. De una claraboya llegaban a nuestra mesa restos de pasar algunas sombras apresuradas.

Yo intenté llamar al mozo, para romper ese silencio hostil que oprimía como una mole de plomo, pero el extraño sujeto me detuvo con una mirada autoritaria.

Me sentí tímidamente mientras el energúmeno daba un tremendo puñetazo a la mesa. El golpe multiplicado por el eco de ese sótano húmedo y frío, tuvo la virtud de despertar al mozo, quien, sobresaltado, vino a pedirnos disculpas.

Pero el desconocido, ajeno a todo y mirándose fijamente, como si quisiera escrutar el secreto de mi alma, gritó:

—¡Ahora arreglaremos las cuentas!

El mozo, asustado, fué a atrincherarse detrás del mostrador.

—¡Usted es Castel! — repetía.

—¡Yo no soy Castel!

—¡Usted es Castel!

—¡Le digo que no soy Castel!

—¡Y yo le digo que usted es Castel!

—¡Ya que está empeñado en ello, ya que está obsesionado por esa idea que me está creando a mí una situación violenta, está bien, dígame entonces que yo soy Castel. ¿A dónde quiere ir a parar con esto?

—¡Ya ve usted que a mí no puede engañarme — aulló satisfecho de su victoria. Me engañó una vez pero eso ya terminó. Ahora tengo... la experiencia... La experiencia que usted me dió con sus falsedades y artimañas de mala ley...

—Terminemos... ¿Qué quiere usted de mí?

—¡Hace dos años que lo busco, día por día, hora por hora; era mi obsesión, mi angustia. Necesitaba encontrarlo para despojarme de todo este rencor, de todo este odio que he venido acumulando durante veinticuatro meses. Necesitaba encontrarlo para hacerle pagar gota a gota todo lo que me hizo sufrir. Usted destruyó mi vida, me humilló, me vejó, me robó lo que más quería en el mundo. Y he guardado todo este odio desesperado para derramarlo algún día. Hoy es mi día. ¡Ya llegó el momento!

Tenia hilos de sangre en la córnea del ojo. Las manos le temblaban. Respiraba convulsivamente y a veces se llevaba la mano al pecho como si sintiera una opresión.

—Estaba sediento de venganza. Vivía para vengarme; mi vida no tenía otra finalidad, pero usted era un fantasma, era humo. ¡A usted se lo había tragado la tierra!

Lo busqué en la casa de sus tíos y allí me dijeron que se había ido a Valparaíso, lo busqué en el Hoboken y en el Amsterdam, los otros que usted frecuentaba, y me dijeron que se había ido a Río Janeiro con una bailarina francesa. Nadie me daba datos concretos. Todo era vago, impreciso. Ninguno sabía nada. Que quizás estuviese en las provincias, en una jira comercial, que quizás se hubiese ido a Europa como agregado de embajada... En fin... falsedades... falsedades siempre...

—Hasta que un día me encontré por casualidad con su mujer y me dijo que usted iba a comer todas las noches al figón alemán de La Campana.

Yo tenía todo preparado. Fuí esa misma noche. La recuerdo como si fuera hoy. La noche del tres de agosto de mil novecientos treinta. Llovía abundantemente. La calle Balcarce estaba llena de charcos de agua.

Empapado, sucio, pero temblando de cólera, llegué al figón. Allí estaba usted, rodeado de mujeres y de amigos, como siempre. De víctimas y de cómplices, como siempre. Se reía como si la vida fuese una cosa alegre, como si estuviera plenamente satisfecho de sus actos, sin un remordimiento sobre la conciencia, como si no hubiese ninguna duda en su vida sinuosa. Yo también reía cinco minutos después.

Me acerqué a usted y le grité:

—¡Castel!

Usted me miró con sorpresa como hizo hace un momento, y me dijo con una sonrisa burlona:

—Usted se equivoca, señor, yo no soy Castel.

¡Usted se equivocó, señor! ¡Imbécil de mí! Insisti, pero ante su negativa, apoyada por la risa sardónica de todas aquellas mujeres que lo rodeaban, creí verdaderamente que me había confundido y le pedí disculpas. Idiota, idiota, idiota... ¡Cómo se habrá reído usted de mí!

Estaba fatigado. Hablaba con vehemencia, como si cada palabra fuese un arma arrojada.

—Y era usted, sí, después comprendí que me había engañado como a un niño, y cuando volví al figón, usted — claro está — había fugado velozmente. ¡Usted!

Y me apuntó con su dedo índice como si hubiera sido un juez de película cinematográfica.

Yo ya estaba cansado de toda aquella irrupción de palabras, y le dije calmadamente:

—Déjeme tranquilo. Le repito que está equivocado y que no entiendo una palabra de su relato incoherente...

—Incoherente, ¿eh?...

—Incoherente, arbitrario y fantástico, por no decir fantasmagórico. No sé qué papel quiere asignarme en esa tragicomedia que se ha forjado.

—En esa tragicomedia que he vivido... que hemos vivido, ya le he asignado el papel que le corresponde... el papel de víctima.

—¿Piensa matarme?

Quería aparentar indiferencia, pero sabía que aquel hombre era capaz de cumplir sus propósitos. Tenía miedo. El destino quisiera que tuviera una trágica deuda de dolor con aquel hombre que antes había humillado, escarnecido, y al que ahora temía.

Fué hace dos años, en el otoño, como bien lo recordaba aquel hombre.

Yo estaba locamente enamorado de Susana. Aquel hombre era su padre, y él también sentía adoración por esa criatura que había nacido con ese irresistible don de simpatía



que solamente tienen las almas puras.

Ella fué como un remanso de paz en mi vida de cinismo y de aventura.

Recuerdo. Yo también recuerdo como si fuera hoy.

—Te espero esta noche — me decía ella con su vozecita alegre.

—Tu padre estará hoy insoportable. Me mira como a un enemigo. No vendré.

—Sí...

—No...

—Sí...

—Sí...

Susana estaba contenta y yo iba amasando unas ideas perversas que me dominaban, producto inconsciente, quizá, de la vida canalla que hasta ese entonces había llevado.

Noche tras noche hacía el mismo camino turbio, siniestro, miserable, entre el barró del arrabal inundado en invierno, y bajo una oleada de polvo en verano, en esa jungla de

casas de zinc, de madera y de lata.

La casa de Susana estaba en una esquina desolada. Era una casa vieja llena de plantas casi salvajes que trepaban por las paredes y cubrían todo el frente.

Llegaba yo y ella saltaba con esa ingenua alegría de las adolescentes para quienes todo — hasta el incidente más simple e insignificante — es una aventura.

Pero después venía el tormento, la tortura: el padre. Cuando yo llegaba ponía su sillón frente a nosotros y permanecía allí horas y horas, sin moverse, sin pronunciar una palabra, cuidando a su hija como hacen los ídolos con sus dioses, en una muda y perpetua contemplación.

En invierno, junto a un brasero humoso, en verano en el patio de tierra, pero siempre el padre custodiando a su hija como al fuego sagrado.

Quizás esa fué la causa que me

obligó a comer la última canallada de mi vida. Un día que el padre de Susana estaba postrado en la cama, enfermo, logré convencer a Susana de que fuese mi compañera fiel en mi errante vida de aventurero.

Después fué el encadenamiento de cosas fatales. La fuga... el idilio... la felicidad completa. Y más tarde, lo terrible, lo inesperado, la enfermedad de Susana y su muerte repentina. En cuarenta y ocho horas una fiebre voraz la arrebató para siempre.

Viví horas de desesperación. No tuve el valor de presentarme a su padre y confesarle la verdad. El lo supo todo más tarde. No me lo perdonó nunca. Yo traté de escapar de mi mismo. Me embriagué hasta caer rendido debajo de las mesas, sin ninguna esperanza, pero con el

miedo terrible y cobarde de que de pronto surgiese la figura cruel del padre de Susana.

Y ahora estaba allí, delante mío, y yo le preguntaba, casi con ironía:

- ¿Piensa matarme?
- Me cree usted tan ingenuo?
- ¿Entonces?

—¡Vea! — y desplegó ante mí una libreta llena de anotaciones hechas con tinta roja. En la tapa había una inscripción: "Para el día que encuentre a Mauricio Castel".

—¿Qué es eso? — le pregunté.

—Durante setecientos treinta días he anotado aquí los suplicios más refinados para vengarme. Usted sería la víctima propiciatoria. Pero eran suplicios ridículos, irrisorios,

que no le harían sufrir nada... o quizá muy poco... Lea y verá.

Estaban anotados allí todos los suplicios más atroces. Todos descritos en una forma exaltada y terrible. Parecía una alucinación. Aquel hombre debía tener, verdaderamente, sed de sangre y de venganza.

—Yo me sentía débil e indefenso, y dije una palabra, una sola palabra, despacio, muy despacio:

—Susana...

Y bastó para que aquel hombre dejara caer la cabeza entre sus manos y sollozara horriblemente. Después levantó la cabeza, me miró profundamente, apoyó las manos en mis hombros, y balbuceó:

—Hijo mío...



ROMANCE DE LA NIÑA
DE SANTIAGO
POR
LUIS CANE

No por negocios de cobre
ni para mercar salitre,
a través de tus montañas
desde mis llanuras vine.

Vine desde mis llanuras
a rodar tierras de Chile,
y me he quedado en Santiago
mirando tus ojos tristes.

Ay, la niña de Santiago,
la de Santiago de Chile,
que vas a pie al San Cristóbal,
para rezarle a la Virgen...

Ativa, pero con gracia;
dulce, pero sin melindre,
te enseña el cielo a ser clara,
tus montañas a ser firme.

Hablando en diminutivos
todo a tu encanto se rinde,
y al caudal de tu ternura
el corazón no resiste.

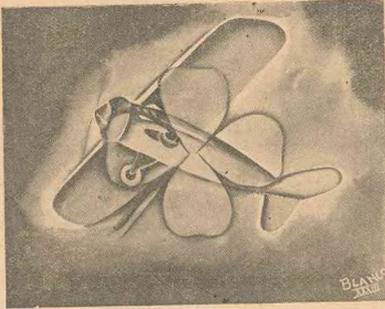
Ay, la niña de Santiago,
la de Santiago de Chile,
desde el cerro San Cristóbal
te guarde siempre la Virgen;
transparente como el cielo,
como tus montañas firme.

Este asunto de la carne...

por GUBELLINI



Leonidas Barletta



El trébol de cuatro hojas

Cuento

I

Esta verídica narración se debe a un trébol de cuatro hojas. Un tallo de trébol ligeramente acanala-do en el frente, redondeado en el lomo, graciosamente arqueado. Un tallo tierno, verde claro, que abre en su extremo las cuatro hojitas finamente dibujadas.

Cada diente de las hojas corresponde a una minúscula vena blanca, tan fina, tan pura, que acaso haya motivos más que suficientes para comprender que la vida que pasa por este hilo sutil, es la misma que agita el corazón del hombre.

Cuando se comprende esto, se ve con bastante claridad que no todo en el mundo ha de ser preocupación por mejorar el bolsillo, ni por conseguir placeres, ni por estar a las buenas con tal o cual divinidad, ni por nada. Empieza uno por sentir la cabeza limpia de menudas y mezquinas ideas, como si el cráneo fuese un cofre y se pudiese abrir y hacer entrar en él el sol de un buen día de otoño.

Entonces ocurre algo extraordinario: todo lo mo-hiento adquiere brillo y las cosas puras del mundo en las cuales no habíamos reparado, empiezan a saludar-nos jovialmente.

Ahora viene lo del trébol y el porqué de que, des-pués de tan dichoso estado de gracia, caí en la más negra desgracia.

En medio del tráfigo de nuestra existencia ciudadana cada vez siento con mayor intensidad la necesidad de imprimir un ritmo calmo a mis pensamientos, ya que no a mis acciones. Materialmente estoy dentro del vértigo que arrastra nuestras vidas, acelerando siem-pre un poco más sus giros; pero me gusta soñar y pensar lentamente,erezosamente. Cuento con dema-siada cachaza y con muchas palabras. Lo siento; pero no lo puedo remediar. Espero que haya todavía per-sonas que gusten recostar su espíritu en un relato co-mo recuesta uno el cuerpo en el lecho, para descan-sarlo del trajín cotidiano, con la sabiduría de que no se puede dormir más cantidad de sueño en una noche.

Por supuesto que yo ignoraba que Byron había es-crito esta sentencia: "Para que un hombre llegue a ser un poeta, ha de ser, o enamorado o desgraciado". Ignoraba además, no ya la ciencia del verso, sino la más simple regla para componer una cuarteta. Toda

mi vida me lo había pasado calculando las revolucio-nes de los motores, hablando de cilindraje, de magne-tos, carburadores, chispas, encendidos, y qué se yo cuantas palabras mágicas. Sabía distinguir por las ex-plosiones un motor de otro; pero estaba enamorado, dudaba y era desgraciado, ¿podía no ser poeta?

Los seis meses que pasé en la cama, me los pasé componiendo versos. Y leía a Byron.

Ahora los motores chicoteando en los oídos, brutal-mente, tenían para mí misteriosas palabras. Percibía por primera vez las voces de un mundo hasta enton-ces ignorado y veía con asombro que las cosas que nos rodean participan también de nuestra vida, sufren nuestras contrariedades y gozan nuestras alegrías.

Por ejemplo, yo estoy convencido de que el sargen-to enfermero sabe que estoy casado; pero aparenta ignorarlo.

Aquí viene la miga. Tanto había llorado mi madre al verme convertido en aviador, que ya no le queda-rían lágrimas para llorarame si muriese.

Movía la cabeza y me decía:

—No has hecho nada más que darme disgustos. No has hecho otra cosa que contrariarme. Primero esa locura de volar... ahora esa mujer...

—Mamá — le dije suavemente — hay que dejar que cada uno haga su vida.

Ella no comprendía nada de esto. ¿Qué significaba "hacer cada uno su vida"? Sin embargo, a pesar de la vida sombría que había llevado yo, sentía una ne-cesidad absoluta de romper todo vínculo con el pasa-do, y dos cosas claras veía en mí: el afán por crear a mi modo la belleza y el amor por la máquina.

En todo lo demás estaba desorientado.

Estábamos en un rincón del gran comedor familiar. Por una ventana estrecha y alta entraba una luz fría y triste.

Apoyé los codos en las rodillas, junté las manos y empecé a hablar fervorosamente.

—Mamá... nos llevamos tan bien... estamos tan enamorados... mamá... la conocí el día que me diste el trébol de cuatro hojas... cuando hice mi pri-mer vuelo.

—Qué diré yo a tus tíos... qué le diré a tu novia...

—No tienes nada que decir. Aquí está la carta para

Fernandita. La leo. Oye bien, "Fernanda: Siempre nos dijimos que íbamos a ser sinceros. Siempre nos prometimos obedecer nada más que el corazón, Fernan-da: quiero y me parece que soy querido. No puedo apartar de mí el recuerdo de esta mujer. Ahora com-prendo qué es el amor. Ahora sé qué es amar. Per-dóname. Te envío el trébol de cuatro hojas que me dió mamá y al que le debo mi dicha y mi vida, por-que tú sabes que no he volado nunca sin él. Ahora es tuyo con mi amistad y mi cariño, y ojalá él te traiga tanta felicidad como la que me dió a mí".

Las últimas palabras corrieron por los estantes donde se guardaba la cristalería, con un tintineo frío y egoísta.

Quedamos un instante en silencio.

—Ahora — dijo la anciana — ¿volarás sin el tré-bol?

—Ahora, señora mía — dije con una risita burlona, haciendo una reverencia — estoy protegido por el amor.

II

De veras, me sentía otro. No vale la pena contar cómo nos conocimos. Recuerdo que la tercera vez que nos vimos yo la traté de tú. Me sonrió con una mi-rada que quería decir: está bien. ¿Para qué resistir? Y nos fuimos queriendo despacito como si hubiésemos de acercarnos a la gran pasión que prevelamos, lenta-mente, en puntas de pie.

Y llegamos a la pasión. Una pasión honda y sin-cera. Yo no sabía que se pudiese llegar a querer en tal forma. Si nos mirábamos fijamente uno segundos, no sé porqué nos conmovíamos hasta el punto de que

las lágrimas salían a nuestros ojos. Era como un te-mer por nuestra felicidad, la angustia del mañana, la intuición del previsto y seguro destino de todo gran amor.

Hablaré con franqueza. A Fernanda la quería con la luz de mis ojos. Cuatro años de novios, de amistad serena y pura, de proyectos nobles. Pero esto, esto era algo desconocido para mi corazón. Una pasión sin control, sin freno, agitada, plena de nuevas emocio-nes. Yo decía: "Irene", y mi voz temblaba. De repente el mundo se llenó de Irene. Abría un libro y la he-roína se llamaba Irene, me presentaban una persona y se llamaba Irene, los que me rodeaban me hablaban de Irene. Irene estaba en todas partes. Todos la pre-tendían, todos la admiraban como yo. Y luego, la primera vez que nos besamos, la primera vez que sentí la carne húmeda de sus labios, Del Este venía una noche lóbrega y el horizonte en poniente estaba todo inflamado de rojo violento. Ella se alejaba de mí, por una calle en pendiente, y de vez en cuando volvía la cabeza y yo estaba como en éxtasis. Después me eché a correr frenéticamente. Corría, corría, y cuando me detuve sin aliento, me apoyé en un árbol y me puse a llorar.

Las boyas del canal parpadeaban su luz roja, in-cansablemente. Un aire de tormenta envolvía mi fre-nte ardorosa. Tal era mi felicidad, tan honda mi dicha, que fui a ver a Fernanda, y le conté con exaltación todo lo que me ocurría, como si en verdad le estuvie-se ocurriendo a otra persona.

—¡Bah! — dijo ella — las pasiones furiosas, como las grandes tormentas, pasan enseguida.

Inferiormente alcancé a lanzar una enorme carcaja-da. Me entretuve en comparar malignamente los ojos, la boca, la nariz, el óvalo del rostro de una y otra. Sentía algo de irritación. Hubiera querido decirle a

COLEGIO BRITANICO

FUNDADO EN 1868

El más antiguo de la Capital Federal

INCORPORADO

A LA ESCUELA SUPERIOR DE COMERCIO
AL COLEGIO NACIONAL BERNARDINO RIVADAVIA
AL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

FUNCIONAMIENTO DE LOS CURSOS

COMERCIAL de 8 12

BACHILLERATO

Turno DIURNO, de 13 a 17.
Turno NOCTURNO, de 19,30 a 23,10.

GRADOS

Turno DIURNO, (Mañana y Tarde).
Turno NOCTURNO (Para Adultos).

Todos estos cursos gozan de su Incorporación respectiva
PUPILOS, MEDIOS PUPILOS Y EXTERNOS

BOLIVAR 569

U. T. 33, Avenida 1721

la pretenciosa: tienes que rodar mucho mundo antes de meterte a hablar.

De pronto sentí sus ojos sobre los míos. Quise mirarla y no pude. Comprendí que Irene me atraía en otra forma, pero que estaba definitivamente ligado a Fernanda. Lo sentía en las entrañas. Para no mirarla en los ojos, observé su pie, fino y morbido, el tobillo delicadamente insinuado bajo la media de seda... Caí de rodillas y volví a llorar amargamente sin saber explicarlo.

Fernanda lloraba arrodillada al lado mío y me besaba las sienes, pero no me sacó ni una palabra.

Al día siguiente, de mañana, tuve que salir en vuelo a Montevideo. Cuando llegué al Puerto de San Fernando, aceleré el motor y pasé rozando los techos de tejas de la casa de Irene, volví a dejarme caer hasta los cien metros y entonces vi cómo salía presurosa al jardín, y respondía brevemente al saludo que le hice con la mano.

Desde entonces, siempre que he levantado vuelo, aunque fuese de noche, aunque llevase pasajero, no he dejado ni una vez al distinguir las luces del puerto de San Fernando, de desviarme de la línea de la costa para saludar con el zumbido de mi motor, a la mujer que amo. Un momento... sí, está bien: que amo.

La noche que me ocurrió el accidente que casi me cuesta la vida, todo se combinó en tal forma que un cerebro menos normal que el mío en seguida hubiese creído en la influencia de las fuerzas divinas.

Yo ahora no creo en nada. Cuando volaba, sí, creía. Pero seguramente que sería por la cantidad de riesgo que se sufría.

Me acuerdo que escribí la carta para Fernanda. Después de leerse a mamá, como me parece que he dicho, puse en el sobre el dije de oro que contiene el trébol de cuatro hojas que mamá me había dado como amuleto el día de mi primer vuelo solo, y lo mandé a Emilio con el coche a entregarlo en propias manos.

Cuando oí el ruido del motor del automóvil que estaba de vuelta, terminé de tomar el café, besé a mi madre y salí.

—¿Entregaste el sobre a la misma señorita Fernanda? — Interrogó a Emilio.

—Sí, señor.

—¿Lo abrió?, ¿lo leyó?, ¿qué dijo?

—No, señor; se puso muy contenta. Es de Ernesto, dijo, está bien, déjelo y muchas gracias.

Cerré mi capote, me senté en el automóvil con las piernas bien estiradas, Emilio tomó el volante hacia el aeródromo. Apenas salimos de la ciudad, nos envolvió una noche negra. Los focos de los faros hacían retroceder la oscuridad que se volvía a cerrar detrás nuestro.

No cambiamos ni una palabra con mi mecánico. El automóvil rugía en medio de la noche. Irene me traicionaba en la noche; Fernanda lloraba en medio de la noche. ¿No hubiese sido mejor que Fernanda hubiese muerto o se hubiese enamorado de otro?... "Querido Ernesto: Tengo que confesarte que ya no te amo. Me perdonarás, ¿verdad?..." Si, la perdonaba. Era triste; pero perdonable. Y allí estaba Irene, con sus grandes ojos y su piel, tan fina. En vez... "Fernanda: siempre nos dijimos"... La sinceridad... ¡ouff!... la sinceridad... ¡qué aburrido! Prefiero ser hipócrita pero defender mi derecho a la vida. Que nadie me ate, que nadie tenga derecho a esclavizarme. Ni mi madre, ni mi novia... Quiero amar; pero sin sometarme a nada ni a nadie. Quiero amar a mi modo; sin prejuicios, sin complicaciones. Quiero adueñarme del alma de la mujer, no de su cuerpo. No quiero ser propietario de un cuerpo de mujer, quiero llegar hasta su alma dejando en libertad el instinto...

Fernanda... ¿No nos queríamos? Si... nos queríamos... pero en otra forma... es distinto... es algo inexplicable... Irene... querida... me duermo... Fernanda: el trébol de cuatro hojas te ayudará... ¿Llevo el dinero?... un beso... puente... ente... ente...

Me dormí. Desperté cuando el coche se detuvo en el aeródromo. Ya estaba el aparato fuera del hangar. Conversé un rato, tomé una copa de cognac, escribí en una carilla: "Son las 12. Me encuentro bien. En este momento parto sin novedad. Regreso el jueves al mediodía. Un abrazo grande de tu hijo".

Entregué el sobre a Emilio, como de costumbre, me despedí y subí al aparato.

—¿Va?

—¡Listo!

Hicé andar un buen rato el motor, después levanté la mano, saludé por última vez y salí.

El aeroplano se levantó suavemente. Hacía frío. Revisé todos los controles y me puse a pensar en Irene. ¡Qué noble su figura! Su respirar amplio y reposado, sus ojos grandes y serenos y sin embargo con un secreto brillo de pasión, y su frente ancha y blanca, y su cuello oscuro, y su boca de labios gruesos, firmes, bien dibujados, y el mentón sin hoyuelo.

Y volví a recordar el largo beso en una calle de extramuros, en el crepúsculo de fuego. Una sensación de éxtasis, de bienestar indecible, bañaba mi alma y así estuve mientras una parte de mi cerebro, subconscientemente, vigilaba el motor del aeroplano.

Sobre el puerto de San Fernando, torcí suavemente hacia el oeste, dejé la costa hasta llegar sobre la casa de Irene, y fui descendiendo hasta que pude distinguir el lugar, y por dos veces giré sobre los techos acelerando el motor. La luz de una ventana se apagó, se encendió. Estaba allí... pensaba en mí...

Irene, te amo. Estás toda tú llenando mi pensamiento, cuidando de mis actos. Te amo, te amo. Desde que sientes admiración por los hombres que vuelan, encuentro un nuevo sentido a mi carrera. Yo quizás empecé por vanidad y cuando vencí la primer angustia volé por deporte, por amor a la máquina, por amor al espacio; pero ahora, vuelo también por agrandar el concepto de lo heroico que me adjudicas. Porque yo sé que cuando me das uno de tus besos, anchos y mojados, no besas en mí al hombre solamente, besas también al aviador, hundido en su cabina, con su casco de cuero y sus anteojos grandes como las ventanas de observación de un escafandro. Besas al hombre que lleva la correspondencia, a media noche, a mil metros de altura, atento al zumbido monótono del motor, mientras su pensamiento discurre. Besas al hombre que hace señas con la mano, desde el pájaro de madera y hierro.

Y no sé si me besarías si supieses que en el Brasil, sin amar, sin amar te lo juro, estrujé la carne prieta de Ofelia, que es como un fruto del trópico, grácil, morena, sensible, madura de busto, de boca y ojos ardientes.

De su piel se desprende un perfume enervante, a fruta selvática, y también ella besa en mi boca la boca del aviador, besa en mis ojos los ojos atentos y escudriñadores del hombre que atraviesa nubes, que enfrenta con su máquina el viento de la tempestad y que viaja siempre con la muerte al lado.

Hoy no llevo el trébol de cuatro hojas que me ha protegido siempre. Es curioso esto; pero el hombre más inteligente necesita creer en algo en su soledad.

Apenas queda librado a sí mismo necesita creer en cualquier cosa. Ofelia siente la atracción de la gloria. Desearía que yo fuese un aviador de guerra. El héroe de la ametralladora ultrarrápida.

(Continúa en la pág. 36)

¡¡¡ LLAMOP MONSTRUO !!!

NOVELA DE

JULIAN ALVARO SOL

SU risa, su risa de campanas de cristal. ¡Cerrar los ojos y sentir jugetear en su boca una bandada de pájaros en libertad!

El mundo nos era pequeño e insignificante para ocuparnos de él y nosotros nos sentíamos demasiado grandes para intentar mirarnos; no nos quedaba, acaso por eso, otro recurso que amarnos.

Habíamos dejado que la atracción natural marchara entre nosotros sin agregarle apresuramiento ni ornamentación, dándole enteridad al destino nuevo que sentíamos en nosotros: el deseo. Fuimos experimentando día por día esa expansión por dentro de los brazos, de las piernas, de los nervios, de la sangre: una invasión de pudor y de audacia, de espanto y de belleza. Las manos se enredaron en la fiebre y se nos trenzaron los dedos como reptiles que se buscaran el áspid.

Aislados del mundo en una plaza; dentro de los ojos, una luz, una brasa. En nuestro interior bullían ideas afanosas, jadeantes, desnudándonos los cuerpos en busca del punto más sensible. Cuando los transeúntes nos despertaron con su detención curiosa, nos recompusimos serenamente. Tarde ya, luego, muy luego:

—Marcos... Esto es el amor...

—Sí. ¿Por qué tiembla?

Se acercó a mí como abrigándose.

Y llamamos de nuevo.

Se hizo la noche.

Hundidos en el parque. En las sombras del parque.

Un latido único los dos, nada más que un latido; relampagueando en las venas, brincando en las sienes, hirviendo en los ojos. Las palabras existían sin significación; lo mismo hubieran podido ser otras, no hubieran cambiado nada. Apagándose, susurrantes, breves, intensas, como si las pequeñas ideas que encerraban hubiesen ido desapareciendo para convertirse en deseos, carnosas, palpitantes:

—¡Adelmal...

—Bueno...

—Su retrato...

—De playa...

—No...

—Entonces...

—Quiero que esté desnuda...

—¡Oh! ¡qué idea! — Intentó reír; no pudo...

No sabíamos nunca el por qué de nada, no nos interesaba el cómo.
¡Un amor infinitamente grande!
¡Su risa, su risa de campanas de cristal!

Barding. ¡Por qué Barding llegó a ser lo inesperado? Un hombre de éxito. En todos los países tienen alguno como él. Ojos azules o grises, cabellera rubia o morena ¿qué importa? Un ejemplar como los otros, excepciones de cada país. Sus compatriotas esperan su palabra, y ellos lo saben.

Barding. Un niño que ha pasado hombre y que vagó por el hampa, un niño que se hizo hombre con los ojos húmedos de ensueño y una hoguera íntima para sus trastornos de artista; un niño que nació no se sabe cómo, vivió en todas partes, fué curioso siempre y se maduró en la miseria.

Un escritor de fama. Decía las cosas como eran. ¿El comentario público? un hombre audaz. Tenía la risa de sátiro y la usaba para estos casos. Y no cejaba. En las películas norteamericanas el galán hablaba por teléfono con una mujer que siempre era joven y hermosa: "¿quieres cenar conmigo esta noche?"; los personajes de Barding, en cambio, decían lo que pensaban, sencillamente. La palabra no era ya la palabra, sino el pensamiento. Los fracasados murmuraban: "Ha encontrado la forma de convertirlo todo en mercadería de editorial". Barding reía con sus ojos cínicos. Hasta entonces la literatura había sido una profesión en la que sólo contaban la mentira, el fraude y la hipocresía; Barding introdujo la verdad y tuvo éxito porque el público no ignoraba que la verdad era otra mentira. No gusta la verdad. Un escritor tiene que vivir, como los demás. ¡Si sabrá Barding lo que es no comer!

Le encontramos en un salón, entre adulones. Nos lo presentaron y no le dimos mayor importancia. En las reuniones, Adelma y yo, no éramos dos personas; formábamos, los dos, una organización sentimental, un cuerpo aislado, independiente e impenetrable. Pero Barding era el éxito de la noche; le habían traído para eso. Hombres y mujeres le aturdiran con dobleces y zalameñas; pretensiones e intenciones, las de siempre. Barding conocía bien las debilidades de la gente y sonreía cachazudamente.

Cuando Barding dijo:

—Me gustan las cabezas provocativas, hubo en todas las mujeres un envión desafiante del cuello. Y un apesamiento desordenado, como un rumor de pies descalzos, se percibió en el aire. Movimientos rápidos e imperceptibles de coquetería y de exhibición, entre una entonación demasiado femenina.

—¿Qué es una cabeza provocativa?

Barding se detuvo un minuto, seguro del silencio religioso que se produciría. Echó una ojeada sobre el grupo y dijo, reposando una sutil ironía sobre cada palabra:

—El cuello elástico, la boca sensual y la voz entera; una cabeza que indique y viva el minuto exacto de cada acontecimiento.

—¿Un reloj?

—¿O una bestia?

—Una bestia, más bien. O una mujer en la que haya siempre una Salomé capaz de hacer decapitar al hombre de quien desee la boca.

La conversación continuó en el mismo tono estúpido e insubstancial. Yo no comprendía por qué todos, hombres y mujeres, estaban pendientes, ridículamente pendientes de las frases de vitrina que exhibía aquel hombre. Es decir, sí, lo comprendía. Aquellos hombres estaban sarmentosos y vacíos por culpa de las cajas de ahorros, y las mujeres, pobres depósitos en la cuenta corriente del matrimonio, habían perdido para siempre la verdadera alegría. Los hombres de los llaveros, las mu-

jes de las alacenas. Barding era de otra raza. De la raza del calor y del fuego. Tenía activa la carne. El amigo que le había traído a la reunión estaba detrás de él, aprobándole cada frase, sonriendo y pavoneándose de orgullo. Se lo hice notar a Adelma y con este motivo me enfusqué con ella en una conversación un poco rara: una conversación en la que sólo yo hablaba. Era frecuente que uno de los dos hablara por su cuenta cuanto quisiera, entusiasmándose, apasionándose, aturdiendo con su animación al otro. Barding continuaba su exhibición:

—Sí, es cierto; todas las mujeres se defienden. Es la mayor humillación que se infieren.

En ese preciso momento una frase cálida, intensa, que sonó como un pregón sobre el cuchicheo general, me dejó atónito:

—Vea mi cabeza. ¿No le parezco una virgen?

Adelma se había incorporado y adelantado hasta enfrentarse con Barding; la cabeza erguida, la melena partida al medio y sostenida a ambos lados de la cabeza por sus manos abiertas, los codos bien hacia atrás haciendo destacar su busto de pequeños senos, en actitud de ataque, altivo el rostro, la mirada luminosa, arrogante en su gesto, sobre todo en su pecho, ese pecho adelantado en un total ofrecimiento, para toda tentación, sobrealido, y su vibración de desafío, y la frase que había golpeado en mis oídos:

—Vea mi cabeza. ¿No le parezco una virgen?

Se hizo silencio. Todos los concurrentes giraron sus miradas hacia la actitud exótica de Adelma. El asombro detuvo las palabras que pudieron ser: la conversación era general y se desarrollaba en un tono cordial, de manera que cualquiera hubiera podido cortar la pausa fastidiosa. Pero nadie habló. Se estaba pendiente de la rara escena. Había una anhelante curiosidad por el desenlace. Barding, frente a Adelma, había quedado en suspenso; iba a contestarla, al parecer sin haberse repuesto de la sorpresa, iniciando su sonrisa de sátiro y la significación sensual de su mirada, cuando un aplauso aislado, queriendo salvar el difícil momento, embarcó a algunos contertulios en una rápida aprobación por la salida de Adelma.

—¡Muy bien!

—¡Bravo!

—¡Magnífico!

Pero la aclamación terminó en seguida. Barding y Adelma estaban en la misma actitud, a la misma distancia, sosteniendo la misma mirada. Yo me sentí desfallecer; un frío intenso me invadió la piel. Los contertulios hicieron de nuevo un profundo silencio, grandemente extrañados de lo que ocurría. Barding y Adelma parecían no darse cuenta de lo que acontecía a su alrededor. Miré los ojos de Adelma; contuve mi angustiada sensación crispando rabiosamente los puños y apretando las mandíbulas. Yo conocía bien los ojos de Adelma; yo sabía qué querían decir cuando adquirían ese brillo. ¡Adelma! ¡Adelma! La exclamación desesperada se me quedaba en las entrañas retorciéndolas. Sentía necesidad de gritar, de decir algo, de hacer alguna cosa, de sacarles del éxtasis. Pero no pude. No tuve fuerzas. Todos esperábamos ansiosamente el final de aquel breve instante que se hacía terriblemente, trágicamente largo; las miradas de algunos concurrentes se dirigieron hacia mí y yo las rehí, avergonzado e impotente, hundiendo la mirada en el suelo, delante mismo de las punteras de mis zapatos.

—Usted es extraordinario — dijo, por fin, Barding, pesando las palabras.

Se deshizo el contacto.

Un suspiro general nos alivió a todos. Rápidos cuchicheos, alguna risilla, y poco a poco, volvieron a reanudarse los diálogos. Barding siguió su conversación. Adelma se sentó en una esquina de la sala, junto al piano.

Yo sentí, claramente, terminantemente, que, de pronto, algo se había volcado dentro de mí. Que yo no era ya el mismo. Mi cabeza giraba y regiraba en torno de un eje recalentado, chirriante, cada vez a mayor velocidad. hasta el vértigo, confundiendo las imágenes y las ideas. Me sentía con fiebre y con sed. Me hubiera embriagado allí mismo si no me hubiera detenido el mismo aturdimiento, sin importármese de la posibilidad del ridículo.

Apenas recuerdo lo que ocurrió después. A través del tul neblinoso de mi enajenación me sentí salir como de costumbre del brazo de Adelma. Notaba en mí un calor extraordinario; a pesar de ello me arrojé el cuello con las solapas del saco e hice esfuerzos para no tiritar. Adelma estaba alegre, más animada que lo que habitualmente acostumbraba a estar; hacia comentarios de todo con una jovialidad especial.

Su risa — ¡su risa de campanas de cristal! — me era ahora desagradable, estremeceadora. De pronto durante el transcurso de una frase parecía hablar automáticamente, ausente su imaginación, su sensibilidad, ella misma, toda ella, de nuestra marcha del brazo. Tenía razón Barding; la palabra no era el pensamiento.

Yo marchaba a su lado agobiado y sentía que mi espalda se iba hundiendo aplastada por una carga enorme, una carga de cansancio que salía de mi cerebro. Adelma hablaba con entusiasmo, parecía que deliberadamente, sin darme ninguna importancia. Yo sentía en la boca el escozor de las preguntas; pero, mordíendome los labios y aplastando la cabeza sobre el pecho, pude evitarlas. Claro que mi ansiedad y mi desesperación acrecían de tal forma que llegaron a darme terror, pero experimentaba una morbosa satisfacción callando. Por lo demás, Adelma debió haberme hablado espontáneamente del asunto, haberme dicho algo, una simple palabra, cualquier sencilla referencia que me permitiera suponer que ella no intentaba ocultarme alguna cosa... Y si... Lo que fuera, no iba a salir teniendo miedo ahora. Pero Adelma no dijo una palabra, una sola palabra.

Después la dejé en la puerta de su casa, como siempre.

Y cuando la vi desaparecer por el corredor me senté en el umbral, incliné la cabeza y me desvanecí.

“Vea mi cabeza. ¿No le parezco una virgen?” Tantas vueltas para encontrarme al fin en la misma calle populosa e iluminada. No saber por qué ni hacia dónde marchar. Adelma. Un agrio hedor de hortalizas y un sordo rumor de voces con alcohol; se camina más de prisa y se respira superficialmente, si bien es cierto que a la gente que trabaja no la preocupan los olores desagradables. Adelma había callado. Ya han llegado carros al mercado y hay hombres como sombras descargando lienzos con lechugas y con zanahorias. “Vea mi cabeza”. Años lejanos me acompañan, se entrometen; recuerdos del niño con la bolsa recogiendo cogollos de repollos y naranjas picadas. Mendicidad por los puestos y las interjecciones gruesas por respuesta. Había puesteros malos, eso es indudable. Barding. Mi madre, la mujerona perversa que pedía requechos en los almacenes y tendía la mano con beatitud eclesiástica para decir: “por el amor de Dios”. Las cabezas provocativas. No era nada estúpida, conocía a la gente y sabía pedir; volvía siempre con la canasta llena, y para enseñarme a lo mismo me azotaba en el lomo. “¿No me parezco a una virgen?” La fuga a los diez años, y al mercado siempre; pelando gallinas en los puestos, durmiendo en los sótanos, entre los piojillos de la plumazón. ¡Brrr!... Estremece el recuerdo... ¿Por qué había dicho?: “Vea mi cabeza...” Ahora es otra cosa. ¿Quién hubiera pensado entonces que aquel niño iba a convertirse en un hombre feliz, con su auspicio presente, con su amplio porvenir, con su amor, sobre todo con su amor de



Adel...? Barding. Pero ¿por qué Barding? ¿También yo había sido como él! Adelma. ¿Hay algún niño que no haya sido como los demás? Todas las infancias se encontraron en un mismo punto. De ahí se parte: un padre pega, otro ríe; de los otros, uno ha muerto, otro abandonó a su familia y los demás vivían espantosamente cansados. Adelma: "vea mi cabeza". Pero ¿qué es lo que me apresura? El busto ofrecido. No vale la pena caminar tan de prisa. Esta noche hace demasiado calor; se suda como carbonero. Barding, Adelma. Podría sentarme y pedir una bebida refrescante. No. No estaría tan tranquilo como caminando. ¿Por qué dijo Adelma: "¿No le parezco una virgen?" Ya he pasado tres veces por delante del mismo policía. Quizás ha notado que he acelerado el paso. Debo preocuparme más por lo que haga. "¿No le parezco una virgen?" Yo era feliz, infinitamente, profundamente, extraordinariamente feliz con mi amor, con mi Adelma, con su risa de campanas de cristal! Debería irme a dormir. Pueden tomarme por ebrio. Barding. Sí, debo tratar de dormir. ¿Por qué habría callado? La cabeza, pesada, abandonada, y todo, todo, encogido, agazapado, dentro de mi cerebro. ¿Pretendería yo disponer del destino de Adelma? Es mejor que me siente en ese café. "Vea mi cabeza". Sólo un minuto, un minuto, nada más que un minuto, y la vida cambia... ¡Adelma!... ¡Adelma! ¡Adelma! ¡Si llovera, si pudiera llover! Pero ¿por qué, por qué, por qué había pretendido parecerse a una virgen?

Hoy no ha venido.

Con fiebre he andado por las calles, con verdadera fiebre.

Pero he podido contener mi deseo de llegarme a su puerta.

¡Su risa de campanas de cristal!

Marcho con cierto apresuramiento. Trato de no advertir las calles tan conocidas y el camino tan repetido. Y apuro aún más el paso. Hay cierta decisión. Noto alguna transformación. Atravieso las calles sin fijarme en nada; podría asegurar que no veo, que estoy ciego. Un ligero alborozo me sube a la boca. Sigo una línea imaginaria que me empuja desde adelante, que me arrastra, que me absorbe. Una gran paz interior se sienta en mi pecho. Noto felicidad en mis ojos que no se fijan en punto alguno. Siento calor, un suave calor debajo de la lengua. Hay una leve humedad por dentro de mi cuerpo, una humedad tibia. Camino más rápidamente. Adelma; su risa de campanas de cristal.

No está. Ha salido. Podría haber preguntado más. Pero me he quedado allí, ante la puerta, abriendo la boca, como un idiota, con los ojos grandes y la mirada vacía. No está. Ha salido. Reacompongo lentamente la marcha. Hundo las manos en los bolsillos, inclino los hombros, siento cansancio en las rodillas, en la cintura, en las articulaciones, en el alma.

La calle. Un hombre desesperado encuentra la calle siempre; es su predestinación. Un automatismo psiqui-

co de proyectarse hacia afuera, de prenderse a alguna cosa o a algún suceso que detenga su hundimiento interior o que atenúe la desorganización de sus controles.

Pero nada es lo suficientemente importante para distraer de la conmoción. Adelma tampoco ha venido hoy. La paz ¿no puede quedar en el corazón del hombre? Adelma no ha venido. Tampoco había venido otros días, antes. Pero ahora no es lo mismo. Ahora existe Barding. Y ella no ha venido.

Mis ojos intentan taladrar la oscuridad. Todo es negro; la cama, las sábanas, el aire. La luz también lo es; sombra absoluta. Miradas que se incrustan en el infinito vacío de las tinieblas en busca del reposo, y no le encuentran; le ven cerca y no le hallan; es simple como un deseo y fácil como el dejarse estar, aunque las pupilas se enrojecen de esfuerzos y persiguiéndole se esté siempre en el mismo lugar. En conjunto, vuelta tras vuelta sobre la cama, sólo unas fosforescencias que están dentro de los ojos, medidas en las cuencas, cerca de los sesos. El insomnio. La desesperación del insomnio. Fosforescencias que se suceden como el agua de las cascadas: llegar y seguir; caudales que nunca vuelven aunque se estén sobre el lecho corriendo siempre; diferente agua que cae y eternamente la misma. Ideas que llegan y en cuanto llegan se van, pero que no se detienen aunque se fijen ni vuelvan sobre camino aunque parezca que sí. Llegar a una explicación, y abandonarla. Encontrar otra, y huirla. Continuar la búsqueda para desechar cada encuentro. Ideas con vida de una fracción de segundo. La última parece ser la definitiva, pero ninguna es la última. Una tras otra, todas son dejadas de lado. Y otra más. Y así todas. No conformarse con nada; saber que nada podrá conformar, nada. Y buscar. Buscar algo. Buscarlo con desesperación, con hambre, seguro de que no encontrarlo significa esa humillante asperación contra sí mismo, la vanidad y el amor propio sangrantes, el enredo de los nervios en un mismo manojito de fuego, y ese caos en que se hunden la paciencia, y la ansiedad, y el hambre, y la vida, y los colores negros; e intentar, a pesar de todo, destruir la seguridad de esa impotencia aún a trueque de la conclusión más terrible.

Tampoco hoy ha venido. Y fui a buscarla. Y no estaba. Pero aunque hubiera venido, aunque la tuviera junto a mí, esa mirada, ese ofrecimiento, Barding, "vea mi cabeza ¿no le parezco una virgen?" Un rencor lento, firme, seguro, se incrusta en mis pensamientos. El cuello, su cuello, magullarle el cuello... Su boca, su risa, besarle la boca sobre la risa... El busto, su busto, tan nuestro, tan pródigo de ternezas para mis misosidades... ¡Barding!... ¡Adelma!...

Salto. Recorro el cuarto. Tropiezo. Todo está oscuro. Pero sigo. El matrimonio, el vínculo indisoluble... ¿qué hay de indisoluble que los hombres mantengan? ¡Ah! ¿Pero si Adelma hubiera sido mi mujer!... ¿Y Barding?... ¿Barding!... Corro a la puerta. No, no es ella. No puede ser ella. No ha venido nunca a esas horas. No debería esperarla. Debería decirle: "Ya está; todo ha terminado". Desde el balcón miro hacia la calle, allá abajo, pequeña la humanidad. Sí, allí está ella, medida entre todos, andando como hormiga; inclino mi cuerpo sobre el antepecho del balcón; miro hacia la puerta, muchos pisos debajo. ¿Acaso no podría estar Adelma allí? ¿Adelma? Hay cosas que ya no pueden ser. ¿Y la vida, entonces? ¡Ah, eso! ¡La vida!... Recien me apercho de ello. Ya no puede ser, es cierto, no puede volver a ser, pero me queda la vida... ¡la vida!... Hay cosas que se presentan cuando molestan,

cuando dañan. Si, es claro; debí haberlo pensado antes. Es, quizás, la única, la verdadera solución. ¡Lo que me duele es que estoy tan solo!... Claro, la vida... Miro y remiro hacia abajo, a la calle, la distancia, los pisos, cuantos pisos, la gente que pasa, los vehículos, la velocidad, el vértigo... Y la idea que atormenta todos los segundos... Cierro los ojos. Morir así, tan joven, tan solo, tan sin lamentarse nadie de uno, tan sin haber hecho nada en el mundo... Y este odio que lame los nervios y se arrastra en nosotros para llevarnos al crimen... Y este desfallecimiento de la cobardía, vil como el atisbar de la gente por el ojo de la llave. ¿Llave? ¡Já! ¡Já! ¡Já! Y este envalentonamiento pueril que no convence. Pero la extravagancia se solaza en el cerebro. Corre, salta y aturde... Una protesta tardía, pero brava, salvaje... Cierro los ojos de nuevo. Crispo los dedos sobre el balcón. Y la extravagancia es una afirmación, una necesidad vocal, un juramento: "antes tengo que matar al presidente". Acosado, acosado...

Camino, me revuelvo. Ando y desando. Sí, me mato. Sí, me mato... Y su risa, su risa de campanas de cristal, su alegría, su felicidad, tan mías, tan nuestras, tan llenando y enlazando la armonía de nuestros destinos!...

Revolcándome sobre la cama, siempre con su cara fresca, lo mismo con su hermosa risa confundíendome las locas ideas que me atormentan!... Achatando todas mis decisiones, ahogando cualquier posibilidad de serenación! ¡Y esas ideas locas! ¡Este deseo que Adelma fuese una mala mujer! Porque esto me dejaría tranquilo, sí... ¡Ah, si Adelma fuera una mala mujer! Necesito que sea una mala mujer, que haya sido una mala mujer! Esto me salvaría, quizás me salvaría!... Rebusco afiebradamente en su vida, en su pasado, en mis recuerdos, una maldad, un engaño, un acto dudoso que me permita asirme de su dualidad para salir del tenebroso abismo en que me debatí. ¿Pero nada, nada!... Y este fracaso me desalienta más, ¡más me tortura!...

Vino Adelma.

Se sentó en mi cama otra vez.

Yo estaba con los ojos enrojecidos por el llanto. Y quedé sentado a su lado, esperando, aturrido por su llegada, demudado, livido. Una inmensa alegría interior me temblaba por todo el cuerpo, pero permanecí suspenso, mirándola, mirándola como a una extraña, como a una intrusa metida en mi cuarto a deshora, acaso avergonzado de mi situación, quizás irritado por su intrusión, profundamente asombrado de ella, de mí, del momento, de nuestra actitud, pero bailoteando en mi pecho la intensa alegría de amar. Y esperé.

Esperamos.

Fué un silencio hondo, vibrante.

Esperamos.

Inmóviles. Sin pensar, sin poder pensar. Recordados sus ojos, sus labios, su barbilla y su frente por mi mirada ávida y estupefacta.

Después, puso su mano suavemente sobre mi cabeza y me hizo una suave caricia. Acercó su cara y me besó con ternura infinita. Yo la dejé hacer, cada vez más asombrado.

Y se echó a llorar.

En mis brazos se echó a llorar. Acariaciéndome, generosa, con su mano mimando mi rostro y sus labios besando mi pecho.

Débilmente, casi sin voz, pude decirle:

—¿Por qué llora? ¡Adelma! ¿Por qué llora?

Siguió llorando, me tomó más fuerte para sí, y re- puso:

—¡Lo amo, Marcos! ¡Lo amo!

Y lloramos los dos.

¡Qué no hubiera dado yo por no verla así, por oírla su risa de campanadas de cristal!

Y había algo extraordinario. Nuestras caricias eran febriles, dolorosas, temblantes, como las que se dan en las partidas para los largos viajes, quizá como las de ciertas despedidas... Sentía sus manos recorrerme la cabeza, la barba, el cuello, nerviosas, y comprendía que se iba tendiendo un vacío entre nosotros, una distancia, un... .

—Quisiera que me comprendiera, Marcos...

—Sí, Adelma...

—Sin necesidad de hablar... No podría explicarle... No lograría hacerme comprender...

Un escalofrío me recorrió las arterias. Sentí como el filo de un cuchillo en la garganta. Esas eran las palabras que temía, que esperaba, que no debí escuchar nunca, que no debí decirme... La miré. Un ruego total, una súplica y un milagro ablandaban su gesto...

—Comprendo... Comprendo perfectamente... — dije apenas con un hilo de voz.

Lo que pasó después fué terrible. La sentí entre mis brazos, elástica, ágil, alegre, desbordante de una felicidad extraña, de una felicidad superficial y honda al mismo tiempo pero que encerraba en su interior un dolor inmenso e inevitable.

Comprendí que sufría enormemente. Pero que en su dolor había puesto yo la alegría, la pobre alegría de comprenderla. De comprenderla sin que me lo dijera, sin una explicación. De comprender lo inexplicable. ¿Cómo iba a poder ella demostrarme que amándome como me amaba, se sentía atraída por Barding, apasionadamente atraída, subyugada, poseída, enredada en el torbellino que abarcaba la irradiación de cada uno? Y yo lo comprendía. Pude comprenderlo. De pronto, Fué como un relámpago. Y en el mismo momento mis sentimientos se detuvieron y una total pasividad interior ocupó mi cuerpo. Sentí en mí la soledad y el vacío de las casas abandonadas. Y mi imaginación fué perseguida por los ecos fúnebres de los fantasmas que bailan en las casas abandonadas. Y eché a reír a carcajadas energías, nerviosas, mojada la cara por las lágrimas, sentado en la cama en actitud de idiota, mientras Adelma se asía de mi cuerpo como de un moribundo, desesperadamente, dando gritos, sacudiéndome para traerme a la vida.

Después, corrí.

Sali escapando, febril, perseguido. Y corrí.

Cuando me detuve debí caerme. Un milagro me mantuvo de pie. Estaba en un parque. En el de siempre, claro está. Fui hasta el eucaliptus que nos era tan familiar, al lado del banco en que nos sentábamos, frente a la estatuita que habíamos admirado tanto. Todo estaba igual. No había pasado un año. Sobre ese banco, entre las ramas, bajo la estatua, había muerto un año de tiempo. La única verdad era el tiempo. Sin ese año muerto yo sería feliz. Estaría con Adelma en el banco, nos miraríamos. Sí, eso; nada más. Nos miraríamos. Feliz. Siento las lágrimas. Siento en la garganta algo que detiene la marcha de mi vida. Si pudiera hablar en voz alta, me salvaría. Voy a gritar. Tengo que gritar. Abro la boca, hincho los pulmones, vociferó mi tragedia...

No he podido oírme. Ni un hilo de voz. Vi algo, eso

si. Un eco, un eco fantástico, a la distancia, golpeando la atención de los habitantes górdos.

Y, finalmente, cai.

—Necesito hablar con Barding.

—Pase.

Seguí a la portera como un sonámbulo. Quedé en una salita pequeñísima, dividida por un tabique, desordenada y sucia. No me sentía fuerte como para esperar de pie, pero el ambiente de aquella habitación me repugnaba tanto que no hubiera podido sentarme. Inconscientemente hice la comparación con mi cuarto, tan prolija y alegremente arreglado. Me satisfizo la comparación. "Este hombre es un sucio" — pensé.

—El señor Barding dice que sería mejor que no le hablara.

Lo dijo con balbuceos, como deseosa de producirme poco daño, y evidentemente suavizando la verdadera contestación de Barding. La portera, quizás para no faltarme el respeto metiéndose en mis cosas íntimas, había eludido el mirarme. Yo lo hubiera esperado todo, menos esto. Me sentí tan humillado como la primera vez que, siendo niño, al pedir una limosna, me habían contestado: "¿Es tu madre quien te manda?" Vacilé. Mi decisión de ver a Barding era firme: la había tomado después de una larguísima y atormentadora serie de cavilaciones. Y ahora estaba allí, como al principio, como si las decisiones que yo tomaba no tuvieran ningún valor, como un miserable que ha perdido el último resto de dignidad. Por un momento pensé que esto era lo mejor, ya que el paso que intentaba dar me obligaría lógicamente a enfrentarme a bárbaros acontecimientos, pero el recuerdo de Adelma, del dolor de Adelma, de su amor por mí, me acometió de nuevo. Hice a un lado a la portera y fui a su cuarto.

Me quedé en el umbral de la puerta. Barding estaba fumando y mirando el techo. Al verme ante el hizo una breve mueca como si se sorprendiera de mi presencia. Yo tengo la seguridad de que me esperaba. Sonreía cínicamente y no se incorporó para recibirme.

—¿Qué extraño!, ¿no le parece?

Si yo hubiera querido contestar en seguida hubiera tartamudeado y hecho un nuevo ridículo. Esperé unos segundos, de pie, en el umbral. Quería tranquilizarme un poco, dar la sensación de que estaba en mis cabales. Tomé valor, le miré con dureza y exclamé:

—¿Por qué ha hecho eso, Barding?

Barding se arrellanó algo en el sillón y comenzó a hamacarse con lentitud. Dió dos o tres chupadas al cigarrillo, mostró entreabiertos sus labios en su ingrata sonrisa de sátiro y me observó con sorna. Yo esperaba. Esperaba. Sabía que no iba a poder decir más palabras si Barding no me contestaba. Barding lo comprendió.

—Adelma no ha estado aquí.

Lo dijo serenamente, sin intención. Toda mi fortaleza, el espíritu que me llevaba hasta Barding, mi temeridad, se desplomaron de golpe.

—No la he visto más que aquella vez.

El abismo que se había interpuesto entre Adelma y yo se hizo más grande, más profundo. El objetivo de mi entrevista con Barding había desaparecido. Estaba de nuevo solo, frente a mi desesperación, al vacío, a la desvanecedora sensación de que me iba desmenuando vertiginosamente de Adelma. Y yo había ido allí precisamente para salvarme, para salvarnos, para salvar nuestro amor con Adelma. Sentí como descendía bruscamente hacia la nada. Grité. Estoy seguro que grité. La sensación del grito me arañó la garganta. Y experimenté

una brutal reacción. Fui junto a Barding, me hincé a su lado, puse mis manos en sus rodillas —dejé de hamacarse y me miró sorprendido. — levanté mi cuerpo ávida, frenéticamente:

—¡Adelma lo ama, Barding! ¡Lo ama!

El quedó impávido, como si, además de saberla, fuera esa una noticia que no le interesara. Mirarme, eso sí lo hacía, y de una forma brutal. Recordé que hacía tres noches que no dormía y que estaba barbudo y desaliñado; me palpé el cuello y noté la falta de la corbata y el pecho descubierto. La vergüenza me acaloró la cara, las orejas, las manos; sentí la piel de todo el cuerpo enardeciendo y un lagrimeo abrasador en los ojos. Estaba ante aquel hombre como un borracho. Barding podía, asimismo, creer que yo era un loco. ¡Y si se le ocurría pegarme? ¡Si, de pronto, me tomaba por el cuello y me echaba de su cuarto? Podía, también escapirme en la cara, hacerme echar por la portera... Y yo sabía que no tendría fuerzas para nada, que mi voluntad estaba perdida... que si Barding me tomaba por una oreja podía llevarme hasta el rellano y hacerme rodar las escaleras sin que yo... Pero Barding, que había permanecido todo el tiempo en la misma actitud, aceró su busto, puso suavemente su mano sobre la mía y dijo con dulzura:

—Yo no puedo hacer nada.

Y añadió, luego de una breve pausa, delicadamente:

—Usted comprende bien que no puedo hacer nada.

Sentí, bien, sobre el dorso de mi mano, la cordial afectuosidad de su contacto. Le tomé la mano con brusquedad desconcertante, la llevé a mi pecho apretándola con desesperación y exclamé angustiosamente:

—¡Entonces... tendré que matarme!

Todo Barding desbordaba de lástima hacia mi pena. Pero la incertidumbre en que me hacía debatir el nuevo giro de los sucesos, la oscuridad ante la cual me hallaba, me enquejecieron de tal forma que seguí gritando desaforadamente:

—¡Tendré que matarme! ¡Tendré que matarme!

De pronto advertí que Barding, luego de un rapidísimo análisis visual de mi estado, tomó una resolución. Se transformó. Algo así como un aumento enorme de tamaño físico o una grave herida mortal producida por una ofensa irreparable. Puso su brillo cínico en los ojos y me arrojó a la cara, con perversidad:

—¡Sí! ¡Vea!

Hizo una pausa rápida, que me pareció una burla, y concluyó sarcásticamente:

—¡Adelma es mi amante! ¡Ahora ya lo sabe! ¡Puede irse!

Y me tomó por el cuello, y me arrastró, y me sacó a la calle.

Después, un gozo raro aquietaba mi mracha inconsciente.

La tranquilidad de lo definitivo.

Esa pobre y pesada tranquilidad que precede a las tormentas.

Y, después de todo, contra todo, ya no me quedaba siquiera el pequeño refugio de la duda para guardarme.

Si; pero antes tengo que matar al Presidente. Lo inexplicable del minuto siguiente: eso es lo trágico, ¿de qué puede ser responsable? "Si. Vea, Adelma es mi amante". Hay en el hombre una inconsciencia lanzada,

una velocidad de los siglos, una herencia de irresponsabilidad. Tengo que matarme. ¿Quién tiene la culpa de que su sangre no sea suya, totalmente suya? Nadie puede disponer de su propia sangre. Sería la muerte. Si, pero el demonio que se esconde en el alma de los ángeles. Casados, es cierto, casados... La felicidad, claro... Pero el vendaval que barre el caserío y deja sobre la playa la arena peinada, con la marejada espumosa latiendo como un deseo en su ir y volver sobre sí? No la veré más, ¡Hombre, hombre que no tienes en la tierra más destino que el de dejar de serlo, más esperanza que la de no volver a repetirse, más realidad que tu dolor!... Me iré lejos... Estoy delirando. Esta noche he de verla de nuevo. ¡Cuánto falta! Pero ¡qué importa lo que falta? ¡No me veré más!...

Tendría que insultarla antes, ofenderla con una injuria que le durara toda la vida, aplastarla!... Ah! Si la encontrara desnuda sobre la cama y pudiera escupirle en el cuerpo!... En el pecho, sobre todo en el pecho!... "Vea mi cabeza, ¿no le parezco una virgen?" Y su ofrecimiento, su pecho ofrecido!... Sin embargo, yo comprendo... Yo la comprendo... Su pasión por Barding... ¿Cómo podría explicarlo?... No sé... No sé... Pero yo la comprendo... Comprendo su pasión. Ella me ama, puedo asegurarlo... Además, ella misma me lo ha dicho... Y la mía, la mía propia, que me destroza, que me muere, que se mete en mis sesos como gusanos!... Si no fuera por esto no habría nada!... Seré fuerte. Esta noche la veré. Ah! Esto se me ocurre ahora! Le diré: "en cuanto se vaya, me mato". Friamente, con serenidad, para que no crea en una comedia, le diré: "Usted se va y yo me mato". Y ella no se irá. Es decir, se irá. Entonces mato al presidente y después me mato. Y ella sola sabrá por qué me he matado. Y tendrá que callarlo. Será el secreto que la ligará a mí como cómplice. ¡Y los remordimientos!... Y la obsesión de pensar que todos la miran, que todos la acusan, que ella es la única culpable de todo lo ocurrido!... Y yo estaré muerto... Y se acercará a mí... llorando... desconsolada... Y estará Barding... al otro lado... frente a ella... Y no podrán mirarse... Y yo estaré presente entre ellos, y su pasión será enfangada por mi presencia, en el lecho, cuando la carne tiembla... Serán amantes, y yo estaré entre ellos, y los acompañaré como una sombra, como un perro, fiel, lamedor... Sin embargo, yo la comprendo... Su risa de campanas de cristal!... Quizás yo sólo pueda comprender eso...

Llamo.

No está. Ha salido.

Me siento en el umbral de su casa.

Estos libros, estos cuadros, este reloj... Voy ordenándolo todo. Con un ritmo inconsciente, incoherentemente. El ropero está abierto. Un traje cuelga de su percha como un ahorcado. Es una pesadilla trágica. Voy y vengo por el cuarto. Ordeno calmosamente los papeles. Hay muchos manuscritos. Haré un lío con ellos. Los dejaré sobre la mesa con una carta abierta... Es lo único que me preocupa seriamente. Tengo algunos parientes, pero están lejos. Mi madre está con ellos. Si, tendría que ir antes a ver a mi madre. Es una mujerona perversa, pero es mi madre. Siquiera verla. Pero no me importa mi madre. Es curiosa esta frialdad con que lo digo, esta loca serenidad que maneja mis movimientos. Sonríe. Advierto la resignación amarga de la mueca. La verdad es que ya no puede



importarme nada. Sólo Adelma. Pero es tarde. Mi dignidad. Mi dignidad y mi amor. Estoy blando. Blando en los brazos, en las articulaciones, en el cuerpo todo. Barding. "¡Si! Es mi amante! Ahora ya lo sabe!" El cráneo, duele el cráneo, sufre el cráneo. Siento como pasto seco sobre los sesos y una larga caravana de hormigas. Estremece el hormigueo. Los sesos vivos, abiertos, sangrantes, y las hormigas encima, muchas hormigas, una incalculable cantidad de hormigas que toman en su boca pedacitos de seso y lo transportan pisando mal, cayéndose, atropellándose, haciéndome daño en cada paso, arañándose con sus patas, deteniéndose a mojar su pico en la viscosidad, embudándose el pequeño vientre con la carne picoteada...

Me hundo en la cama, arrojado por un espantoso estremecimiento. Me tomo la cabeza entre las manos, ansioso de salvarla, de defenderla del ejército de hormigas... Mi cabeza, sin embargo, está firme, entera. ¿Qué habría querido decirme Barding con su: "usted comprende bien que no puedo hacer nada"? Ah! Si no fuera cierto nada de esto, si todo fuera un sueño, si Adelma... ¡Su risa, su risa de campanas de cristal! Quiero oírlo, quiero verla en su risa! Corro a la mesa, descalzo, febriciente... Tomo el retrato. Lo miro... Lo miro... Tengo la cara mojada, toda la cara mojada, sobre todo los ojos, dentro de los ojos... Miró el retrato, su retrato...

Llegó Adelma. Quise disimular el retrato. Me saludó con ternura, tristemente. Permaneci quieto, como esperando algo. Pero ¡a qué venía, Adelma? ¡Yo no desaba verla! ¡Debería haber advertido que allí estaba demás! ¡Qué tentación, qué feroz tentación me urgió en las manos de empujarla hasta la puerta con: "¡afuera de aquí!" Sin embargo, una tumultuosa alegría brincaba en mis venas. Tenerla allí, haber venido hasta allí, presenciar mis preparativos para...

Me hablaba pero yo no la entendía. La veía mover sus labios, pero yo sabía que debía permanecer duro y no oír. La angustia de Adelma iba en aumento: sus labios, sus ojos, sus manos me lo decían. Hasta que un estallido, apasionado y brutal, me conmovió:

—Pero ¿no comprende? ¡Lo amo, Marcos, lo amo! Y lloraba y se destrozaba los dedos sin atreverse a tocarme.

Me ama.
Ya lo sé.
Pero estoy impulsado hacia el desquite.

Sigo duro.
No cierro los ojos.
No respiro.

Y Adelma sigue rugiendo su amor.
Y yo sigo duro.
Va a caer.

Debe caerse, ella o yo.
De pronto se abalanza sobre mí y me zamarrea con violencia, desahogando su dolor en un llanto exaltado. Se pone de rodillas, me abraza las piernas, suplica, se atormenta. Besa mis muslos, sobre el paño de los pantalones. No puedo resistir una mueca de burla. Su escena grotesca me produce eso: risa. Es cierto que me destroza por dentro, pero río con sarcasmo. Un destino extraño para tanta humillación. Ella comprende mi mueca. Se reincorpora. Se pone tiesa frente a mí, sus manos en mis hombros. Parece que los ojos fueran a rodarle por las mejillas, siguiendo a sus lágrimas. Es una pausa de muerte. Estoy seguro que Adelma no piensa en el ultraje que la he inferido. Quizás no pien-

sa, sueña. Sueña en su amor. Y mi descreimiento la yergue. Y mi indiferencia la rebelde. Y...

Y de repente se desprende de mí y me grita, a la cara, injuriante, como Barding:

—¡Si! Estuve con él! Estuve una tarde! Toda una tarde!

Me carcajada es abominable.
Y ella continúa su avalancha de dolor.

—Estuve todos los días! Todos los días!
Sigo la risa. Siento la risa desde adentro de mí. Debe estar loco.

—El sí que es un hombre!
Y cae al suelo, y llora, y grita, y araña el piso.
Lo que más debe dolerla es que yo no la comprenda, que simule no comprenderla.

Se fué corriendo, dando tropezones. Yo no alcanzo a comprender por qué la dejé ir. Comprendía perfectamente todo lo que acacia, pero no lo sentía. Parecía cerrado a todo contacto, como si hubiera sido desprovisto totalmente de sensibilidad. Cuando desperté, ya no estaba. Entonces me eché a caminar con paso vivo. De a poco fui tomando carrera. Al descender de una acera me llevé a alguien por delante; me detuve anhelante, me descubrí, apretéjé el sombrero entre mis dedos y supliqué con voz llorosa:

—¿La he hecho mal? Perdone usted... Es que... Le ruego que... Lo lamento tanto!... Estoy en un estado!... Se me nota, eh?...

La mujer me observó unos segundos y luego escarpó, apresurando la marcha.

Seguí mi carrera.
Pero Adelma no estaba. Había salido temprano: es todo lo que logré saber. Me hubiera sentado en el umbral de la casa a esperarla, pero no iba a estarne las horas muertas mano sobre mano mientras las ideas siguieran enredadas en el mismo torbellino. Casa por casa, de las conocidas, fui preguntando por ella; revisé los puntos que frecuentábamos, las calles que recorríamos, los lugares en que nos deteníamos. Finalmente advertí que no me quedaba por ver más que el salón en que nos habían presentado a Barding, el salón de los hombres sarmentosos por culpa de las cajas de ahorros y de las mujeres que habían perdido para siempre la verdadera Alegría. No advertí que había dejado para lo último aquella casa a la que debí ir directamente desde el principio. Me metí en el caserón alfombrado, esquivando las rígidas posturas de los hombres de librea, y me presenté en el salón, jadeante y agotado. Todos los presentes se dieron vuelta hacia mí; noté el mal efecto que les hizo mi llegada. Pero yo seguí adelante, saludando apenas. Me dirigí a la esquina en que se encontraba el piano, lugar en que acostumbrábamos a sentarnos con Adelma. No estaba.

—Adelma! Busco a Adelma!
Mi voz era vibrante, intensa de dolor.
Vi que los hombres se miraban entre sí con cara seria y que las mujeres se escandalizaban por la escena. Pero yo estaba arrojado por una pendiente inevitable.

—¡Ninguno de ustedes querrá decirme si Adelma ha estado con Barding?

Ahora mi voz era sollozante. Comprendí que si no me detenían iba a ponerme de rodillas y abrazarles las piernas a todos para pedirles por Adelma. Un verda-

dero revuelo se levantó entre los señores sarmentosos y las mujeres de la alcena. ¡Cómo hubiera querido sentarlos a todos junto a mí para desahogar mi pena y hacerles relato de mi amor, del extraordinario amor que yo tenía, que sólo yo tenía, que ningún hombre en el mundo jamás había tenido! Pero se hablaba de echarme; alguien insinuó algo sobre la chusma.

—No tienen ni pizca de delicadeza!

—Ni corrección!...

—Son groseros!...

—Indecentes!...

—Canallas!...

Una habitante gorda dijo que yo tenía lo que merecía; "de una pérdida no se puede esperar más". Y me lo echó a la cara como un salvazo. Un coronel con cara de sapo me insinuó la conveniencia de que me fuera, y el dueño de casa sacó palabras atropelladas desde detrás de la pechera almidonada:

—No se comprende cómo un hombre pueda llegar a hacer esto.

Me quedé mirándolos a todos. Les recorrí las caras con mis ojos sorprendidos. Hicieron silencio; habían formado un grupo ante mí, como ante un enemigo. O como ante una fiera a la que hay que apresar, pero a la que se teme intensamente. Mi dolor, mi dolor de amor, dejó paso a un nuevo sentimiento, a una formidable explosión de odio. De odio y de desprecio. Aquella gente que había cometido crímenes y monstruosidades por la caja de ahorros, aquella gente que había realizado cochinerías y canalladas en la política y en el comercio, aquella humanidad perdida para siempre por la ranura de una alcancía, los hombres sarmentosos con su historia cargada de ferocidades y las mujeres entristecidas arrojadas por las vilezas, me escarnecían a mí, no me perdonaban que sufriera un extravío por el amor. Las cajas de ahorros lo permitan todo. El amor estaba proscrito de la humanidad. El cambio era lo único que valía. En nombre del cambio se agotaba al mundo con plagas; los millones muertos, los probrécitos millones muertos en las guerras... En cambio, mi débil, mi implorante gesto de amor!... Me senti desangrar por la garganta y grité desahogadamente, apretando los

puños, abriéndome la camisa, sacando mi cabeza hacia adelante, mostrando los dientes:

—Canallas!... Canallas!... Canallas!...

Lloraba al mismo tiempo. Los otros, frente a mí, se agruparon más, como para defenderse mejor, y se tomaron las manos con recelo.

—¡Romper la felicidad de la tierra!... Todos están condenados!... Todos!... Infelices!...

Mis gritos iban en aumento. Una avalancha de toda la pasión de mi vida se volcaba en mi desesperación. Me adelanté hacia los agrupados. Las mujeres se asustaron de la ferocidad de mis gestos. Mis manos eran dos garfios carniceros. Los hombres dieron un paso hacia atrás llevando consigo a las mujeres. Tiesos como momias. Sentí que iba a decirles algo monstruosamente ofensivo y presentí que en seguida caería desvanecido a los pies de aquella gente. Quise ocultar la injuria y me tapé la boca con las dos manos. Pero estaba impulsado por una barbaridad ancestral: tenía la seguridad de que si alguno se acercaba lo destrozaría entre mis dedos, sólo con mis dedos. Los ojos de los hombres se iban abriendo y emblanqueciendo de terror. Las mujeres respiraban apesadumadas. Y aullé, por fin, desgarrando mi garganta:

—¡...!

En seguida caí como fulminado.

Adelma veló muchos días y muchas noches junto a la cabecera de mi cama. Barding también; yo pedí que viniera y Adelma le trajo. Yo sentía la felicidad de los dos sobre las solitudes que me prodigaban; yo adivinaba el prodigioso misterio en cada palabra. Y de a poco, lentamente, también yo fui siendo feliz. Una leve, sutil, indefinible dicha, que aún ahora, sano, fortalecido, animoso, me declaro incapaz de comprender. Y Barding, Adelma y yo, hemos correteado juntos, como niños, alegres, todos los caminos.

Ilustraciones de TITO REY

SOCIEDAD ARGENTINA

COMPOSITORES DE PIANOS

Los talleres más importantes de la
América del Sud

5496 - RIVADAVIA - 5500

U. T. 60, CABALLITO 3072

COMPOSTURAS Y AFINACIONES



COMPRA Y VENTA DE PIANOS
DE OCASIÓN

SE ALQUILAN PIANOS PARA FIESTAS

Se atienden pedidos para cualquier punto
de la República.

Enrique Amorim

Armando Cascella

Opiniones sobre la obra de Benito Lynch

HOY argentina ha invitado a varios escritores jóvenes

a contestar una encuesta compuesta de las siguientes preguntas:

- ¿Qué opina usted de la labor literaria de Benito Lynch?
 ¿Representa al escritor argentino de hoy, autóctono, representativo?
 ¿Qué clasificación da usted a su labor?

Transcribimos a continuación las contestaciones de Enrique Amorim y Armando Cascella.

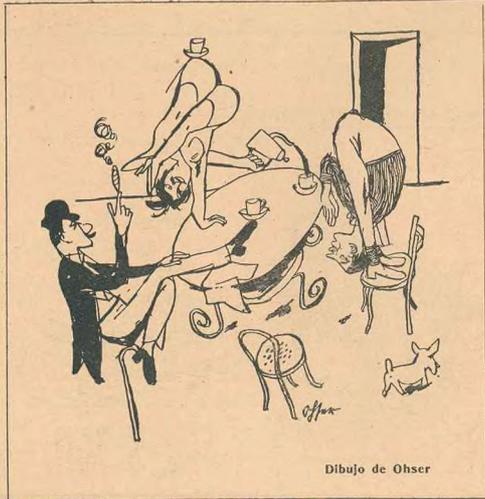
No les tengo mucha fé a las encuestas, sobre todo porque suelen ser síntomas de muerte en las revistas. Reunir varios juicios a fin de despertar la curiosidad de los lectores, es el móvil de las encuestas en nuestra literatura. Esto no puede rezar con HOY, lanzada a los nues-

vos vientos y que reclama una clasificación definitiva para la obra de Benito Lynch.

Mi opinión sobre la labor literaria de Lynch, quiere ser rotunda: es, quizás, y sin quizás también, la labor más honesta y sería que se la evado a cabo en-

tre nosotros. Lynch es un escritor con toda la barba, y de su honestidad se puede hablar abiertamente. Conducta exemplar, su labor es eso, un ejemplo. Hombre sin banquetes, sin "quinta edición" con aspavientos, sin premios ni discursos retribuidos, ha trabajado como un escritor con "metter". Ante tanta picara componenda, ante una estrategia literaria simplota, se alza Lynch, probo y concienzudo. Yo lo admiro en esa faz. En cuanto a que represente el escritor argentino, no lo creo. Representa el de ayer, perfectamente. Con Lynch termina un tipo de escritor argentino, ajeno a la lucha social del país y típicamente burgués en su textura. Es autóctono, pero no representativo, aunque esto choque a primera vista. No es de hoy, lo repito, y es por allí por donde se escapa a la clasificación de "representativo". Sus obras, grandes novelas para nuestra literatura, carecen de esa inquietud que quisieramos hallar los hombres de hoy en las páginas de Lynch. Su campo es un campo de severa esclavitud. Sus personajes viven, pero no se exaltan. Cada uno de ellos es una acabada pintura, y es un maestro Benito Lynch en esa materia. Sin embargo, hace falta por sobre sus novelas, un viento helado, una racha que agite las copas de los árboles, las cabeleras de los jinetes. A veces en "Los Caranchos de la Florida", su mayor novela, la noche se hace apretada y densa. Pero, volvemos a hallarle sin profundidad en "Las Mal Cebolladas", por ejemplo. A pesar de lo dicho, sería injusto decir que alguien ha visto, objetivamente, mejor, el campo de la provincia de Buenos Aires.

No soy partidario de las comparaciones, pero necesito de una. "Un perdido", de Barrion; "La Vortelme", de Rivera; "Doña Bárbara", de Gallegos, no son su-



Dibujo de Ohsar

Compañeros de HOY:

La encuesta de ustedes se pasa de difícil. Un poco por la complejidad del tema que encierra (la obra de Lynch está estrechamente vinculada al problema del gaucha en nuestra literatura) y otro poco porque me sospicho que se trata de una incitación a la revuelta, de un envite para administrarle colectivamente la extremación al mejor de nuestros escritores criollistas. Algo así como la perdiz — o el águila — que se pone a tiro del cazador desocupado.

No creo en la eficacia de esta clase de empresas, aun cuando se hagan de buena fé, como tiene que ser en la ocasión. La técnica sumaria de las encuestas exime de responsabilidades que es hora, para nosotros, de no ir descuidando en ningún caso. Abrir juicio sobre la obra de un escritor de tanta significación como Benito Lynch requiere, además de capacidad, estudio, dedicación, amplio y detallado conocimiento de la literatura nacional. Otra cosa sería improvisar, y eso equivaldría a una deplorable falta de respeto por uno de los pocos nombres señeros de la literatura nacional. No es cuestión de entrar a lo indio — estas encuestas degeneran casi siempre en verdaderos malones literarios — en la obra singular que edificaron con clara conciencia artística el talento, la emoción creadora, la poesía y la ajustada interpretación de tipos y paisajes.

Esto ya supone una respuesta; pero voy a añadir, para mayor abundancia, que la labor literaria de Lynch me parece, además de admirablemente honesta, profundamente artística. Benito Lynch ha lu-

Armando Cascella

periores a las mejores novelas de Lynch. Pero ya las preñero. Representativas, van más hondo, ven más adentro. En Lynch hace falta una convicción filosófica, una intención encarnada, un amor grande hacia algo que lo levante por sobre los demás novelistas de América.

ENRIQUE AMORIM

ESBOZO DE UN CONOCIDO ARGUMENTO SOCIAL, QUE NO DESARROLLARA EL CINEMA ACTUAL, INCLUSO EL SOVIETICO

ESCENARIO: Una pieza pobre; escasez de todo; una lumbré pequeña; un hombre sentado ante una mesa; la mujer está allí, y los dos sin palabras; afuera el viento y el frío. Entra un hijo pequeño.

El hijo. — Mamá, ¿por qué hace frío?
 La madre. — Porque no hay carbón.
 H. — ¿Y por qué no hay carbón?
 M. — Porque no tenemos dinero.
 H. — ¿Y por qué no tenemos dinero?
 M. — Porque papá no trabaja.
 H. — ¿Y por qué papá no trabaja?
 M. — Porque en el mundo hay demasiado carbón.

manizado como nadie al criollo de nuestros campos, oculto tras montañas de literatura payadesca y sensiblera. Lo creía indio, cuentista que novelista — a pesar de "El inglés de los gilesos" y de los cuadros extraordinarios de "Los caranchos", — pero su última novela — a cuyo argumento y oportunidad habría que hacerle tantos reparos — me ha convencido de que es tan señor de su arte en una labor como en la otra.

Dicho esto, resulta difícil responder que no — cumpliendo con la segunda pregunta, — que Lynch no representa al escritor argentino de hoy. Que no corresponde, por lo menos, a la configuración ideal de esa entelequia que al presente nos obsesiona.

Esto habría que aclararlo debidamente. Hasta ahora, y ya lo dije hace muchos años en "La Gaceta del Sur", la literatura argentina, para ser algo, tuvo que ser rural, y no ciudadana. Y se comprende: hasta ayer, el campo moldeaba al hombre, mientras el hombre moldeaba a la ciudad. A la vuelta de treinta años, Buenos Aires es una ciudad europea, mientras que la pampa sigue siendo tan argentina como en los tiempos de Fierro.

Pero las circunstancias han cambiado ahora. Los personajes de Lynch son epifonios. Su habla, su pasión, también. Desde hace treinta años se está cumpliendo sobre nuestros campos, sobre nuestras ciudades, sobre todo el país, una epopeya que clama por las plumas que han de fijarla en el arte. Ya cuando el advenimiento de "Don Segundo Sombra", saludados en él "su gran ademán crepuscular" convencidos de que su silueta cerraba el ciclo gauchesco. Sobre la pam-

pa hay todavía gauchos, reseros, chinas y paisanos, resabios de todo ese pasado que ya tiene suicida literatura. Pero sobre su ancho horizonte han ido naciendo pueblos, ciudades, caminos, ferrocarriles, contruidos por gentes venidas de lejos, y por los hijos de esas gentes, nacidos aquí. El arado en el surco y los pechos rudos que fecundaron el desierto, han hecho hacer otra poesía que tiene su épica, su tragedia, su comedia. Un solo detalle que en aquella ocasión señalé: ese grupo de labriegos, recién llegados de Europa, que llenan de canciones un pueblito del sur, y callan pocas semanas después, dominados por el impresionante silencio pampeano, puede advertir la hondura de cosas que han sucedido sobre nuestros campos. Y sin hablar del drama de nuestras grandes urbes, que cualquier visitante extranjero descubre a primera vista.

Esto tiene que haberlo visto Lynch. Tiene que verlo todos los días. El lamento del criollo ante el "gringo" que lo va arrinconando, está bien. Tiene su pathos, como todo crepuscular. Pero este canto de cisne se nos va haciendo interminable. Su transposición literaria y simbólica ha sido completa, y es Lynch, precisamente, quien ha firmado los mejores y más abundantes testimonios. Pero hay otros dramas, otras alegrías, otros amores, que es hora de que el arte nacional vaya registrando. Nuevos hombres, nuevos horizontes, nuevos problemas, reclaman el ojo atento y la lira templada de los artistas mejores. Y si esto no lo ha hecho Lynch, es difícil esperar que lo haga otro de su generación.

MUEBLE ASIAL FABRICA ARGENTINA DE MUEBLES

FUNDA EN EL AÑO 1902 EXPOSICION Y VENTA

FABRICA PROPIA 1963 — VIRGENES — 1965 1468 - SARMIENTO - 1468

U. T. (37), Rivadavia 5132

REGIO Juego Dormitorio de 2 m. Frente. Todo Desarmable. \$ 340.—

La púeina

COMPETENCIA

Lo que voy a contar es tan verdad como que hay Dios. En un pueblo de la provincia de Buenos Aires, se disputaban la venta de aceite Juan Pérez y el cura párroco, que tenía una aceitería a nombre de su hermano.

Como ocurre en todas partes, de la competencia pasaron a la enemistad y de la enemistad a la calumnia. Juan Pérez, hablaba mal del cura en el café y el cura se desquitaba desde el púlpito. Edificaba a sus feligreses por medio de ingeniosas parábolas en las que, sin nombrarlo, pintaba con negras tintas al otro comerciante ladrón y adulterador.

Como estaban prohibidas las riñas de gallos, todo el pueblo se congregaba en el templo los días de sermón.

Pero a Juan Pérez le llegó su hora, y, como era muy católico, haciendo de tripas corazón mandó llamar al cura. El santo varón no dudó un instante: sabía cuál era su deber de sacerdote.

Cuando llegó, el enfermo estaba por dar las boqueadas de práctica. No había tiempo que perder y le administró los santos óleos. Pero como en torno a la cama del moribundo estaba reunido lo más granado del comercio local, no pudo resistir y mientras le humedecía con el óleo santo las partes que el ritual exige, dijo en voz alta:

—Muere tranquilo, hijo... mío, que lo que te pongo es aceite genuino de oliva, del que vende mi hermano, y no esa porquería de mani con que has estado envenenando al pueblo y robándole de peso.



—La pieza me gusta, pero para tomarla tendría que esperar un poco.
—¿Hasta cuándo?
—Hasta que me asciendan.



El peluquero. — Me está arruinando la cuestión religiosa: no vienen más que calvinistas.

El dibujante Pelele es, como todo el mundo sabe, un muchacho apasionado. Su última pasión — lo lamentamos, señores, pero no hay nada para ustedes — su última pasión son los japoneses. Está empeñado en una campaña verbal para convencernos de la superioridad espiritual del Japón sobre la China.

Sabido es, también, que el poeta Raúl González Tuñón, entre las muchas cosas que defiende, se cuenta la China.

La otra noche se encontraron ambos paladines. Pelele ofreció un whisky en su casa. Raúl aceptó. Pelele cumplió la promesa, y encendieron la mecha de la discusión.

Cuando ya parecían agotados los argumentos y se había agotado efectivamente el whisky, Pelele dijo:

—¿Conocés algún libro argentino traducido al chino?

—No.

—Pues bien; en el Japón han traducido muchas novelas de Gálvez ¡ya ves!

—Eso me demuestra la superioridad cultural de los chinos: no han traducido a Gálvez.

de Chamico

Juventud, Divino Tesoro

Esto ocurrió en los tiempos en que nuestros poetas no temían a la fama de borrachos y mucho menos al hecho en sí. Se bebía cuando se podía y se podía mucho después de haber bebido, se podía hasta oír los versos de otro poeta y encontrarle genio.

Una noche se encontraron Pablo Suero y Alfredo Bufano, que por distintos caminos habían llegado al mismo punto de saturación. Suero le recitó íntegros "Los Cilicios" y Bufano comenzó con "La Divina Comedia". Cuando estaba por el canto tercero del Infierno, Suero creyó prudente decir:

—Creo, hermano, que estamos borrachos.

—Abrigo la esperanza de que tengas razón.

—Entonces voy a llevarte a tu casa. ¿Dónde vives?

—En Rivadavia...

—¿Qué número?

—No me acuerdo...

—Hacé memoria. ¿Número 1?

—No.

—¿2?

—No.

—¿3?

—No.

—¿4?

—No.

—¿5?

—No.

—¿6?

—No.

—¿7?

—No.

—¿8?

—No. (*)

Y por ese sistema llegaron a dar con el número exacto de la calle Rivadavia en que vivía el poeta de "Canciones de mi Casa". Vivía en el 5947.

(*) NOTA.—En caso de faltar material por la dirección de la revista alargó el diálogo en la forma indicada hasta el número que crea conveniente, sin pasar claro está del 5947, por no alterar la verdad y porque a algún lector impaciente podría aburrirlo.



—Don Pedro, déjeme entrar. Le juro que desde lo del paso a nivel no he vuelto a dar un mal paso.

¡Cuánto hay que faltar a la verdad, para no faltar a la "verdad histórica"!



—¿Usted cree, doctor, en la regeneración de los cretinos?
—Por medio del divorcio, sí.

INSTRUCCION PUBLICA
El maestro riojano. — ¿Continúa acáfo del Consejo Nacional de Educación?
El otro. — ¡Acáfo!...! Pero si es presidente el ingeniero Pico.
El maestro riojano. — Por eso lo digo.
El otro. — Usted habla de despecho porque hace un año que no cobra.
El maestro riojano. — Despechado estaré el día que nos paguen, porque lo que es ahora del pecho vivo.

DIBUJOS
DE
CHAMICO

RADIO

Cultores y fabricantes de la tradición

Refugio, como lo es hoy la radiotelefonía, de muchos elementos desplazados de otros ambientes, compruébase, no sin desagrado, que este moderno medio de difusión se ha prestado para perpetuar algunas manifestaciones poco recomendables y que, por su naturaleza inferior, de-

bían haber pasado, definitivamente, a la categoría de cosas indeseables. Con la entrada de esos elementos

sólo se ha conseguido bastardear los programas de las transmisiones ya de por sí carentes de orientación, demasiado vulgares y, en ciertas ocasiones, agresores del buen gusto y paciencia de los radioescuchas.

Entre las llamadas transmisiones teatrales, a las que he de consagrar un trabajo próximo, interesa destacar hoy las pretendidamente denominadas "tradicionalistas". E interesa mucho hacerlo por el auge logrado por alguna de ellas en desmedro de la tradición y de la radio. Y también interesa puntualizar el "fenómeno" porque implica la supervivencia de un género — diría mejor de la desviación de un género — que tanto mal le hizo a nuestro teatro. Los escenarios criollos hubieron de aguantar durante mucho tiempo, y aun ahora con intermitencias, las llamadas piezas camperas, remedo abultado y deforme de nuestras costumbres campesinas. Gauchos del más nutrido y pintoresco pelaje, creados según una visión generalizada y fantástica por autores que conocieron nuestro campo de ayer sólo por referencias, pasearon insolentemente su arbitraria figura por los tabladillos porteños. Rayaron los escenarios con sus espuelas de cambalache, glosaron la pendencia y el ase-

POLICIA PARTICULAR

"GERIBEL"

cuenta con personal competente
y numeroso para toda clase de
INVESTIGACIONES, VIGILANCIAS
y SEGUIMIENTOS en toda la

República

VICTORIA 723

Autorizada por la policía de la Capital

SEGURIDAD Y RESERVA ABSOLUTA

Mientras en el mundo pasan hambre cincuenta millones de desocupados con sus familias, hay personas que dedican su espin y su dinero a los menesteres que detalla la fotografía



dos con sus familias, hay personas que dedican su espin y su dinero a los menesteres que detalla la fotografía



Dibujo de
AGUSTÍN RIGANELLI

sinato con sus facones de utilería, e hicieron del hombre de nuestros campos, de los de ayer y los de hoy, un tipo inconfundible, bravucón, falso, arbitrario. El teatro netamente criollo, de aliento artístico y valor documental, que concreta una síntesis en "Calandria", que aborda por primera vez el problema étnico en "Sobre las ruinas" de Payró, cuyas huellas seguiría a poco Florencio Sánchez con "La guinga", no tiene nada de común con los Moreiras de toda suerte que vinieron después jalonando estulticias. Y es este espécimen de mal teatro criollo cuya desaparición hemos clamado en todos los tonos el que viene a plantarse frente al micrófono.

Tenemos un gran cariño por las cosas de nuestra tierra, por cuanto

tengan de sano, de arraigo, de constructivo del carácter de nuestro pueblo. Amamos lo típicamente argentino por su belleza, como amamos lo típicamente ruso, húngaro o español, porque lo gustamos en lo esencial como elemento representativo. Pero desechamos aquello que presente indicios bastardos. En las transmisiones gauchescas que nos es dado escuchar por radio tenemos representado en forma sumamente desigual los dos aspectos. Mientras el "viejo" Don Montiel, con persistencia espartana viene cultivando, en "Cenizas del fogón", el aspecto más simpático y limpio de lo tradicionalista, otros conjuntos, trasplante de los escenarios, embarulla el ambiente con pseudas transmisiones "gauchas". Don Montiel es un artista. Un artista probo, que revive costumbres, cuida como un tesoro documental el lenguaje típico de sus evocaciones,

y como escribe y trabaja exclusivamente para el micrófono, ha alcanzado una loable perfección y eficacia. Los que le salieron como probables competidores ni lo igualaron siquiera. Hicieron más ruido, lograron mayor auge en poco tiempo, pero en base efímera y de circunstancias. Sucedió lo mismo que en el teatro: se impuso lo menos serio y consistente. Pero subsiste lo mejor, aun a despecho del "éxito" de rápida fabricación.

Es otro caso típico de la diferencia que existe entre lo "hecho" para la transmisión radiotelefónica y lo trasplantado al micrófono sin la adaptación que reclaman los nuevos procedimientos. Y es también la diferencia esencial que existe entre los elementos artísticos sometidos y especializados en radiotelefonía y los que traen a ésta modos distintos de otro medio de expresión.



"La mujer del artista"

Marc Chagall

"Le seul mot de liberté est ce tout qui m'exalte encore. Je le crois prope a entretenir, indéfiniment, le vieux fanatisme humain". — A. BRETON.

Se despertó la mañana entre mis brazos. Su cuerpo era todo alba. Entre esta irrealidad vigilica y la realidad de mis sueños no habia ninguna diferencia. Tampoco demostré asombro.

Frente a mis ojos, en un muro enorme, titilaba el manifiesto "SURREALISTE" que un día Breton espió a los ojos asomados de los que aún creen en el dogma estético.

"SURREALISME. Automatismo psíquico por el cual se propone expresar, sea verbalmente, sea por escrito, o por cualquier otra manera, el funcionamiento real del pensamiento, en ausencia de todo control ejercido por la razón, por encima de toda preocupación estética o moral.

ENCICL. Filos. El SURREALISME reposa sobre la creencia en la realidad superior de ciertas formas de asociación descuidadas hasta su aparición, en la omnipotencia del sueño, en el juego desinteresado

Super - realista desde el alba hasta las 12



p o r

LEONARDO ESTARICO

del pensamiento. Tiende a arruinar los otros mecanismos psíquicos y a substituirlos en la solución de los principales problemas de la vida".

Condensadas las posibilidades del Surrealismo en esta escueta fórmula, queda ahora una secuela de corolarios a analizar. Para ponerse a cubierto de futuras críticas, Breton realiza un poema, conforme ya a los postulados del flamante imperativo. En páginas de Souppault y de Aragón muy anteriores a este manifiesto estaba presentida esta osadía, y resultado como sólo pueden hacerlo los poetas auténticos. Es indudable que siendo el don artístico algo ingénuo en el hombre, el poeta es poeta hasta cuando duerme y el burgués es burgués hasta cuando sueña. Así, las histerias, tan propensas a la versificación, libradas a la impulsión de su libido, y ya sin el control de la inteligencia—no puede negarse ni optimismo — producirán una literatura escalofriante, plena de escabrosidades terribles, que resultará una interesante documentación del problema sexual en el siglo XX.

Desde la publicación de este manifiesto hasta hoy se han producido muchas enmiendas y rectificaciones al texto primigenio, además de un segundo manifiesto y de una enjundiosa literatura.

Desplazando el SURREALISME de la esfera del arte, se lo ha querido llevar a todas las actividades humanas y no son pocos los que ya viven en SURREALISTES.

En el mundo de la plástica ha hallado sus procuradores, sus propagadores, sus adictos, y también sus heréticos. La escritura del pensamiento es de fácil transcripción al papel, por medio de palabras. Pero otra cosa es reducir esa escritura a un grafismo inteligible para el espectador plétorico: las maravillosas creaciones de Paul Klee son una prueba en mi favor. Consecuencia de un estado místico, revelan la coherencia de un sueño, de un éxtasis, pero su ordenación en la superficie plana es — la misma palabra lo indica — un proceso inte-

lectual. Estoy seguro que toda obra de Klee es urdida con un celo terrible, para evitar toda infiltración literaria, para reducir un proceso primario a una alta especulación metafísica, de orden puramente plástico. La pintura de Klee exige vocablos vírgenes para su enunciación, por lo que propongo desde ya el término INFRA-PLÁSTICO.

Toda la pintura, ya no sola de Klee, es quietismo, y el sueño es movimiento, acción. Por eso el cine puede ser el instrumento ideal de su transcripción. La aprendizaje (Continúa en la pág. 35)

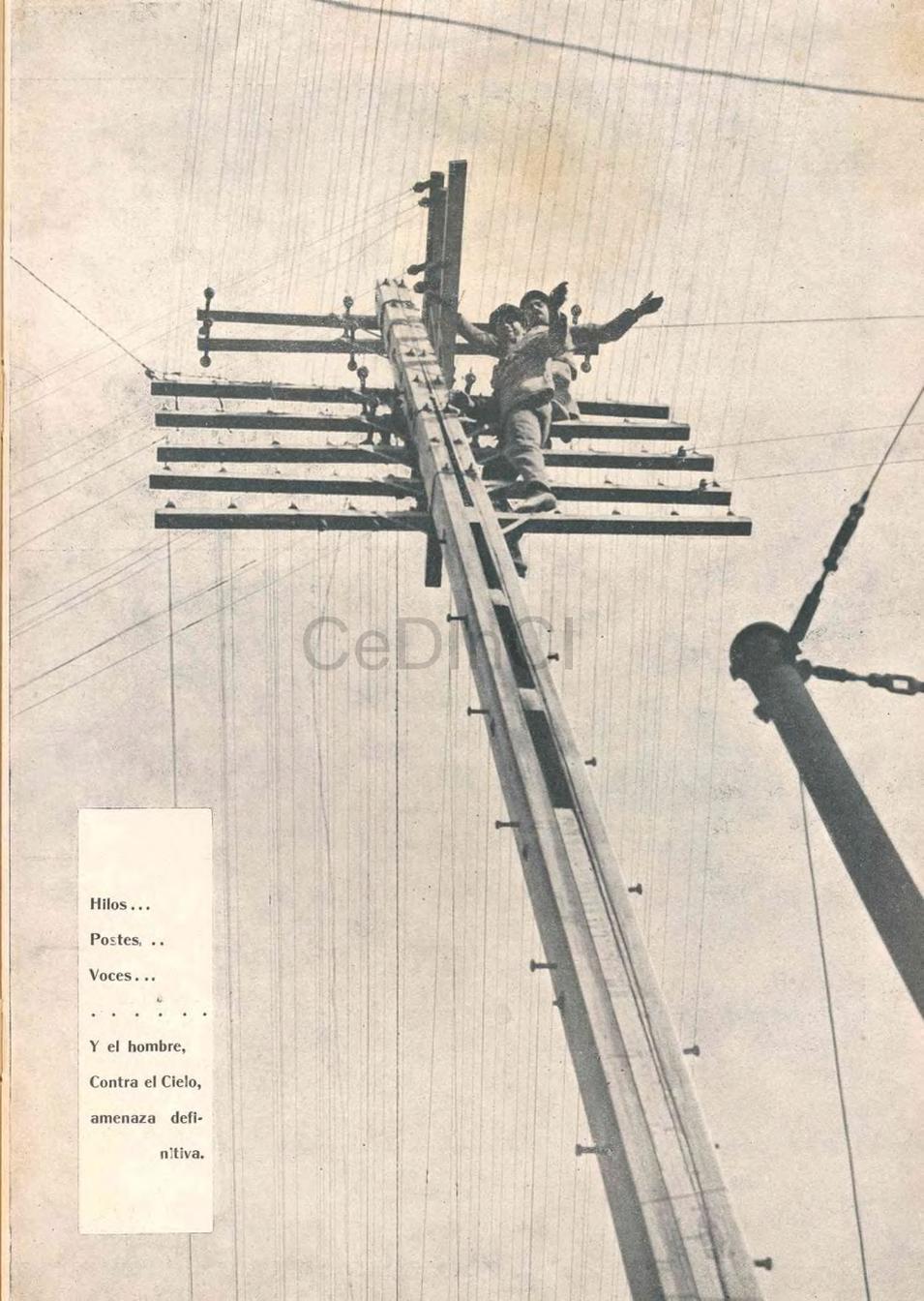
EL 28

SALE

CONTRA

colaboraciones de Raúl González Tuñón, Pablo Rojas Paz, Leonidas Barletta, Bernardo Galver, Leonardo Estarico, etc.

Léala



Hilos...
Postes...
Voces...
...
Y el hombre,
Contra el Cielo,
amenaza definitiva.



Desprevenido transeunte de la calle Corrientes, el reclamo de colores del Teatro del Pueblo, viró mi ruta hacia su interior oscuro y siltibando.

En un tablado minúsculo y apesadumbrado, una sola mujer. Joven, sin ninguna belleza prestada, fuera de su juventud. Mas, en ese momento, desgarrada la boca en un gesto de feroz desprecio. Inimitable expresión de exasperada angustia que torció sus labios, ella era una muchacha de cualquier barrio del mundo, que está odiando a un hombre. Que está odiando mortalmente a un hombre y se lo dice. Era en la obra de Eugenio O'Neill "Antes del desayuno", melopea triturrante de la vulgaridad de la vida, epopeya gigantesca de la estupidez de los días, himedos, miserables, sin un centavo en la bolsa y una legión de cobradores a la puerta. Josefa Goldar era su protagonista. Un golpe de masacrada realidad fuera de todo teatro nos entró en el alma ante su interpretación. Así, tan envarada en su rabia, tan rezurante de espumoso odio, tan sarcásticamente, cierta en sus reproches vergonzosos, ella se transfiguraba en insigne actriz.

Devuelvo al adjetivo su esencial pureza restableciéndolo de su adolecer en crónicas periodísticas y en comentarios teatrales. Pero la verdad es que Josefa Goldar, actriz del "Teatro del Pueblo", puede llamarse insigne sin que el pregón resulte calamitosamente ancho.

Y ella era la muchacha del pueblo que no quería trabajar en las tablas, que zurchía en su casa sus vestidos y pulía sus sartenes sin soñar en el teatro —al que quizás no entienda mucho— transformada en insigne actriz por la fatalidad física y vital de su voz opaca, humosa, caliente, tempestad de pasión que la eleva a nuestra extravagante devoción.

ELOGIO DE JOSEFA GOLDAR

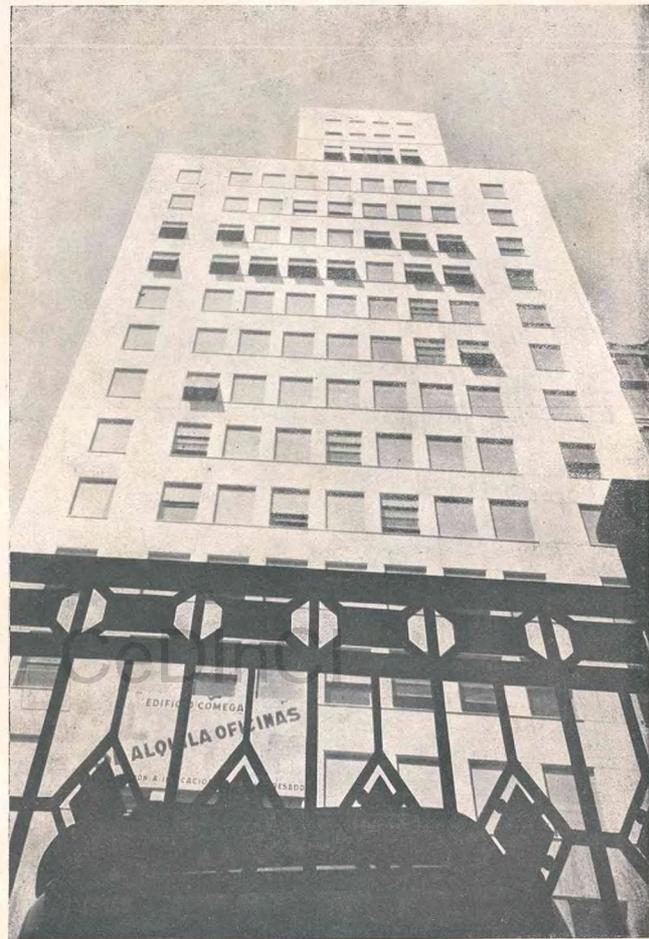
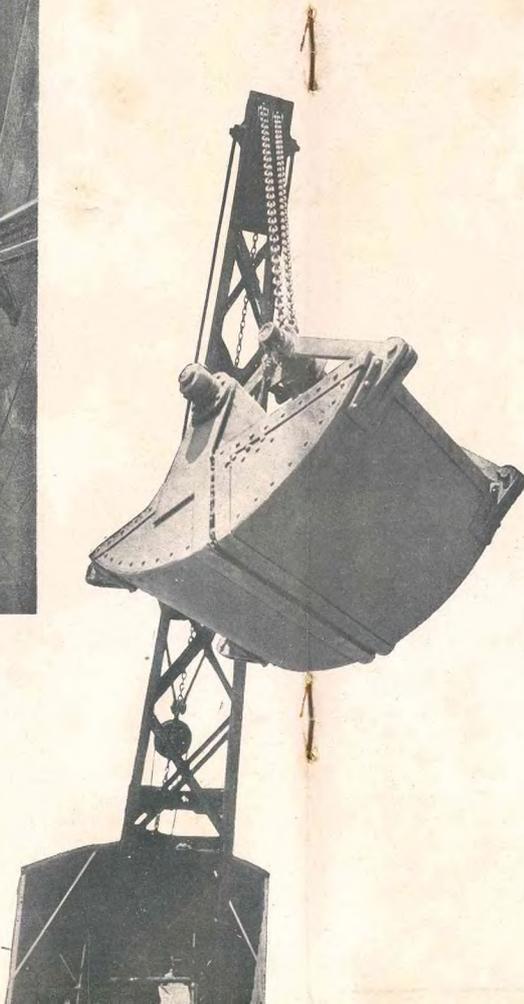
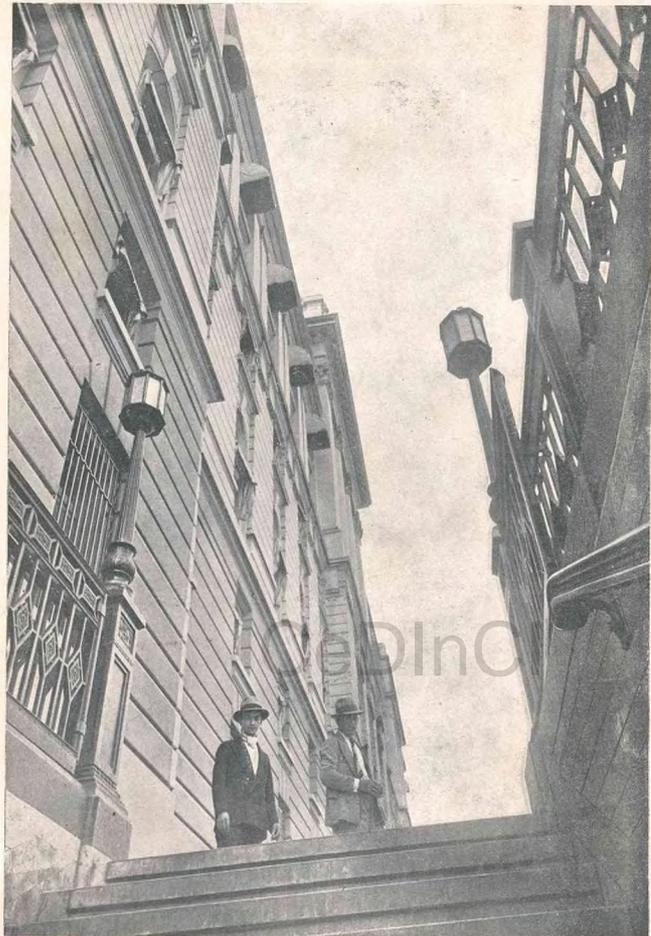
por Nicolás Olivari

Lydia Galleani,



del Teatro Colón

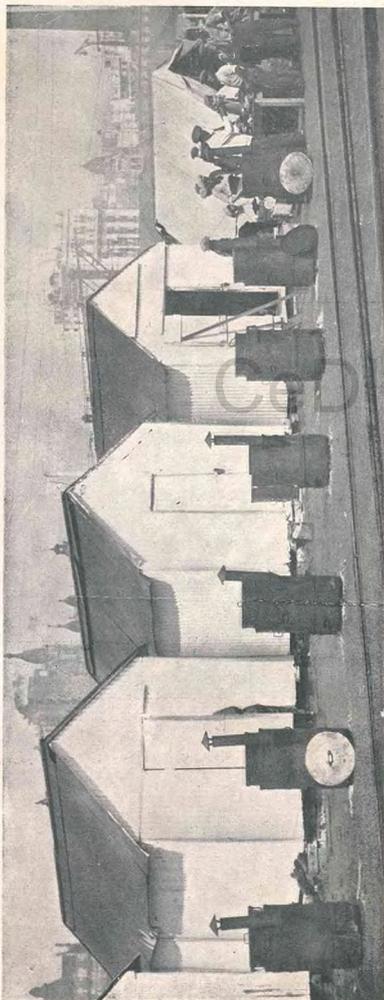
HACIA ARRIBA



El trabajo del hombre va

ganando espacio hacia lo alto.

C a r a y S e c a d e



P u e r t o N u e v o

El presidente Alvear — ¿nuestro Calvin Coolidge?: un Calvin Coolidge, quizás, a ratos áspero (acritud de la gota de limón en la taza de té) y muchas veces cambiante, — el mandatario de la prosperidad, inauguró hace años Puerto Nuevo.

Recuerdo aquellas noches. En seco, los diques eran tan hondos como nuestro optimismo. Optimismo en seco. El trabajo bochinchero de las perforadoras, las grúas estirando y recogiendo el moco de hierro de sus picos de pavo, los pequeños hombres, allá abajo, visibles a la luz potente de los reflectores, todo eso hablaba a nuestra esperanza con una voz viril de éxito seguro.

Había una usina eléctrica, que aún está. A oscuras, ya nos deslumbraba. Elogiando a gritos su arquitectura, sentíamos un orgullo de propietarios. Llevábamos a nuestros amigos para que la vieran: lo hacíamos con la satisfacción del padre flamante que muestra su hijo.

Y una noche nos dimos cuenta de que toda la ciudad había descubierto nuestro secreto. El pueblo, en automóviles de excursión, compartía las sombras eróticas de los viveros de Palermo con la sensación de fuerza de Puerto Nuevo. Cinco años de palabras habían llegado a la multitud en los bloques de granito.

Y Puerto Nuevo se llenó de agua. Inmenso, cualquier barco se perdía en él. Por los amplios depósitos circulaba con libertad de luz. En la punta de uno de sus muelles, frutos del país — duraznos del Tigre — se vendían al por menor a los automovilistas en tren de paseo. Hasta que una noche los depósitos se llenaron con otro fruto del país: la clase de 1910, en armas.

En Francia, tal vez conmovidos por cosa tan grande, construyeron una justificación de Puerto Nuevo:



"L'Atlantique", que arribó cuando aún nos hacía dichosos el lujo. Por su calle interior, llena de todos los ñalagos fáciles y frágiles de la Rue de la Paix, florideó nuestro orgullo. En viajes sucesivos, la nave francesa trajo a escasos compatriotas, arrancados por el control de cambios al "por un peso dan diez francos". (La mayoría de los repatriados, demostrando excelentes condiciones de ratas de incendio, prefirió los barcos de tercera categoría). Después, "L'Atlantique" sólo volvió en las fotos aéreas de su incendio.

• • •

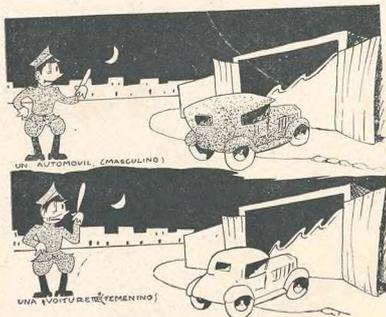
Y otra ciudad nació al costado de la ciudad. Para su fundación no hubo un Moreno Carbonero con sus pinceles. La tela del estandarte de todas las fundaciones había sido empleada en remiendos de asentaderas. Faltó la espada apuntando hacia el cielo: el vigilante del "circulen, circulen" no usaba ni machete. Se im-

provisaron chozas. El hambre no se improvisó: fué elaborado en largas caminatas por las calles indiferentes. La vida retrocedió en muchos siglos. En Puerto Nuevo, puerta abierta hacia el mundo, los hombres no podían ir más allá de su miseria. Todo estaba hecho, las cosas sobraban. El trabajo era una locura. Cerca de la usina eléctrica — la de nuestro entusiasmo, — los desocupados inventaron otra vez la yesca. Un nuevo sistema de convivencia allí se impuso. ¿Suyo? "Yo te doy un pan, vos me das un pedazo de carne". Hombres de todos los países desmintieron la leyenda de la Torre de Babel: con idiomas distintos es posible entenderse. Los unía su fracaso. ¿Suyo? No; el fracaso de la prosperidad de Calvin Coolidge, el de "L'Atlantique".

Pero aun Puerto Nuevo es un paseo. Junto al campamento de los desocupados, los satisfechos — ¿satisfechos de qué? — circulan estúpidos insultos de ocho cilindros, hasta de doce.

A l f r e d o P o s a d a s

La historieta



por Parma

FABRICANTES PROYECTISTAS

Gurruchaga & Cia

EXPOSICIÓN TALLERES
RIVADAVIA 1411 E. UNIDOS 3665

ENGARGUE
LOS MUEBLES
A SU
GUSTO

SOLIDEZ

ARTE
Y
ECONOMIA

(Continuación de la pág. 26)

sión del milésimo de segundo que ran bien realiza una buena máquina fotográfica, no es el del plano de la pintura. Las tentativas futuristas evidencian la multiplicidad de los escollos, y la imposibilidad de vencerlos. La pintura ha sido, es y será de un sentido estático.

Si los pontífices de la nueva iglesia admiten esta flexibilidad a sus reglas y consideran a Klee un SURREALISTE toda dificultad esta allanada.

Para el que ignora todos los refinamientos de meter que hay en la pintura de Chagall es indudable que su producción



"Homero" J. de Chirico

se le aparecerá como la cima de esta nueva postura anti-estivante, que tiene sus raíces en el DADAISMO.

Un mago, cuya varita (pinceles) convierte la materia en un algo que nos habla de un más allá promisor y paradisíaco, un mago que ha hecho de la materia puramente plástica una atmósfera de misterio, de anticipo de infinito, poblado de imágenes idas, pero presentes en su nueva realidad, también ha sido catequizado por el apóstol de las primeras horas a la llamante religión, aludo a Jorge de Chirico.

Más ortodoxos son las imágenes del alemán Ernst; más conseguida, quizá más sentida, la sensación de pesadilla.

Esta captación de imágenes astrales puede llevarnos a una renovación del sentido de la plástica, a una renovación necesaria y tremenda. Para que ello sea posible es menester desprenderse de prejuicios hondamente arraigados en nuestra mentalidad, educada en el apogeo del positivismo.

No riamos de los que sueñan, más bien soñemos. Transcribimos o no estos sueños, poco importa, lo esencial es soñar, es decir: vivir.

La mañana se me escurrió de entre los brazos; eran las 12.

LEONARDO ESTARICO

SASTRERIA DE LUJO

Este es el verdadero modelo de \$ 49

Haga usted preparar el suyo



Las líneas de este modelo son intachables. No es posible nada mejor.

Géneros ingleses a . . . \$ 49

Descuento 10 o/o . . . " 5

Líquido \$ 44

337 - CALLAO - 337

(Continuación de la página 10.)

Una vez, en Río, fuimos juntos al cine y vimos una película de aviadores de guerra. Yo sentía cómo ella se apretaba contra mi brazo, cómo acariciaba febrilmente mi mano. Una sorda irritación empezó a levantarse en mi pecho. Guerra, guerra, la estúpida mujer siempre dispuesta a admirar al hombre que mata.

—El día que haya guerra yo me negaré a pelear.
—¡Oh, no! — decía ella — tú eres valiente.

Yo pensaba en todos los aviadores que he conocido, sobre los que las mujeres han de forjarse extraño concepto, y todos son muy esforzados y prudentes pilotos, que vuelan lo menos posible para achicar el riesgo, que tratan de ganar lo más posible, para retirarse a tiempo, si la muerte los perdona, a disfrutar de la vida con su mujer y sus hijos.

Yo mismo, aviador de una compañía de transportes, el más joven, quizás también el más audaz, y sin embargo, cómo trataba de reducir el riesgo atendiendo cuidadosamente los detalles, elevando las partidas al primer amago de tormenta, llevando la máquina con la prudencia con que el burgués dirige un automóvil por la Avenida Alvear.

Pero este problema de la guerra me había inquietado. Uno de mis compañeros había sentado plaza de aviador en el ejército paraguayo. Al irse cambiamos una docena de palabras.

—Me atrae eso. No sé lo que me espera; pero siento ganas de ir. Si vuelvo, traeré mis buenos pesos. Dejaré a Amelia y a mis hijos el porvenir asegurado.

—Si; pero, la guerra...
—¡Ah!, no, sentimentalismo no. El que va al campo de batalla ya sabe a qué va.

—Pero... matar... fríamente... y tus hijos... tú...

—¡Vamos, hombre! Demasiado sabes que no me he criado remontando barriletes.

A mí me horrorizaba la idea de que algún día tuviese, también yo, que manejar el botón de la ametralladora eléctrica o la palanca de bombardeo. Sabía que era imposible que yo, con un simple movimiento de la mano, dejase caer la bomba que iba a causar la muerte de tantas vidas.

Oía hablar a mi alrededor del heroísmo, del valor, del deber: yo no entendía nada de esto.

Mi vida había sido pródiga en dolores y alegrías. Le había tomado gusto. No tenía miedo de nada. Y sentía un respetuoso sentimiento de solidaridad por todos los seres.

Cuando volaba a mil metros de altura sobre las ciudades, la mano, enérgica y suave sobre el bastón de comando, el oído atento al latido frenético del motor, sentía una gran conmiseración por el hombre, inquieto, movedido e insignificante.

¡Ah! el espacio... la altura... cómo transforma las ideas. Con qué dulzura, con qué serenidad se piensa en la mujer amada, en las cosas del mundo.

Creo que fué en ese momento que pensé en el trébol de cuatro hojas.

Dije en alta voz, y el ruido del motor se tragó mis palabras:

—Me protege el amor.
Las luces de la ciudad se extendían simétricas, y al otro lado el río, con sus boyas titilantes y el océano de oscuridad que había que transponer.

—Me protege el amor.
Quería reconstruir en mi imaginación el rostro de Irene y no lo recordaba. Tampoco recordaba su voz. Pensé que había hecho mal en desprenderme del trébol de cuatro hojas.

Súbitamente me entró miedo. Me dí cuenta de que cuanto hiciera por contener mi inquietud, sería peor. ¿Qué me podía ocurrir? No sé. Durante dos años, a media noche, había cruzado el río, llevando la correspondencia a Brasil, muchas veces con pasajeros, y nunca me había ocurrido nada.

Ahora que todo pasó, puedo asegurar que todo se debía al estado de excitación nerviosa que me había producido mi determinación de romper con Fernanda.

Francamente, en ese momento, no pude sobreponerme a mis temores y no me atreví a internarme en el río sin el trébol de cuatro hojas.

Sentía latir mis sienes dentro del casco de cuero. Pero, ¡qué estúpido! ¿No era ridículo este temor? Si alguien se enterara, si lo llegara a saber Irene. Luego, ¿qué me podía ocurrir?

La máquina marchaba perfectamente. Tenía el sentimiento de que iba a morir. La piel se me erizaba. Mis manos sudaban copiosamente dentro de los guantes. El trébol de cuatro hojas me hubiera salvado. ¡Salvado! ¡De qué! No sé, pero sentía la presencia de algo que fatalmente me iba a precipitar en el vacío. De repente mi angustia se convirtió en espanto. Tuve la certeza de que apenas modificase la dirección de la máquina iba a caer.

Estaba agarratado. En un momento llegué sobre los tanques del Dock Sur. Esto no es fácil contarlo. Por un momento pensé en dejar que la máquina me llevase a donde fuese.

Me visitaban fugazmente todas las imágenes: mi madre, Fernanda, Irene, Ofelia...

El trébol de la suerte... el trébol de cuatro hojas...

El aeroplano empezó a descender velozmente, inclinado sobre un costado. Sentía en mi boca la furiosa velocidad con que bajaba. Mi cerebro no trabajaba. Reuní todas mis energías para coordinar mis ideas, y sólo atiné a pensar: ya lo sabía, me mató porque no trate el trébol de cuatro hojas. ¡Mamá!

Entonces me acometió una furiosa desesperación.



Pero, ¿qué es esto? Agarré el bastón de comando, corté la marcha... ya era tarde... la máquina entró en tirabuzón... caía... caía... no llegaba nunca...
Sentí un golpe seco en el pecho...

III

Escribo estas carillas en una piecita del Hospital Militar.

Ayer vino Irene y no sentí ninguna emoción al verla. Toda la noche había pensado en ese encuentro. Pues, nada.

Vino mi madre, con sus lágrimas y sus quejas. Nada. Vino Fernanda, blanca y seria, con el dije de oro que contiene el trébol de cuatro hojas.

Me sonrió tristemente; me devolvió el trébol.

Vi entonces sus ojos oscuros y grandes, su boca gorduzuela, su seno breve y firme, su cuello mórbido, toda su juventud inocente, y una enorme emoción me embargó al comprender que la amaba.

Buscando una reconciliación, abrí el dije, saqué el trébol, la miré profundamente en los ojos, adentro de los ojos, y fui arrancando una a una las hojas del trébol. —No me quiere... no me quiere... me quiere...

—Ernesto — dijo — con una voz cansada — no te tortures. Lo comprendo todo. Tu trébol me ha traído suerte. Yo también te amo y seré tu esposa; pero me prometerás que no volverás a volar. Y me besó en la frente.

Ahora bien. Juro que todo esto es la pura verdad.

Escribo para defenderme. Me quieren perder para siempre. Si no tuviera la quijada rota, saldría a la calle a gritar la verdad y me reíría a grandes carcajadas. Fernanda estuvo conmigo, habló conmigo, son mentiras que se disparó un tiro... son mentiras que se mató sobre mi carta y sobre el trébol de cuatro hojas.

Fin de "El trébol de cuatro hojas"

Lea en el
tércer número
de HOY argentina
la página de

HUMORISTAS DE HOY
escrita por Roberto Arlt —

LA PÁGINA DE CHAMICO
con dibujos del autor —

UN VIGOROSO CUENTO
de Enrique González Tuñón —

MARTES 23
DE MAYO 1933

RADIO

International Radio Corporation

Administración Técnica y Talleres:
Quintino Bocayuva 1247 - 49
U. T. 45 - 1256 Loria

Oficina Central:
25 de Mayo 366 - Escritorio 26 - 27
U. T. 31 - 2120 Retiro

Primera compañía especialista en
composturas y nuevo servicio de
SEGURO - GARANTIA A DOMICILIO
para toda clase de aparatos eléctricos en general.

Aparatos de Radio, Pick-up, Altoparlantes, Heladeras eléctricas, Motores, Dinamos, Ventiladores, Eslufas, etc., etc.

GRATIS

Pidanos sin compromiso la nueva ubicación de las Estaciones transmisoras de Radio y la tarifa del nuevo SEGURO - GARANTIA.

NOTA: Consúltenos cualquier operación de canje o compra de aparatos eléctricos y visite sin compromiso nuestra exposición en

1247 - Quintino Bocayuva - 1249



G. Pellegrini

*Milonga pa recordarte,
Milonga sentimental...*

El pueblo, a quien nuestros músicos de los conservatorios no dan otra cosa mejor, canta esas estrofas. Gubellini las interpreta con su dibujo y trae la imagen del organito de antaño, condenado, de Callao arriba, al ostracismo.

Así se duerme en el alma de la multitud la silenciosa expectativa de la felicidad. Vuélcase el triste lirismo de la raza cansada, anhelante de los mejores días que nunca llegan. Y, mientras tanto, allá va, calle abajo, en el rollo del musicante, la recóndita armonía del alma popular, ausente de los conservatorios, entristecida en el cantar.

*"Milonga pa recordarte,
Milonga sentimental"*

GALERIA DE HUMORISTAS DE HOY

Conrado Nalé Roxlo



En la República de San Quintín

Capítulo de una novela
en preparación

El territorio de la República de San Quintín era tan reducido, que más que un tal territorio era un terreno.

Colocada en un punto estratégico de América, un miopo podía desde la torre de la Catedral ver ambos océanos. Cosa de que estaban muy orgullosos los sanquintinenses, a pesar del lío que esta maravilla natural, cantada por sus poetas en todos los metros y hasta sin metro, produjo en tiempos del último rey.

Fué así. En aquellos tiempos patriarcales de la monarquía absoluta, la llegada de un circo era un acontecimiento que en las crónicas del Estado se escribía con letras mayúsculas. Los saltimbanquis y volatineros eran declarados huéspedes oficiales y tratados a cuerpo de rey.

Los caballeros y las damas de la corte se disputaban la intimidad de los artistas del redondel y la carpa de Iona. Cuando partían, dejaban en los sanquintinenses tranquilos y sedentarios la nostalgia de las vidas errabundas y azarosas y alguna historia galante que contarse al oído en las aburridas recepciones palaciegas, en que los protagonistas eran una dama de sangre azul y un iluminista o un hércules, según fuere la dama inclinada al ensueño o a la realidad.

Con uno de estos circos llegó un tragasables alemán. Se llamaba Blum, vestía un uniforme verde y oro de general imaginario, y a despecho de su bélico oficio sonreía por todo como un niño sano o una joven de bonitos dientes.

Blum se captó enseguida la simpatía del monarca, quien quiso mostrarle en persona el maravilloso espectáculo de los dos océanos.

El rey, recogiendo el manto de armiño, lo llevó alegremente escaleras arriba por la torre de la Catedral.

Cuando estuvieron en lo alto, le dijo, gozando de antemano con la admiración del rubio alemán:

—Blum, mira y recuerda siempre que este es el único sitio del vasto mundo desde el que pueden verse los dos mares, uno con cada ojo.

Blum miró, admiró e hizo esta reflexión, exacta pero impolítica:

—Y lo más sorprendente, majestad, es que, viéndose desde San Quintín los dos océanos, desde ninguno de ellos puede verse San Quintín, tan chiquito es — y para colmo, se puso a reír.

Al rey se le cayó la corona y estuvo a punto de tirar escaleras abajo al insolente, pero pensándolo mejor, llamó al verdugo, que, de paso sea dicho era también peluquero de su ilustre persona, y le dijo:

—Córtale la cabeza a este animal.

Blum se rió más aún y le dió un amistoso empujón al rey. Pero el rey no estaba para bromas. Y el blasfemo fué conducido al patíbulo entre los insultos del populacho y sin comprender bien lo que pasaba.

Un fraile bondadoso lo convenció de que había que morir como cristiano, y Blum se resignó como un buen muchacho que era. Pero cuando, ya con la cabeza sobre el tajo, vió que el verdugo esgrimía con ambas manos un reluciente sable, pudo más que el deseo de bien morir la costumbre profesional, y en un abrir y cerrar de ojos, se apoderó del sable y se lo tragó.

En dos zancadas traspuso las fronteras, dejando una mancha inborrable en la historia de San Quintín.

Las malas lenguas decían que San Quintín era tan chica que sus habitantes tenían que dormir sentados, pero esto era pura calumnia, se podía dormir echado y hasta darse vuelta, tomando, claro está, algunas precauciones.

Lo lógico hubiera sido, dada su pequenez, que en lugar de historia tuviera una historieta. Pero no era así. Los sanquintinenses eran tan activos e inquietos, que donde un extranjero no hubiera creído posible cultivar un clavel, ellos habían cultivado todas las formas de gobierno conocidas y algunas más. Ahora estaban en la república democrática y revolucionaria.

AL LUTO NUEVO

Esta importante casa brinda a su distinguida clientela la oportunidad de hacer compras a muy bajo precio.

Por todo este mes, incluso el mes de Mayo, hacemos el 35 o/o de descuento sobre los precios marcados.

A los clientes del interior, remitimos muestras y catálogos.

C. PELLEGRINI 761

U. T. 41, Plaza 2213
0070

COLEGIO

I

Patio de escuela. Niños. Tarde luminosa de sol. Muros lechosos bañados en su oro suave. Un cielo con el color del plomo nuevo. Todas las aulas vacías; recreo.

La infancia es empujada por una felicidad salvaje llena de trav-suras y de mocencias. Celeridad de los movimientos y de los juegos buscándolo al tiempo más capacidad. De antaño es blancos que se cruzan, chocan, se despedazan, entran y salen de la retina; imágenes que corren, saltan, se deslizan, gambetean, entre risas claras que se entreveran en un tumulto de risas, entre voces que se enredan en el rumor largo del conjunto, entre exclamaciones que cabrilean sobre el bullicio para terminar por perderse en él, dejando sobre el alboroto del alumnado su estridencia vigorosa e ingenua; gritos breves, frases simples, útiles de los juegos, salto al rango, piedra libre, mosquito bombo y el rescate...

—¿A la mancha?

—¡Ya está!

—¿Quiénes son?

—No, con ése no... Entonces yo no juego.

—Bueno. ¡Ya estamos!

Mis diez años se impacientan por comenzar; el corazón brinca y las piernas están excesivamente elásticas.

... y veinte — termina el que cuenta.

—¡Yo! — grita un rubio con la cara sucia de pecas.

Nos introducimos en la baráunda lanzados en fuga. Carrera impetuosa y apasionada por huir de la mano perseguidora que busca un punto cualquiera del cuerpo que huye. Me infiltro por entre todos los claros, paso, salgo, esquivo, tropiezo, sigo... Grave problema el de una mano que persigue y que intenta pasar a la mía la engorrosa misión de correr detrás de los otros cuerpos que también escapan de la amenaza. Todos los recursos son buenos para salir con éxito de la empresa. Quizás no lo sea tanto el de llevarse por delante a la maestra, pero uno no sabe que va a hacerlo hasta que ya lo ha hecho, cuando la señorita Hermelinda, reteniéndome por un brazo, me reprocha:

Cuentos del recuerdo

—¿Y su escarapela?

Miro mi pecho, en el costado izquierdo. Me da rabia. Si fuera hombre se me ocurriría renegar de las cosas pequeñas que no quedan donde uno las pone. Pero soy un niño de diez años y todavía no sé renegar.

—¿Dónde está su escarapela?

Yo la he chocado, y la señorita Hermelinda no se queja de la brusquedad con que lo hice, parece no saber que la he atropellado. Se aprovecha de mi torpe situación.

—¿Vea cómo está su corbata!...

¿Por qué no pone más cuidado en el arreglo de su ropa?

La observo con extrañeza. Está rara. Sus dedos se meten nerviosos

entre los vuelos de mi corbata (mancha de la blusa azul que fué de mi hermana) y parecen desarreglar más que componer el lazo. Es inútil; no se puede chocar con las maestras sin exponerse a situaciones difíciles. ¿Qué tiene que ver mi lazo con mis nervios?

—¡Vea, vea cómo se ha puesto!...

El tono de su voz es diferente al de costumbre. Sus ojos miran por sobre mi cabeza, vagos, anhelantes, imprecisos. Su mano ha dejado quieto mi corbata, y ya no me retiene. Y sin fijarse en mí, prosigue:

—¡Despeinado, desarreglado, y malo con su maestra!... ¡Si, malo!... ¡Malol!...

CLÍNICA DENTAL 623-Corrientes-623

Abierta de 9 a 12 y de 14 a 20 horas

Dentaduras

de oro 22 kilates

\$ 120.-

Dientes fijos, oro 22 kilates \$ 15 c/u.

Composturas
en 3 hs. \$ 3.-

Trabajos de urgencia
— en el dolor —

Extracciones
sin dolor \$ 2.-

GARANTIZAMOS TODOS NUESTROS TRABAJOS

Servicio especial para personas del interior sin pérdida de tiempo

CLINICA MEDICA 623-Corrientes-623

RIÑON - VEJIGA

Próstata, Impotencia, Blenorragia, Curas sin dolor, Piel, Sífilis, Etc. — Tratamiento moderno. Resultado seguro por Rayos U. Violeta, Vacunas, etc., etc.

CONSULTAS \$ 3 — ANÁLISIS \$ 5

ABONOS ECONOMICOS

Dr. DEL CASTILLO

Consultas de 10 a 12 y de 15 a 19 horas.

PULMON - CORAZON

Estómago, Hígado y Enfermedades Internas generales.

Electroterapia - Regímenes

CONSULTAS comprendiendo RAYOS X

\$ 5.-

Su voz es triste. ¿Soy tan malo yo como para que ella sufra? Estoy serio. Podría irme a jugar. Intento arreglar mi corbata apresuradamente. Parece que la maestra no va a dejarme ir. Junto a nosotros, a la derecha y a la izquierda, en todos los rincones del patio, brincan, ríen y se divierten los trescientos niños del colegio. No sé qué hacer; no me atrevo a nada. Echo una rápida mirada al suelo; quizás allí esté la escarapela. No es que me dé vergüenza lo acaecido; mis compañeros están jugando y yo me encuentro parado, viéndoles y oyéndoles; el recreo pasa... Yo también sufro ahora. El bullicio me entra por los oídos, por los ojos, por las manos; siento un cosquilleo en las plantas de los pies, una ansiedad en las rodillas; estoy aturrido, sudoroso, fastidiado; me echaría a correr para no detenerme sino cuando ya no pudiera seguir. ¡Cuánta risa, cuánto contento, cuánta felicidad en todos los niños!... ¡Y yo!... ¡Nunca volveré a chocar con las maestras!

Pero la señorita me ha dejado allí sin decirme una palabra más. Marcha con paso nervioso. A los pocos pasos se encuentra con el maestro del curso superior que termina de entrar al patio. Se detienen bajo la campana y se ponen a charlar. No les oigo, pero les veo mover los labios animadamente. Y ríen. Ella primero; él la acompaña, solamente. Yo sigo parado. Miro mi corbata. Me quedo allí, como un tonto. El desorden estrepitoso y alegre del patio de la escuela continúa lo mismo, pero yo ya no lo advierto. Me tocan la espalda:

—¡Mancha!

¡Qué agradable sorpresa! Echo una última mirada. El maestro se va hacia su aula, y la señorita Hermelinda sigue bajo la campana, tomándose los dedos nerviosamente, mirándole ir. Salgo corriendo, voy a desquitarme de la demora, me infiltro por entre todos los claros, paso, salgo, esquivo, tropiezo, sigo... Adelanto la mano, busco a mis perseguidores con ojeadas pesquisoras... Pero suena la campana. ¡Maldita escarapela!

Una juventud mental
y físicamente sana
es la que crean las
aulas y los campos
del tradicional

COLEGIO INTERNACIONAL DE OLIVOS

Pupilos, medio pupilos
y externos.

Enseñanza secundaria,
comercial y primaria

FRANCISCO CHELIA

DIRECTOR

OLIVOS — BORGES

(F. C. C. A.)

(F. C. C. A.)

U. T. 90 OLIVOS

COOP. 28 OLIVOS

50 años de educación
han consagrado al

COLEGIO INTERNACIONAL DE OLIVOS

como el más grande de
los establecimientos edu-
cacionales de América.

JAS



p o r
Enrique
González
Tu ñón

EL NUEVO ESTADO

Cuando el oficinista le preguntó:

—¿Casado, soltero o viudo?...

El hombre no supo qué contestar. Entonces, el oficinista, en tono de hombre corrido que comprende las situaciones embarazosas, le dijo:

—Vamos, que no es usted casado, pero es como si lo fuera...

El hombre sintió un gran alivio, y contestó:

—Sí, señor, como si lo fuera... Llevo a cuestas la cruz de la lombriz solitaria, que come por cuatro...

DOS CONTRA UNO

Un buen día la mujer cambió de la noche a la mañana. Ya no era el animalillo paciente que recibe con mansedumbre de esclava los golpes del marido. Era una señora temible, con los amenazantes puños cerrados, prontos a castigar a su cónyuge.

El marido comprendió el milagro, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Dos contra uno no vale!...

Sabía que su mujer no estaba sola; que la acompañaba la solidaridad de una lombriz solitaria.

LA ADORABLE LOMBRIZ

"Erased un hombre a una lombriz 'segado'..."

Habíala criado desde pequeña, desde mucho antes de que le apurrieran a la lombriz los primeros denticillos de leche.

La crió; la educó; la convirtió en una señorita lombriz. Vivía para ella. Trabajaba y comía para ella.

Cuando perdió el empleo y quedó en la espantosa miseria, el hombre decía sollozando:

¡Tendré que separarme de ellal
¿Qué voy a darle de comer?

Pero, la adorable lombriz le dijo.

—Contigo pan y cebolla.

Y el hombre vivió feliz con su lombriz.

¡PRIMERO LAS MUJERES!

—¡Primero las mujeres! — gritó el capitán del buque que naufragaba.

Un hombre, abriéndose paso desesperadamente, llegó hasta el capitán, y exclamó:

—¡Sálveme, señor, para salvarla a ellal! ¡Primero las mujeres, capitán!
¡Un salvavidas para mi lombriz solitaria!...

Erased una lombriz...

LA LOMBRIZ VENGADORA

Tanto y tan mal habló ese hombre de la lombriz solitaria que al fin la padeció. Y la lombriz vengadora le amargó la vida hasta el instante de su muerte.

LA LOMBRIZ SIN CEDULA

Al desembarcar el hombre perdió su aplomo. Creyóse descubierto por ese empleado que lo observaba insistentemente, y, entonces, confesó de plano:

—Tengo la lombriz solitaria.

El empleado le dijo:

—¿Trae pasaporte?

El hombre exhibió sus documentos, pero no pudo hacer lo mismo con los de la lombriz.

El empleado habló con gravedad burocrática:

—¿De manera que su lombriz no tiene cédula de identidad? ¿Viaja sin documentos? Se quedará detenida en la Prefectura, y desde ya le aseguro que será deportada.

El hombre dejó a su lombriz solitaria en el resguardo, y la lombriz se sintió allí más solitaria que nunca.

LA LOMBRIZ DEL ENAMORADO

Amaba el claro de luna y el tarareo de serenatas. Con voz atiplada decía su amor a la novia. Pero, siempre con tan mala puntería que al iniciar el discurso romántico se escuchaba un cacareo interior:

—¡Clac! ¡Clac! ¡Clac!

La novia lo dejó por ese cacareo, y él se sintió amargado.

La que cacareaba era su lombriz. Su materialista lombriz solitaria.

EL VENTRILOCUO

Tenía dos voces y vivía a costa de una de ellas, explotando la precaria hilaridad de una colección de muñecos mallecos. Creíase un ser extraordinario desde que le sobrevino "esa otra voz" con la cual ganábase la existencia.

—Valgo por dos — decía, — pues to que hablo por dos.

El ventrílocuo, ajeno a la lombriz solitaria, adjudicábase a sí mismo la virtud que poseía. Hasta que cierta noche, la lombriz, harta de la tanta vanidad del ventrílocuo, huyó para siempre, y el hombre no pudo hacer hablar a sus "mallecos" muñecos, porque "esa otra voz" era la voz de su lombriz solitaria.

EL DEL TROMBÓN

Tanto sopló el hombre del trombón que en un concierto surgió por la boca del instrumento el cuerpo de la lombriz solitaria. Asomaba su cabecita con la curiosidad de saber por qué metían tanta bulla.

¡La impresión que habrá recibido el público al ver aparecer en la mitad de la partitura clásica a la lombriz solitaria, por el misterioso agujero del trombón!

LA LOMBRIZ POLIZON

Viajaba en tercera clase con su lombriz solitaria. El tenía su pasaje, pero ella viajaba de polizón. El hombre anduvo con mala suerte, y las autoridades del barco le descubrieron la lombriz.

Con la ayuda del médico de a bordo, el pasajero de tercera fué obligado a arrojar al agua a su lombriz solitaria.

LA LOMBRIZ MELOMANA

El hombre, a pesar suyo, concurre al concierto de música sinfónica. Durante el acto bostezó aburrido y molesto porque los ruidos no lo dejaban pegar los ojos. Contra su voluntad, también, volvió al día siguiente y bostezó a Mozart, a Beethoven, y a Chopin.

Y se preguntaba:

—¿Por qué será que, no gustándome este barullo, me siento como arrastrado por esta música?

Ignoraba el hombre que tenía la lombriz. Una melómana lombriz solitaria.

EL SOLITARIO DE LA SOLITARIA

El hombre no tuvo más remedio que tragarse un mazo de naipes para que su lombriz solitaria se entretuviera con el solitario.

LA ESQUELA POSTUMA

"Me mato porque me encuentro sin trabajo y no tengo con qué mantener a mi pobre lombriz solitaria."

El suicida pertenecía a la Sociedad Protectora de Animales.



Homero M. Guglielmini



En mis correspondencias enviadas a "La Nación" me referí más de una vez a un proceso que viene ocurriendo en la sociedad americana desde la Guerra, y que califico como "la deserción de los hombres". La breve pintura que hice de la mujer americana permanecería incompleta si no pusiera de relieve otros aspectos de su personalidad. En general, la mujer americana dispone de más tiempo que el hombre americano para leer y cultivarse. Escucha la radio, concurre al teatro, y asiste a las conferencias y exposiciones con más frecuencia que el hombre. Un eminente sociólogo norteamericano afirma que la palabra cultura en los Estados Unidos, asume una marcada connotación femenina. Un escritor, un músico, un pintor, un escenógrafo, tienen éxito en los Estados Unidos si es popular entre las mujeres y si las mujeres "lo lanzan". A la noche, después de cenar, cuando el marido calza sus pantuflas y se arrellana en el sofá confortable, y se dispone a celebrar tranquilamente su digestión, abriendo el periódico de la tarde o dando vuelta al dial de la radio, la mujer se le acerca y le recomienda el mejor libro de la temporada o le aconseja que compre localidades para el próximo concierto de Koussovitsky. Si se trata de gente de clase muy acomodada, suele ocurrir que la mujer protege, por ejemplo, a un escultor o a un cantante, y el marido, entonces, destina cada mes una suma determinada a las erogaciones comprendidas en ese rubro, junto a los gastos que la señora destina a la compra de sombreros o a los tes sociales. La actitud del hombre en esta esfera de cosas es completamente pasiva. Esa deserción de los hombres se manifiesta bien a las claras si uno asiste a un concierto, sobre todo si el concierto se celebra en las ho-

ras de la tarde. Prácticamente, en esas ocasiones, no se ven más que mujeres, y uno se pregunta, asombrado: ¿Dónde se han metido los hombres? Cuando uno recibe una invitación para un té social, puede prever casi infaliblemente que la conversación será dirigidísima y sostenida por las mujeres. Es cierto que éste es un fenómeno universal, dadas las características del sexo parlante. Pero en los Estados Unidos la mujer ejerce la hegemonía más absoluta e indiscutida en el reino de la charla. Los americanos se han resignado para siempre a desempeñar el papel de simples escucha del sexo opuesto, y en todas las reuniones el marido, el hermano o el amigo se desvanecen prudentemente en un silencio filosófico. O bien se van aparte para tomar unas copas, o conversan entre ellos, sin hacer mucho ruido, acerca de negocios. Esta actitud no se debe sólo a incapacidad, sino también a economía. Gastar tiempo y palabras en la mera charla social es considerado por muchos americanos como un despilfarrar que corresponde a las mujeres. Si no fuera por las mujeres, la conversación estaría a punto de desaparecer totalmente de la vida americana.

No es extraño, entonces, que la mujer produzca inmediatamente en el recién llegado una irresistible impresión de superioridad con respecto al hombre. Esa impresión de superioridad, en el orden intelectual y de la cultura, se ve realizada por la seguridad de sí misma que ostenta la mujer americana en todas las ocasiones y esferas de la vida social. El lugar del mundo en que la mujer se encuentra, por decirlo así, en su casa, es Estados Unidos al frente de un vacío una infinidad para la mujer, para que la mujer lo disfrute y se apodere de él.

La emancipación de la mujer americana se debe principalmente al simple hecho de que trabaja. Se basta económicamente a sí misma, y entonces se emancipa de la familia. En las grandes ciudades es frecuente el caso de que cuando una muchacha llega a asegurarse una razonable independencia económica — a veces antes de los veinte años — se va de la casa, se junta con algunas amigas y ponen campamento aparte. La mamá y el papá van a visitarlas de vez en cuando, con previo anuncio de la audiencia. La mujer americana tiene en general un nivel bastante alto de instrucción. Aunque esta instrucción es muchas veces artificial y está *standardizada*, las capacita mejor que a las mujeres de muchos otros países para conversar de temas tan variados como la política, la última pieza estrenada en el teatro, los problemas del *birth control* o la personalidad de Benito Mussolini. Usan mucho los conceptos en forma de píldoras, o de moneditas acuñadas. De repente, a raíz de la aparición de una nueva escuela psicológica, o de la popularidad de un nuevo invento físico, un concepto entra de moda y empieza a circular por todas las bocas. Una muchacha, en lugar de decirle a uno que está triste, afirma que tiene un complejo de inferioridad. Pero lo sorprendente es que la mujer americana, así como puede producir la perfecta ilusión del amor, puede producir también una ilusión casi perfecta de cultura. Por lo pronto, se puede afirmar que no hay una sola que escriba con faltas de ortografía.

La emancipación de la mujer americana — que empezó realmente durante la guerra, cuando la emigración de los hombres al frente dejó vacante una infinidad de empleos que ocuparon las mujeres — amenaza convertirse en una verdadera

preeminencia en la sociedad de los Estados Unidos. La imagen del marido que se queda en casa pelando papas o dándole la maderera al chico, mientras la señora asiste a un meeting del Club Literario para leer una monografía sobre los poetas ingleses, o a un consejo de la asociación filantrópica contra la vivisección, no es una imagen muy exagerada.

Esa preeminencia es perfectamente compatible, aunque a primera vista no lo parezca, con la emulación en la caza al hombre en una esfera más privada de la vida de la mujer americana. Ha sido característico de las sociedades matriarcales, en que la mujer ha gobernado prácticamente la vida política y social, que el hombre desempeñe en el amor un papel pasivo, mientras la función de la conquista y de cortejar es desempeñada por la mujer. En la literatura de la época matriarcal en la vieja civilización de Egipto, las mujeres aparecen formulando el elogio sexual al hombre en serenatas y poesías. Si no ocurre a tiempo una sublevación de los hombres en los Estados Unidos, esa preeminencia convertirá con el tiempo al país en una especie de ginococracia o imperio de las mujeres. Pero esta sublevación la veo más que problemática, pues el dominio de la mujer es dulce para el hombre, y uno de los encantos más irresistibles de la vida americana consiste precisamente en esa participación constante y decisiva de la mujer en todos los órdenes de la actividad. La tris-

teza y el hastío tan característicos del hombre argentino se deben, por la otra parte, a que vive solitario, o casi constantemente en la compañía exclusiva de sus congéneres, permaneciendo la mujer en el *back-ground*, como si estuviera detrás de la reja. Todavía aplicamos a las relaciones entre los sexos una concepción árabe y primitiva.

La Prohibición en Estados Unidos ha sido principalmente el fruto de esa influencia predominante de la mujer. En un artículo escrito precisamente por una mujer en un magazine americano, y titulado "¿Se sublevarán alguna vez nuestros hombres?", lee el siguiente párrafo: "Las mujeres de este país han suprimido prácticamente todos esos sitios exclusivos donde los hombres acostumbraban reunirse entre ellos. Así como los tiranos de la vieja monarquía francesa prohibían a los liberales reunirse siquiera en privado; así como los zares tenían a sueldo agentes y espías para perseguir y asesinar a todos los súbditos de Rusia que pretendían reunirse en secreto para defender la causa de la libertad, así las mujeres de América, por medio de la Prohibición y el puritanismo, eliminaron toda posibilidad para los hombres de alejarse de su compañía y poder ser, por unas pocas horas, hombres entre "hombres".

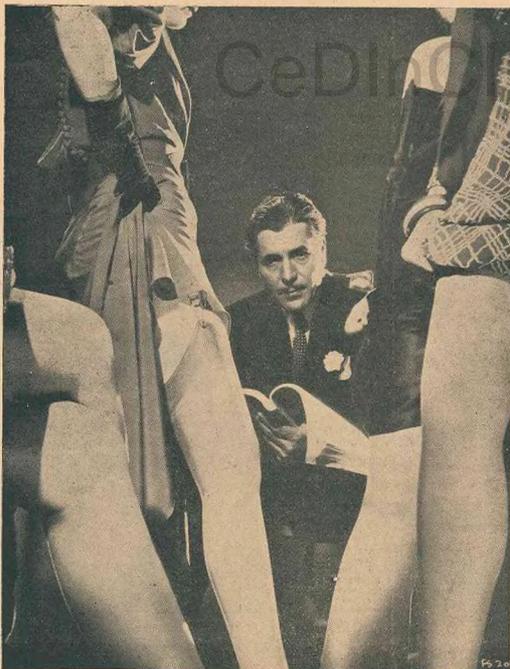
La Prohibición, en efecto, fué un golpe de mano impuesto por la mujer aprovechando la circunstancia de que los hom-

bres se hallaban absorbidos en la tremenda tarea de la lucha. Fué en esa época en que empezó la galopante deserción masculina: las mujeres conquistaron los empleos, impusieron la prohibición, y obtuvieron los derechos políticos. Todo esto durante o poco después de la conflagración. Cuando los hombres en guerra volvieron del frente, se encontraron con un mundo poseído y usufructuado por las mujeres.

Antes de la Prohibición existía el *saloon*, un local muy parecido al garito o café argentino, donde los hombres se reunían para conversar y beber. Uno de los resultados de la Prohibición ha sido que el hombre bebe ahora casi siempre en compañía de la mujer, y la mujer — de todas las edades y clases sociales y profesiones — se alcoholiza en general a la par del hombre. La boga femenina del alcoholismo creció pareja con la del cigarrillo, aunque, con respecto a este último, un factor muy importante — casi siempre decisivo en la vida social americana — ejerció también su influencia. Me refiero a la reclame de los empresarios, en este caso particular los productores de cigarrillos. En 1919 ya algunas mujeres — entre las más jóvenes, por supuesto — fumaban, aunque lo hacían con cierta conciencia del acto, y aun con timidez. El consumo de cigarrillos en 1919 sumaba la mitad del consumo de cigarrillos en 1930. El dato ilustra matemáticamente la incorporación de media humanidad a una costumbre hasta entonces practicada sólo por la otra media. Actualmente la mujer fuma obedeciendo a una exigencia natural comparable a la viril. Cosa parecida ocurre con la bebida. Infinidad de mujeres bebieron sencillamente con el propósito de combatir su "complejo de inferioridad". Desde la Prohibición se divulgó el uso entre los jóvenes de transportar cada cual consigo su propia botella de ginebra o de whisky, y el *flask* y el automóvil constituyeron una alianza poderosa para facilitar una nueva facilidad en las costumbres.

Invocando mi personal experiencia, puedo decir que no he encontrado un solo americano ni una sola americana que no bebiere, y aun puedo afirmar que la abundancia y la generosidad con que lo hacen sobrepasan las de los bebedores de otras naciones. Los pocos abstemios que puedo recordar eran por prescripción médica, y nunca por escrúpulos o dificultades originadas en la Enmienda 18 de la Constitución. Los encargados del *enforcement* de la ley, o sea de vigilar y reforzar a aplicación de la ley, suelen ser ellos mismos alcoholistas rabiosos. Más de una vez he tomado una copa junto con el vigilante en los *speakeasies* de Nueva York o Chicago. Un juez testifica que "en mi corte comparé un agente federal, quien afirmó que entre el 17 de octubre y el primero de Noviembre, o sea un término medio de 14 días, bebió 700 copas de alcohol y 700 copas de moonshine whisky".

Por la Prohibición de vender bebidas alcohólicas es una de tantas entre las innumerables prohibiciones que hay en Estados Unidos. Estados Unidos es, de verdad, el país de las prohibiciones. Hay un innumerable y absurdo repertorio de prohibiciones y mandamientos de toda especie que nos siguen paso a paso y minuto a minuto, y amenazan con sanciones terribles los actos más inofensivos. Casi me aventuro a afirmar que no hay gestión de nuestra vida privada que no



acotaciones

sección vermut

APRECIACIONES

Una película excelente: "La Cité".
Un ejemplo de dirección: "Secuestro Sensacional".

Una discutible pero equilibrada sugerencia sexual: "Internado de señoritas".
Una estupidez sincronizada: "El caserón de las sombras".

Una actriz magníficamente mediocre: Greta Garbo.

Una mediocre actriz magníficamente dirigida: Marlene Dietrich.

Un vigoroso alegato social (y no judicial): "Soy un fugitivo".

Un caramelo made in U. S. A.: "Terresita".

ES ALGO DIFÍCIL QUE...

José Mojica sea un buen actor,
William Haynes un artista discreto,
John Barrymore un intérprete sin afectación,
Ramón Novarro un protagonista subalterno...

ASPECTOS DE BUSTER KEATON A DOS FOCOS

1. — Se ha dicho que su fuerza cómica iguala a la de Chaplin, pero es de naturaleza totalmente distinta: mientras Chaplin, humano, es la reacción cómica a todas las desgracias que hieren a la humanidad común, Buster Keaton es la víctima ignorante de sus propias desgracias y cuyo automatismo le abre paso en un mundo absurdo y enrevesado, salvándolo de las continuas catástrofes que provoca a su paso... (André Beucler).

2. — El rostro es en Buster Keaton un engaño, una negación; su proceso es interior y más bien simple, y si a veces hay en él cierta ridiculización de lo solemne es por gravitación involuntaria; quizás más que en él se halle esa cierta burla entre las volteretas obligadas de su cuerpo: cuando hay, por ejemplo, cuando quiere evadir el fracaso inevitable y matemático a que se sabe predestinado. (A. L.).



Greta Garbo el día que llegó a Hollywood

DIBUJOS EN COLORES

Cuando en 1878, Emile Reynaud salía de patentar su Praxinoscopio, de la Municipalidad de Putey, no se hubiera imaginado adonde llegaría su histórica caja de bizcochos. Porque la primera máquina para exhibir dibujos animados la construyó Reynaud con una caja de bizcochos. Ahora, después de más de medio siglo, se estrenó una maravilla como "Bebés en el bosque", que realizó Walt Disney y que se exhibe actualmente entre nosotros.

Esta maravillosa y poética creación de dibujos animados se filmó en colores. Colores que no pudieron emplearse en los films con personajes de carne y hueso.

El cine actual, si ha adelantado es en estos dibujos. Porque se ha conseguido la gran atracción para el ojo humano: el color.

DOS OPINIONES DE SERGIO M. EINS-TEIN

1. — "Creo que una gran tarea de excitación espiritual podrá cumplirse con el cinematógrafo. Será también la obra histórica del arte de nuestro tiempo, porque sufrimos un dualismo terrible entre el pensamiento — especulación pura — y el sentimiento-emoción. Se trata de realizar una serie de imágenes compuesta de tal manera que provoque un movimiento afectivo, el que despierta a su vez una serie de ideas. De la imagen al sentimiento, del sentimiento a la tesis. Se corre así el riesgo de hacerse simbólico, pero no debemos olvidar que el cinematógrafo es el único arte concreto que sea al mismo tiempo dinámico y que pueda expresar las operaciones del pensamiento. La marcha de éste no puede ser excitada con igual intensidad por las otras artes que son estáticas y que sólo pueden dar la réplica del pensamiento, sin desarrollarlo realmente."

2. — "...pero el film sonoro es, en cambio, del mayor interés, y creo que será la maravilla del futuro. En particular los films del ratón Mickey..."

MENTIRAS CINEMATOGRAFICAS

Es una obra esencialmente humana... No carece de sentido social...

Está realizada sin concesiones a la vulgaridad...

Todo en la película es sutileza, elegancia, que por ratos llega a la exquisitez...

Un director



Tiene 43 años. Nació en Knoxville. Fue asistente de Maurice Tourneur. Su primer trabajo de aliento fue "The Trail of '89". Sus dos últimas y mejores creaciones son "Ann Christie" y "El Angel de la noche".

Caricatura de HIRSCHFELD.

cine matográficas

corto metraje

"LA VENUS RUBIA" atestigua el crepúsculo de von Sternberg. Su última película es un "pout pouri" de los mejores episodios de sus anteriores creaciones. La técnica del director permanece atada a "El Angel Azul". Los espejos, los camarines, las perlas, los "flou", etc. Todo da a entender que a Sternberg se le ha importado un pito que su personaje central — una madre heroica y mejor esposa — actúe en los mismos escenarios de "Marrucos", "Fatalidad", "El Angel Azul" y "Expreso de Sangha".

"SOY UN FUGITIVO" es la narración fotodramática de la amarga aventura de Roberto E. Burns, ex-presidiario de la cadena de Georgia. Con tremenda elocuencia Mervin Le Roy ha realizado una buena película. Paul Muni se comporta con mesura y da al protagonista matices de extraordinaria realidad. Fracaso en el centro y triunfo en los barrios de la cinta. Explicable.

"UN LADRON EN LA ALCOBA", de Lubitsch, es una comedia brillante, indiferente y frivolamente graciosa. Belleza en los diálogos y humorismo en la acción. Decorados de intencionada elegancia.

"EL REY DE LOS FOSFOROS" describe aspectos de la vida del famoso suicida Ivar Krueger, potentado que desapareció misteriosamente. La película es un cuadro sinóptico de cómo se hacen los grandes negocios. Warren William, bien.

"CUANDO LA VIDA EMPIEZA" relata sucesos de una sala de maternidad. Tiene y simple, pinta detalles conmovedores de la vida de la mujer. Loretta Young, Eric Linden y Glenda Farrell, aoman sus lindos genes con mucho sentido común.

"CANCION DE ORIENTE" permite apreciar cómo Ramón Novarro está más rico que Helen Hayes. Chinos por todas las puertas. Un idilio, trapería y música de organito. También aros con palitos...

"LLUVIA" sirvió para que todos se acordaran de la famosa creación de Gloria Swanson cuando el cine mudo. Entonces la obra de Somerset Maugham había sido llevada al cine con el nombre de "Alma pecadora", y era más importante que este trabajo de Lewis Milestone, frío y sin la sugestión con que impregnó a sus diálogos el autor, el público pató y silbo...

GRETA GARBO HA VUELTO A HOLLYWOOD

El regreso de la "laca del Beucler" de la pantalla está otra vez lista para que las luces Kleig le hagan parpadear. Ha vuelto al vientre del chismero universal: Hollywood. A la aldea donde los millones de dólares se cuentan con gruesa fantasía. La divina Greta, la mujer que todos aman, según los "press-sheet".

Esta Ilustre sueca de biografías alteradas, filmará por los yanquis "Castina", que reproducirá la vida de aquella princesa histórica.

"SI YO TUVIERA UN MILLON"

Tenemos informes de "Si yo tuviera un millón". Se trata de una película que hará sensación. Consiste de siete episodios, y cada uno de ellos lo realizó un director distinto. Por ejemplo, han hecho sentir su voz por el megafono Lubitsch y von Sternberg. Uno de esos episodios tiene este asunto: una prostituta recibe, por capricho de un magnate moribundo, un millón de dólares. La mujer, ante tanta fortuna, piensa naturalmente en darse el gran gusto de su vida. Y dice, mientras se encamina al mejor hotel del mundo:

—¡Ah fin voy a poder dormir solita...



Wallace Beery y Jackie Cooper, vistos por la fantasía de un fotógrafo caprichoso

Adx. heures et aux dimanches.
Le matin de 10 à 14 h. Le soir de 8 h à 11 h.
Le soir de 8 h à 11 h.

LE CINEMATOGRAPHE LUMIERE
GRAND CABE
14, Boulevard des Capucines, 14
PARIS.

Cet appareil, inventé par MM. Auguste et Louis Lumière, permet de recueillir, par des séries d'images instantanées, tous les mouvements qui, pendant un temps donné, se sont succédés devant l'objectif, et de reproduire ensuite ces mouvements en projection, grandeur naturelle, devant une salle d'entre deux étages sur un écran.

SUJETS ACTUELS

1. Scène de l'Union (Lumière)	6. Méribel-Parrain
2. A l'Ina	7. Paris-Parrain
3. Ouverture de bébé	8. Scènes de bébé
4. Busnes des Tulleries	9. Le jour
5. La trais	10. La nuit

La Direction se réserve le droit, en cas de force majeure, de remplacer les films présentés par ceux qui sont disponibles.

LE CINEMATOGRAPHE NE PRECISE POINT LES SALONS.

Primer programa de cine impreso por primera vez en el mundo en el año 1995

La mujer en la vida norteamericana

(Continúa de la pág. 45)

está clasificada y fulminada en alguna disposición de este inmenso código disperso, cuyos artículos se encuentran tanto en la Constitución, como en la legislación Federal y de los Estados, y en las meras disposiciones municipales o policiales. Afortunadamente, ese código es letra muerta en muchas de sus partes, pues de lo contrario toda vida humana sería imposible en los Estados Unidos, o quedaría reducida a un mínimo lastimoso. El americano discierne, con un sentido que le es muy propio, cuándo debe obedecer y cuándo no. Esas decisiones de conformidad o negación son adoptadas por la masa gracias a un acuerdo tácito cuya fuerza por inercia es tan tremenda que es irresistible.

En Utah y en Virginia se hicieron leyes, o proyectos de ley, que prohíben polleras más arriba de tres pulgadas sobre los tobillos, o descalzos de más de tres pulgadas. Un bill introducido en Ohio prohibía la venta de cualquier prenda que acentuara indebidamente las líneas de la figura femenina. Los consejos de censores en cada Estado son terriblemente minuciosos. No hay película o pieza de teatro que no pase por sus manos. Por eso no hay que fiarse mucho de la pintura de la vida americana que nos ofrece el cinematógrafo. En materia de libros la censura llega a extremos ridículos. "Oil, Petroleum", el libro más popular de Upton Sinclair, fue prohibido en Boston. A raíz de este juicio famoso, el autor afirmó: "Estados Unidos es mi cliente; Boston es mi agente reclamista". En una ocasión fue prohibida la entrada de "Cándido", la novela de Voltaire, a los Estados Unidos. También fue prohibida al comienzo la entrada del libro de Remarque, "Sin novedad en el frente". "Mademoiselle de Maupin", de Teófilo Gautier, está autorizada en francés y en inglés, pero la traducción al castellano ha sido desterrada. Se diría que hay idiomas obscenos y otros que no lo son.

Para terminar, quiero citarles un letrado que hay en los subterráneos de Nueva York. Este letrado nos informa que si escupimos en el suelo, nos hacemos pasibles de una multa de quinientos dólares, o de un año de cárcel, o de ambas sanciones a la vez. Comparemos esto con nuestro ingenio y optimista: "El que escupe en el suelo es un mal educado".

Por eso dije una vez vive "Prohibición" es una verdadera categoría vital de la vida americana. Los resultados de la tradicional hipocresía y puritanismo sajones, sumados a la influencia de la mujer, son los que han abrumado al país con todos estos decálogos prohibitivos. "La Prohibición y la Censura — según las palabras de un famoso jurista consulto americano — constituyen una fase del actual espíritu americano, que pretende imponer la moral a la masa por medio de la ley". Pero no nos asustemos. Estados Unidos puede definirse como el país donde todo está prohibido, pero donde todo se puede hacer a todo lo que se le hace, además, adquiere el doble encanto de la cosa prohibida. Estados Unidos es uno de los pocos países donde todavía existe el pecado. A pesar de que han desterrado todas las antiguallas, se han quedado con ésa. A pesar de la prohibición, es más fácil fumar un vaso de whisky en Estados Unidos que en la Argentina. Y, además, mucho más barato, porque no paga impuesto.

Leyes de la narración policial

por

Jorge Luis Borges

El inglés conoce la agitación de dos incompatibles pasiones: el extraño apetito de aventuras y el extraño apetito de legalidad. Escribo "extraño", porque para el criollo lo son. Martín Fierro, santo desertor del ejército, y el aparcero Cruz, santo desertor de la policía, profesaban un asombro no exento de malas palabras y de sonrisas ante la doctrina británica (y norteamericana) de que la razón está en la ley, infaliblemente; pero tampoco se avendrían a imaginar que su desmeado destino de cuchilleros era interesante o deseable. Matar, para el criollo, es una percance de hombres, que en sí no daba ni quitaba virtud. Nada más oportuno al Asesinato Considerado Como Una De Las Bellas Artes del "mórbidamente virtuoso" De Quincy o a la Teoría del Asesinato Moderado del sedentario Chesterton.

Ambas pasiones — la de las aventuras corporales, la de la rencorosa legalidad — hallan satisfacción en la corriente narración policial. Su prototipo son los antiguos folletines y presentes cuadernos del nominalmente famoso Nick Carter, atleta higiénico y sonriente, engendrado por el periodista John Coryall en una insomne máquina de escribir, que despachaba más de setenta mil palabras al mes. El genuino retrato policial — ¿precisará decirlo? — rehusa con parejo desdén las aventuras físicas y la justicia distributiva. Prescinde con serenidad de los calabozos, de las escaleras secretas, de los remordimientos, de la gimnasia, de las barbas postizas, de la estrofa, de los murciélagos y de Charles Baude-laire y hasta del azar. En los primeros ejemplares del género (*El misterio de Marie Roget*, 1842, de Edgard Allan Poe) y en uno de los últimos (*Unravelling knots*, de la baronesa de Orczy: *Nudos desatados*) la historia se limita a la discusión y a la resolución abstracta de un crimen, tal vez a muchas leguas del suceso o a muchos años. Las cotidianas vías de la investigación policial — los rastros digitales, la tortura y la delación — serían unos solismos ahí. Se objetaría lo convencional de ese veto, pero esa convención, en ese lugar, es irreplicable: no propende a eludir dificultades, sino a imponerlas. No es una conveniencia del escritor, como los dioses instantáneos de la rutina homérica o como los apartes escénicos o como los briosos confidentes de Jean Racine o como los monólogos que dilatan los héroes palabreros de Shakespeare.

Los mandamientos de la narración policial son tal vez los que siguen:

A) *Un límite discrecional de sus personajes.* La infracción temeraria de esa ley tiene la culpa de la confusión y el hábito de todos los films policiales. En cada uno nos proponen peces desconocidos, y nos revelan finalmente que el desalmado no es Alpha que miraba por el ojo de la cerradura ni menos Beta que escondió la moneda ni el afilante Gamma que sollozaba en los ángulos del vestíbulo sino ese joven desabrido Upsilon que hemos estado confundiendo con Phi, que tanto parecido tiene con Tau el sustituto. El estupor que suele producir ese dato es más bien moderado.

B) *Declaración de todos los términos del problema.* Si la memoria no me engaña (o su falta) la variada infracción de esta segunda ley es el defecto preterido de Conan Doyle. Se trata, a veces, de unas leves partículas de ceniza, recogidas a espaldas del lector por el privilegiado Holmes, y sólo derivables de un cigarrillo procedente de Burma, que en una sola tienda se despacha, que sirve a un solo cliente. Otras, el escamoteo es más grave. Se trata del culpable, terriblemente desmenascarado a última hora para resultar un desconocido, una insipida y torpe interpolación. En los cuentos honestos, el criminal es una de las personas que figuran desde el principio.

C) *Avara economía de los medios.* El descubrimiento final de que dos personajes de la trama son uno solo puede ser agradable — siempre que el instrumento de los cambios no resulte una barba disponible o una voz italiana, sino distintas circunstancias y hombres. El caso adverso — dos individuos que están restando a un tercero y que el proporcional ubicuidad — corre el seguro albur de parecer una cargazón.

D) *Primacia del cómo sobre el quién.* Los chupaceros ya excrecados por mí en el acápite A abundan en la historia de una alhaja puesta al alcance de unos quinientos mil dólares y luego retirada por el manotón de uno de ellos. Se imaginan que el hecho de averiguar de qué apelli-



Cosas de la radio

por

Jasper



—...y yo escuchaba cómo aquel speaker, de excelente dicción, anunciaba y hacía ejecutar hermosas y variadas piezas de música, contaba anécdotas preciosas, leía alguno que otro trozo de algún buen libro, daba diversas informaciones interesantes y en los intervalos pasaba avisos; pero unos avisos cortos y tan bien redactados que, realmente, no era ningún sacrificio escucharlos. Entonces...

—Entonces, ¿qué?

—Entonces me desperté.

do procedió el manotón, es de considerable interés.

E) *El pudor de la muerte.* Homero pudo transmitir que una espada tronchó la mano de Hyspnyor y que la mano ensangrentada cayó por tierra y que la muerte color sangre y el severo destino se apoderaron de sus ojos; pero esas pompas de la muerte no caben en la narración policial, cuyas musas glaciales son la higiene, la falacia y el orden.

F) *Necesidad y maravilla en la solución.* Lo primero establece que el problema debe ser un problema determinado, apto para una sola respuesta. Lo segundo requiere que esa respuesta maraville al lector — sin apelar a lo sobrenatural, claro está, cuyo manejo en este género de ficciones es una languidez y una felonía. También están prohibidos el hipnotismo, las alucinaciones telepáticas, los presagios, los elixires de operación desconocida y los talismanes. Chesterton, siempre, realiza el *tour de force* de proponer una aclaración sobrenatural y de reemplazarla luego, sin pérdida, con otra de este mundo.

No soy, por cierto, de los que misteriosamente desdén las tramas misteriosas. Creo, al contrario, que la organización y la aclaración, siquiera mediocre, de un algebraico asesinado o de un doble robo, comportan más trabajo intelectual que la casera elaboración de sonetos perfectos o de molestos diálogos entre desocupados de nombre griego o de poetas en forma de Carlos Marx o de ensayos siniestros sobre el centenario de Goethe, el problema de la mujer, Góngora percurador, la étnica sexual, Oriente y Occidente, el alma del tango, la destimulación del arte, y otras inclinaciones de la ignominia.

EL TECNICO



Con la misma zozobra con que el agricultor escruta el horizonte creyendo distinguir en cada nube oscura la inoportuna llegada de la langosta que anulará en pocos momentos la prolífica labor de muchos insectos, así, con la misma terrible angustia, el humilde poseedor de un modesto aparato de radio de tres lámparas aguarda temeroso la llegada del "técnico" de la familia.

Y, como la langosta, fatalmente llega. Es un buen hombre. Incapaz de hacer daño a una mosca. Si ve llorar a una criatura se enternece como el que más. Pero un aparato de radio es otra cosa. Y él dedica a su destrucción los mejores momentos de su vida. Es muy probable que el aparato marche a las mil maravillas, pero el técnico, con su privilegiado oído, habrá advertido "una vibración que hay que eliminar", y después que el aparato pasó por sus manos, la vibración ya no se escucha más. Ni la vibración, ni sonido alguno que un modesto aparato de radio debe por fuerza producir.

Aparato que él señala, aparato que irremediamente pasará a engrosar la larga lista de las cosas que ya fueron.

Siente un placer morboso en hurgar dentro de las cajas de las radios. Sacar tornillos, desarmar, cambiar las lámparas de lugar, reformar piezas; en fin, una completa revolución mecánica, y contrariamente a lo que pasa en casos parecidos, a este buen señor no le sobran piezas sino que le faltan, porque ineffectivamente, merced a la torpeza de sus manos, algún tornillo se le cae y se pierde en una ranura del piso. Mas, no por esto se aflige nuestro hombre. Las grandes ideas están para las grandes oportu-

nidades, y él reemplazará al tornillo rebelde con un pedacito de alambre que arrancará de la punta de la tierra.

Indudablemente que se trata de un caso digno de Lombroso. De otra forma no se explica esa morbosidad criminal. Porque el técnico no se limita a destrozar lisa y llanamente; hay una sensualidad manifiesta en su profinidad destructiva.

Si, pese a su denudado empeño, no consigue encontrar defectos al aparato, ya se ingeniará de cualquier manera para que no se le escape. El sabe lo que hay que hacer para aumentar la potencia o darle claridad a la voz, proporcionarle mayor selectividad y captar las estaciones más lejanas.

Lo único que parece no saber es lo que ha costado el aparato.



Rádioscucha: Si al prender su aparato de radio tropieza alguna vez con una canción, no gire el dial. Puede ser que escuche algún buen aviso.

Tengo a muchísima honra, personal y profesional, el poder iniciar mis colaboraciones en la revista HOY argentina, con esta nota sobre "Treinta y Tantos Poemas" de Eduardo González Lanuza, o sea sobre el gran libro de un gran poeta.

—Muy bien; pero qué es lo que entiendo de usted —se me dirá— por gran poeta, por verdadero poeta?

Voy a responder de inmediato a la hipotética pregunta, porque no se me oculta la ineficacia de algunos adjetivos: —Gran poeta, verdadero poeta es, a mi juicio, el que además de esa adivinación superintuitiva, que constituye su milagro, dispone del caudal imaginativo, de la despierta sensibilidad que le permite establecer relaciones, semejanzas o identidades profundas, más ciertas que las puramente aparentes, a fin de expresar por comparación lo que el párrafo lógico no apresaría jamás. Créa entonces la imagen, logra la metáfora. ¡Qué suave licor; qué finísimo hilo de seda! Pero todo morirá sin vuelo, como las crisálidas bajo la lluvia, si el licor se vuelca en un porrón de barro y el hilo se devana sin gracia, sin respeto, sin destreza.

A mi parecer no hay verso, pues, sin el previo dominio del idioma y de su música. González Lanuza, al escribir "Treinta y Tantos Poemas" se ha aventajado a sí mismo en equilibrio, en proporción, en correspondencia entre el sentimiento y su representación verbal, entre el verso y el vino, entre el hilo y su carretel.

Destaco intencionalmente este seguro sentido clasicista que aparece en la obra actual del poeta, como prueba de que la buena madurez es la que el poeta debe al calor de las estufas, sino la sazónada bajo los soles altos y al aire libre; vale decir, en la intrépida frecuentación de las escuelas y géneros literarios.

Eduardo González Lanuza, efectivamente, editó en 1924, con su libro "Prismas", el arquetipo argentino de lo que se llamaba "ultraismo", en tanto que los semanarios populares recogían, con diversos pseudónimos, su impecable técnica de versificación; Eduardo González Lanuza lanzó en 1923, con el título de "Aquelarre", la colección más sorprendente de relatos, donde ya se inicia la sublevarción de las máquinas contra su Dios, el Hombre, lo cual constituye, sin duda, el gran motivo novelesco de nuestro tiempo, el argumento de la nueva filosofía que algún día se escribirá; Eduardo González Lanuza llevó al "Teatro del Pueblo", en 1931, la tragedia "Mientras Dan Las Seis", uno de los más dignos intentos de renovación de nuestra escena, en el que sólo puse mi buena voluntad. Y, simultáneamente con todo ello, su firma aparecía al pie del cuento tradicional, del ensayo o del artículo de polémica, sin perjuicio ni menoscabo de la calidad y de la sinceridad del escritor.

—¿Nunca, de veras, estuvo equivocado?

—Sí, lo estubo. ¿Y qué? Época es ésta de audaces tanteos, de atisbos, de desesperiaciones, de afanes de evasión hacia algo que nacera no se sabe dónde. En el poeta, caja de resonancias, antena hipersensible, chocó la ola del mundo para que su temblor sea registrado. Quien se niegue a mojarse las piernas no sabrá nunca si la mar es amarga o si la playa es dulce, como jamás sabrán nada de la caza y de su estética, los que sólo miran al color de la librea y no al ejercicio de cazada.

—¿Los que me están leyendo comprenderán, sin más, por qué soy tan amigo de Eduardo González Lanuza y por qué admiraría a Picasso, aunque no me gustasen sus guitarras o no me conociesen sus "pirotas"? Es un cuadro, de gesto, de actitud frente a la vida, que pone en evi-

DESDE LA

Eduardo González Lanuza

y su libro

"Treinta y tantos poemas"

por

AMADO VILLAR

dencia la puslanimidad de los que permanecen indiferentes a "Proa", a "Martin Fierro", a la "Revista Oral" y a "Pulso", para decirnos a la vuelta del viaje: "esto que ustedes han traído nos sirve y lo aprovechamos, y aquello otro, como no nos sirve, se lo echaremos en cara o se lo colgaremos de sambenito".

Pero, ninguno de nosotros podrá revelar-le a los hombres utilitarios de la ribera la fracasada epopeya, la epopeya alieccionadora del pez que tiramos al agua o de la espuma que se nos deshielo entre las manos. En arte —sentenciaba Eugenio D'Ors —hay que optar entre ser un aprendiz o ser un farsante. González Lanuza, poeta, se ha decidido valientemente por el primero de estos dos caminos.

Gran poeta, verdadero poeta repito que es éste, cuyo magnífico castellano, noble y un poco solemne como el acero y la piedra, recupera, en temas modernísimos, el fervor de los místicos y la metafísica agudeza que trasciende, para presentar un solo ejemplo, de la composición "Poema del Espejo". Los lectores han de agradecerme que la reproduzca:

Poemas del Espejo:

Cielos humanizados
de tan cerca como estáis de las manos,
donde adquirimos, casi, la levedad de un alma,
y su andar silencioso y su grave sonrisa.
Lejanías que ya han cristalizado,
impenetrable realidad a un paso,
cuyo cristal, como la muerte duro,
filtra la luz pero el vivir detiene,
ojos de nadie, anónimas pupilas,
cárcel del más allá,
ventanal interior, cauce del alma,
golfos de todo milagro
por donde va el Jesús de cada imagen
enjuto el leve pie sobre las aguas.
¿Dónde está aquí que a mi mirar responde
fiel, en cristal, hermano taciturno?
¿En qué rincón de luz ahora medita?
¿Conocerá el peligro que le aguarda
de no poder salir más a mi encuentro
desde la hondura de su inmóvil agua?
¿Cuánto vivir no naufragó en vosotros!
¿Acaso no seréis —final milagro—
sino el mirar de los que ya se fueron!
Ojos de nadie, anónimas pupilas,
puro visión con que nos ve la muerte,
enseñadas que agrandan lo imposible,
provincias del no ser en el espacio.
¿Cuán cautelosa la callada vida
cruza por vuestros ámbitos de ensueño
¡Y el tiempo, cómo pasa de puntillas!
¿Y el olvido borrando toda estela!
Déjé en vosotros un, hoy, vago niño,
un turbio adolescente, un mozo alegre.
¡Oh, irreversibles páginas de estampas!

¿Y así que este hombre alerta que aquí miro se irá también y no hallará a los otros!

González Lanuza es químico industrial. González Lanuza vive en Quilmes. González Lanuza es el hombre más entusiasta, el hombre más optimista del mundo.

Lo visitamos el otro día con Norah Lange y Conrado Nale Roxlo. Me refuté — terrible refutador — varias de las ideas contenidas en este mismo elogio de su libro.

Después, cuando regresamos a Buenos Aires, Buenos Aires nos pareció chiquito, mucho más chico que cualquier pensamiento.

Nos fuimos los tres al Bañero Municipal y nos sentamos junto al agua. Pasaron las horas de siempre y llegó la hora de la verdad, esa que se asoma fatalmente entre la media noche y las primeras luces.

—¡Que me suelten! — vociferaba el río poeta por boca de su oleaje. — ¡Ya basta de cauces y de orillas carceleras que me deforman y me torturan! ¡Súetennme de una vez!

—¡Claro! ¡Tiene razón! ¡Al diablo los arcaísmos, los enrevesamientos y los digres grandilocuentes de "Treinta y Tantos Poemas"!

Y fué, en este punto, que la hora de la verdad rompió a sonar:

—El río —nos aseguró— es un romántico loco. No le hagan caso. Acabará suicidándose de mala manera en poesía pura: mare de mil rostros artísticamente inabivible. Sin el drama de las formas, sin su defecto y límite, sólo Dios es posible. ¡La poesía-poesía no existe! Váyansse a dormir...

PROVISIONES
GENERALES A
SANATORIOS
HOSPITALES
A SILOS
COLEGIOS

TEODOSIO
GATTI

QUITO 3879
U. T. 45, Loria 5287

BIBLIOTECA

Este pobre Cocteau...

por

MARCOS VICTORIA

Este pobre Cocteau no termina de convencer. Quiere hacer creer que su debilidad es una fuerza, que la anarquía de sus sentimientos es una ordenación, una nueva disciplina. Ni el lamentable "Livre Blanc" — sin firma pero con ilustraciones suyas, en edición de lujo, aspirando al natural éxito de escándalo, un negocio seguro después de los "entrefiletos" sugestivos de "L'Intransigant" — ni el reciente "Essai de Critique Indirecte" que Bernard Grasset se ha tomado el inocente trabajo de prologar, son capaces de hacer cambiar de opinión.

No voy a hablar aquí de "Le Livre Blanc". Las confidencias homosexuales que contiene son un tema demasiado incitante y vano para desflorarlo en estas cortas líneas. Los aficionados a los dibujos artísticamente encontrados allí, seguramente, delectación. El lápiz de Cocteau se muestra más diestro y más cínico que su pluma. (Algunas piezas, en verdad, están más cerca del Aréotico — sin su alegría — que de ciertos dibujos edificantes de Leonard de Vinci. No importa. Lo esencial es herir la curiosidad, agujonearla, escandalizarla).

Quisiera, mejor, decir dos palabras sobre el "Essai de Critique Indirecte". Libro de arquitectura haragana es éste, escrito al margen de la obra del pintor Chivico; hecho de pequeñas confidencias, de apostillas a cualquier realidad (incluidas, en primera línea, las realidades del sueño que Cocteau cultiva sistemáticamente, con mayor o menor fortuna, desde el comienzo de su carrera), de preferencias irrazonadas, de apertencias no siempre elegantes y hasta de bromas de mal gusto, como la transcripción en prosa, sin comillas, de fragmentos del "Centique des Colomes" de Valéry (pág. 131).

Este "género vagabundo" — cultivado también por Morand en su descalabrado y vacío "Papiers d'identité", sin la finura sistemática de Alain en sus "Propos sur le bombeur", sin la elasticidad metafísica del mismo Valéry en sus "Régaris sur le non-actuel" (y no cito sino libros más o menos recientes) — no deja de tener sus encantos. Recuerde el lector los gozcos que su Montaigne, su Stendhal, su La Bruyère, su D'Ors le proporcionaron. Nadie está obligado a leerse un capítulo íntegro. Se coge el libro por donde a uno le place. Se lo deja a media página. Un renglón basta, a veces, para enterarse de todo. La intención se oculta cómodamente entre dos palabras y no son necesarias más para hacerla nuestra. El espíritu — cuando el lector tiene espíritu — se acostumbra pronto a este juego vivo y agradable. Y se deleita en una gimnasia con algo de esgrima y con

algo de calistenia, una gimnasia que enseñe a defenderse y a respirar; sobre todo, a defenderse de los estilos — ¡y qué abundantes son en esta tierra del floripondio! — que no sirven ni para combatir ni para respirados.

Es un género literario en el cual Cocteau nada a sus anchas. Podría decirse que el agua salada del estilo fragmentario es su medio ambiente original. ¡No ha dicho Valéry de él que es "la sal de la Francia"? (El lector curioso de las analogías puede perseguir este símil hasta el fin. ¡Nada hay más semejante al estilo del autor de "Opera" — en su búsqueda exasperada del sabor en su blancura inhumana, en su sequedad sin tregua, en su desesperante esterilidad — que el paisaje de las Salinas Grandes, tal cual puede recordárselas quien las haya recorrido, arropado en el tedio, camino de Catamarca y de La Rioja).

Cocteau, este pobre Cocteau, no es en el fondo nada más que sal. Quisieramente pura, irremediadamente pura. Más: es una sal que tiene la convicción orgullosa de su contextura química, una sal que no aspira sino a serlo.



Juan Cocteau.
Dibujo de él mismo.

El más agudo de los escritores de la post-guerra, el autor de la admirable "Lettre à Jacques Maritain" — documento místico tan bello como las mejores confesiones de Pascal, imitado en vano por todos los baduques de la literatura, incluidos los de nuestro país, que miman su conversión religiosa sin comprender el sentido trágico que ella tiene en su vida — y de "La Voix Humaine" — una joyita de humanidad ardiente — se reduce a repetirse, a reeditar los balbuceos brillantes de sus quince años, las bisqueadas primeras del "Potomak" o del "Cap de Bonne-Espérance".

No me explico por qué Cocteau alardea tanto del corazón, por qué reivindica "la estética del corazón", sobre todo en estos últimos tiempos. Su obra tiene ahora, por el contrario, la sequedad luminosa, la esterilidad, el aburrimiento del arte estrictamente cerebral, sin ternura y sin sangre.

¡Conocéis las palabras de Schiller sobre Goethe? "De este hombre desdichado — decía Schiller hablando del autor del "Fausto" — hay que vengarse, para abafar su orgullo, como de las castellanas altivas: haciéndolo un hijo". (Bien es cierto que Schiller cambió después de opinión).

¡Cómo desearía que la Vida — así, con mayúscula — le hiciera un hijo a este pobre Cocteau! Terminaría por aprender en la propia carne herida que el Arte — así, con mayúscula — está muy lejos del pueblo, del pasatiempo, del inconspicuo que él practica, del juego de sutilezas en que se complace, furo que ni siquiera tiene ya el interés de la novedad.

Luoni Hnos.

Empresa
general de
construcciones

BUSTAMANTE 68
U. T. 62 - Mitre 0568
PIDA PRESUPUESTO

ELISEO MONTAINE



LA BRUJA DEL DIENTE DE AMATISTA

Las sombras despertaron sobresaltadas. Alguien había entrado en la habitación. Era la bruja del diente de amatista. La bruja descendió de su escobillón, se sonó las narices y por poco vuelan todos los muebles. Julita vio cómo las sábanas huían aterradas de sus pies. Los postigos dieron un fuerte sacudón. Las pesas del reloj fueron a dar contra una cristalería, y una tremenda carrera de gatos se oyó en el tejado.

Julita sintió la presencia de la bruja. Lo primero que hizo fue ocultarse debajo de la almohada. Allí estaba también su amigo, un perrito de trapo llamado Farfán. Las sombras del cuarto se encerraron en un viejo armario, y a través de la cerradura trataron de averiguar qué haría la desagradable visitante. Esta, lo primero que hizo fue sacar un frasco de petróleo y beber. Todos oyeron cómo caía el petróleo, cual una cascada, en la garganta de la vieja del diente de amatista. Luego soltó una carcajada y se puso a murmurar con tono de misterio:

—Julita, ven acá... Julita, ven acá...

La niña, agarrada a su perrito de trapo ni respiraba. Y la bruja se iba poniendo cada vez más furiosa con su "Julita, ven acá"...

El reloj quiso escapar de su rincón, pero lo detuvo un manotazo. Era como una garrá enaguada. Las sombras hacían tambalear el armario, que crujía, como si tra-

tara de avisar a la bruja que dentro suyo estaban los fugitivos: Julita le dijo muy bajito a Farfán:

—Vámonos, tenemos tiempo... Saldremos por la chimenea...

Pero antes que pudiera contestarle el perrito, la bruja del diente de amatista soltó otra y tan feroz carcajada, que el armario, el reloj y la cama de la niña salieron huyendo por la ventana.

Iban a todo correr, y ya se acercaban al Bosque de las Luciérnagas. Detrás de los muebles y Julita, la bruja los perseguía montada en su escobillón, dando gritos terribles. Farfán, en la corrida, se cayó de la cama y gracias a la rapidez de una sombra que sacó su brazo por el techo del armario, pudo salvarse de la vieja perseguidora. Julita no quería mirar hacia atrás ni en broma. Lo que más lamentaba era haberse dejado en casa un tarro de caramelos. Pero ahora había que preocuparse en cómo salir del apurón.

La bruja, como una sombra, iba cruzando el ramaje de los árboles y a su paso caían deshechas las ramas y desmayados de susto los pájaros.

Ella quería apoderarse de Julita, porque el mago Quirimón le había ofrecido un talismán para estar en todas partes sin moverse de su casa a cambio de una niña que se pareciera a un ángel de buena. Y como la bruja, que había figurado en todos los cuentos infantiles desde que se crearon, es-

Cuento

taba cansada, bien podía llevar a cabo tan ardua empresa.

El armario, sudoroso y fatigado, se sentó a la orilla de una laguna para descansar: momento que aprovecharon muy bien las sombras para darse un baño. Y lo triste para ellas fué que al salir del agua estaban completamente blancas. Se habían desteñido. Por eso el armario no las dejó entrar, y ellas tuvieron que tirarse al agua otra vez y buscarse la ropa. Julita, seguía montada en la cama, mientras Farfán le ladraba a la bruja, que recobraba fuerzas bebiendo petróleo.

El reloj, que en su carrera iba perdiendo las piezas, se maravillaba de encontrarse tan liviano. Dejaron muy atrás el Bosque de las Luciérnagas y mientras iban por un largo y angosto camino de hongos petrificados, vieron clarear el nuevo día.

Esto no le gustaba mucho a la bruja, que según la tradición, debe acostarse a las cinco y un minuto de la madrugada. Le quedaban, pues, apenas tres minutos para apoderarse de Julita. Vació su botella de petróleo haciéndola tintinear contra su diente de amatista.

Y el mago Quirimón esperando. ¡Ah, eso sí que no!...

—Julita, ven acá... Julita, ven acá... — y al final de las palabras sólo se oía salir de la boca negra de la bruja: "Julitaca... Julitaca..."

Faltaban dos minutos. Perseguidos y perseguidora redoblaron sus esfuerzos. A un minuto ya del final, la bruja pudo colocarse en su vuelo a la altura de la cama y extendiendo su brazo enaguado alcanzó a Julita izándola por los cabellos. La niña pateaba en el aire, mientras, llena de gozo, la vieja raptora gritaba:

—Quirimón, Quirimón, tendré mi talismán... Soy la bruja más hábil de los cuentos para niños!...



para niños

El armario, la cama, el reloj y el perrito Farfán estaban desesperados. Ya no verían más a su querida Julita. Arriba, se veía una mancha como un borrón de tinta china tirado contra las nubes por algún dibujante furioso. Después del borrón una cabecita de alfiler negra y más tarde apenas un pinchazo en el cielo.

cieron una rueda y se pusieron a cantar alegremente:

—Cuando me traigan la niña,
¿Qué haré con la niña?
Me servirá de esposa,
Cuando me traigan la niña
la convertiré en una rosa...

Y Julita asombrada se restregaba los ojos... Quirimón la tomaba de un dedo con sus dos manos, mientras veinte escavitos ofrendaban a la niña con un caramelo de limón.

El armario, la cama, el reloj y el perrito de trapo, decidieron en un santiamén ir a salvar a Julita. Pero faltaba un medio rápido de locomoción. Las hadas no habían permitido el uso de la alfombra mágica porque estaba raída y había que conservarla. Por lo tanto, se imponía que la inventiva de cada uno diera con la idea feliz.

Y aquí fué donde a Farfán se le ocurrió convencer a tres patos que discutían sobre si la luna era de verdad o de mentira. Los tres patos trajeron a otros tres patos y éstos, a cuatro patos más. Se armaron hasta los dientes y al minuto ya estaban en vuelo hacia la cabaña de Quirimón. ¿Llegarían tarde?

¡Julita sería ya la esposa del mago feo y gordo que se bañaba en un dedal!

Y los gnomos coreaban, mientras su Rey trinchaba el poroto con un caballo de león.

La bruja del diente de amatista, llegaba con Julita. Bufando y a todo vuelo. Descendieron frente mismo a la cabaña de Quirimón. Doscientos enanitos vestidos de fiesta corrieron a recibir las vistas. Hi-

Lea
"El hombre de la
baraja y de la puñalada"

de

Nicolás Olivari



aquel objeto tan prodigioso — y no se pudo dar cuenta que el armario, la cama de Julita, el reloj y Farfán llegaban volando sobre los patos.

Farfán, que traía una piedra angular en sus patitas, la lanzó con furia sobre el rostro de la bruja. Y la mala suerte quiso que la pedrada diera contra el duro diente de amatista, produciendo chispas. Y como la terrible ladrona de niñas bebía petróleo, se inflamó. Se produjo el pánico. Los gnomos de aquí para allá sin saber por donde tomar. El fuego prendió en varios arboustos que rodeaban la cabaña y en pocos momentos el incendio amenazaba la vida de todo el mundo. Los patos, infelices discutidores sobre la existencia de la luna, no sabían apreciar el valor del fuego y perecieron asados. La bruja se ahogó en un lago de perlas diluidas, tratando de apagar las llamas que le quemaban. Quirimón, con su corte de gnomos desapareció bajo unas matas, no llegándose a saber más nada de él.

Julita, encantada de la aparición de sus amigos, decidió festejar su feliz liberación y con sus audaces y carifosos salvadores hicieron un banquete comiéndose los patos asados.

Farfán halló junto a la orilla del lago el talismán de la bruja; y todos pudieron ver que la mamá y los hermanitos de Julita la buscaban.

Y como el talismán permitía estar en todas partes sin moverse uno de su sitio, la niña pudo darle la gran alegría a su mamá de hallarse a su lado. Y de este modo, Julita, el armario, la cama, el reloj y el perrito Farfán, eran los más felices del mundo porque estando todos en su casa, se pasaban el día, una vez en la China, otra en el fondo del mar, otra en la escuela y donde quisieran. Menos las sombras, que todavía están llorando, buscando su ropa en una laguna, en el bosque de las Luciérnagas.

teatro

Las revistas



Teatros Sarmiento, Fémica y Maipo

Eva Franco inició temporada de liquidación. Espera la llegada de un buque con mercancías de París, con las que espera reponer sus estanterías y vitrinas y tener éxito de boletería.

El Teatro Proletario ha dejado buena impresión. Su primera presentación, en el Teatro Marconi, nos hace esperar con confianza la segunda.

Bianca Podestá y José Gómez siguen asustando a los vecinos. Un detective destacado para la comprobación informó a la superioridad que los gestos y berriños de los dos grandiosos tráficos escapan a la acción policial.

Roberto Arlt ha iniciado en el diario "El Mundo" una serie de crónicas teatrales excelentes, necesarias, urgentemente necesarias. Había que decir algo alguna vez sobre teatro.

"La Perichona" es una obra hecha y basada en el éxito anterior de "Madame Lynch". Tiene todos los resortes fáciles y conocidos para atraer al público. El único detalle interesante es el de que por primera vez en nuestro país la coreografía ha sido realizada por una mujer argentina, Mercedes H. Quintana. Los ballets, buenos. La música de López Buchardo no convence. Es una música neumática.

El Teatro del Pueblo pondrá en escena próximamente una obra en tres actos de Eugenio O'Neill.

"La pícara vida" es una pícaría más de los siameses Quinteros. Tiene gracia, sí, pero pesa, pese a la acción ágil de los García León-Perales, en el Teatro Apolo.

Hasta ahora, nada nuevo se ha presentado en el género de la revista. Pero: se vuelve al pasado. El monólogo, el "sketch" y la fantasía del cuerpo de baile, han sentado plaza "in eternum".

La originalidad se suplanta con el lujo. La gracia es prestada, y la mayoría de las veces, de otras revistas.

Los temas de actualidad son los temas de actualidad de hace años. Sólo varían los hechos. Las palabras y los chistes son anteriores.

El cine es la fuente donde se nutren nuestros reviseros. Por eso las revistas criollas tienen ese sello tan personal...

... y a cada espectador le recuerda algo. En esto, los autores merecen un elogio, ya que hacen pensar al público...

¿Por qué siempre los cuadros más originales son con escenas del Japón, de la vieja Rusia y la India esa que ni el mismo Gandhi conoce?

Lo mejor de nuestros escenarios reviseriles son las muchachas del coro. Hace tanto tiempo que bailan y cantan lo mismo, que han llegado a hacerlo bien.

JULIO R. JASPER

ANTONIO MAS

Escribanos

SARMIENTO 559

Escritorios 15 al 18

U. T. 31 - 1316

"MIRANDOLINA"

EN EL TEATRO ODEON

UN BUEN ESPECTACULO:



Había instalado su vivienda al oeste del puente carretero, abriendo una cueva en un pequeño montículo cubierto de matorrales y "chiriquis".

La "habitación" daba frente al río, en la barranca más alta, con un techo en forma de galería hecho de maderas y latas viejas. Para evitar los desmoronamientos interiores había calzado las paredes de tierra arcillosa con ramas desgasadas de "chafiars". La cama de bolsas y trapos, atravesada en el fondo de la cueva, apenas dejaba lugar para el cajón en que guardaba sus provisiones. A la cabecera del lecho tenía colgada una bolsita llenada con tabaco de puchos recogidos en las calles de la ciudad.

Una tarde de otoño recibió una visita. Lloviznaba. Como siempre que el mal tiempo le impedía salir, fumaba uno tras otro sus raros cigarrillos sentado ante el fuego sobre el que se calentaba el agua para el mate. Por momentos dejaba el jarro de hojalata que le servía de mate y se daba a liar cigarrillos con papel de estraza.

La llovizna rodeaba a las cosas de un vago color gris. Del suelo se elevaba un agradable olor a tierra mojada que hacía aspirar a bocanadas el aire fresco. En las escasas aguas del río las sutiles gotas de la lluvia ponían un temblor, un estremecimiento

de caricia. A Pantalón no le llamaba la atención el panorama, para él siempre igual.

Adivirtió fastidiado, que se le había terminado el agua. Miró hacia el río. Recordó de pie y tomó el tarro. Vió con nitidez el sapo aplastado. Hizo un gesto extraño y plegó el ceño. De pronto levantó los pies como temeroso. Se mojaría un poco entre llegar al río y volver.

En la entrada de la cueva apareció un bulto humano. La aparición quedó contemplando el interior de la vivienda, como sin saber qué hacer. Por fin dijo, con pocas ganas de decir:

—Bue... buenas... tardes...

Pantalón le clavó sus ojos. Y quedó sin contestar, escrutándolo largamente. En la húmeda claridad que ponía en el aire acedados reflejos, apenas si aquello parecía un hombre; semejaba, más bien, un animal de extraña pelambre por los harapos mugrientos y destrozados que lo cubrían. De su rostro, lo único que se veía eran los ojos opacos y húmedos y la punta de la nariz, cubierta de granos y de manchas rojas. Todo lo demás desaparecía bajo unas barbas tan sucias que no se sabía de qué

color eran. Cubría su cabeza un remedo de sombrero que dejaba escapar mechones de cabellos hirsutos y canosos por los varcos agujeros que adornaban su copa.

—¡Qué lindo fuego! ¡Me deja calentar un poquito!

Su voz era opaca, cansada, como si viniera de muy lejos.

El primer impulso de Pantalón fue negarse al pedido. Pero el hombre, sin darle tiempo, ganó el abrigo, desembarazándose de la bolsa que traía a la espalda, y permaneció encogido, esperando.

Pantalón le alargó el tarro del agua, le señaló el río y le dijo:

—Andá a traer agua.

Lo miró alejarse, resignado, con el recipiente balanceándose por su marcha desigual. Los pies, calzados, uno con un zapato y el otro con un botín, ambos rotos y desbrochados, chapoteaban en los charcos formados sobre el césped por la lluvia. El viento agitaba los girones de sus harapos.

Cuando volvió dejó el tarro en el suelo y se acercó junto al fuego. Pantalón cavilaba y tomaba mate. Parecía que cada uno ignorara la presencia del otro. De pronto Pantalón le alcanzó la lata:

—¿Querés un mate?

Con avidez lo recibió el hombre, y como si esto abriera entre ellos la senda de las confidencias:

—Me llamo Roque.

Miró a su vecino con cordialidad; pero lo vió ceñudo y calló, encogiéndose para calentarse más.

Quedaron en silencio de nuevo. En la cueva se oía el ruido del agua al hervir y el crepitar de las astillas al consumirse; afuera, el golpear de la lluvia sobre los matorrales y plantas.

Oscurecía.

El crepusculo diluía en sus tintas los objetos más lejanos estrechando rápidamente su círculo de sombras.

La lluvia arreciaba. A lo lejos, la vista perdía la percepción de las cosas; sólo el brillo metálico de las aguas del río traspasaba la gris cortina de la lluvia.

Pantalón miraba hoscamente de vez en cuando a su visitante. De pronto lo interrogó con brusquedad:

—¿Tenés comida para vos?

Del montón de harapos surgieron las manos como dos garras repelentes, tomaron la bolsa que había dejado a su lado y de ella sacaron varios envoltorios y fragmentos de pan. Deshizo uno de los paquetes y mostró unos pedazos de carne cocida y dos o tres papas.

—Me lo dió una muchacha... — explicó con voz cansada.

Elijó unos pedazos de pan y los unió a la carne preparando su cena. Después se quedó contemplando el fuego. Las llamas ondulantes le alargaban sus caricias cálidas y temblantes. Como siguiendo la ilación de su pensamiento murmuró, con voz tan queda que Pantalón apenas le oyó:

—Yo tuve una novia como esa muchacha...

En el silencio de la cueva se oía el crujido del pan duro al ser triturado por las mandíbulas afanosas. La noche había envuelto con sus sombras el exterior. Las llamas oscilantes ponían sombras ágiles en las fisnomías de los dos hombres. La lluvia tamborileaba sobre las latas de la entrada con un repiqueteo monótono y cansador.

Cuando terminaron de comer llovía con más fuerza, y Pantalón, con un principio de temor, preguntó:

—¿Dónde vas a dormir?

Roque se encogió disminuyendo su cuerpo entre las ropas. Preguntó a su vez:

—¿No me deja estar aquí hasta mañana? No me voy a mover.

Pantalón

relato de

ANTONIO STOLL

Y agregó:
—Mañana me voy a hacer una pieza como ésta, aquí cerca ¿sabe?
No recibió respuesta. Pantalón se encorció un cigarrillo. El otro buscó entre sus ropas y encendió otro, fumando a grandes bocanadas.
—Por esta noche podés quedarte, pero mañana te arreglarás.
—Bueno, — asintió con un movimiento de cabeza.

Cuando Pantalón, envuélvose en las arpilleras que le servían de manta, miró en dirección a Roque, vió recortarse en el cuadrado de la entrada una tenue claridad; a su lado, entre las sombras, un bulto encogido como un perro.

Empezó la vecindad de los dos mendigos. Roque pretendió en diferentes ocasiones entablar conversación con su vecino, pero la actitud de éste no dio lugar para intinar. Roque, entonces, se engolfaba en largos monólogos, apenas perceptibles, como rezos. Había cavado una cueva como la de Pantalón a corta distancia de allí. En poco tiempo la había llenado de trastos encontrados por los basurales: latas, bolsas, botellas, alambres, diarios.

Las relaciones entre los dos hombres eran puramente físicas; sin palabras. El retraimiento y las cavilaciones eran el todo de Pantalón. Roque no acertaba a comprender cómo una persona podía estar tanto tiempo sin hablar. Por las noches iba hacia el buraco vecino con temor, como si fuera a ser echado. Pero iba. Y decía en la puerta:

—¡Me deja responder?
No recibía respuesta. Esperaba unos segundos largos, y luego, trabajosamente, se introducía en la cueva y se sentaba junto al fuego.

Permanecían así largo tiempo; después, cuando Pantalón empezaba a hacer sus preparativos para dormir, Roque se ponía de pie lentamente con pocos deseos de irse. Se desesperaba, miraba a su compañero con ternura y se movía con desgano estremeciéndose ante el frío que llegaba de afuera. Miraba con cariñoso agradecimiento al fuego que se consumía y dirigiéndose a la salida se despedía:
—Hasta mañana.

Fué una tarde de verano. La cueva de Pantalón estaba atrancada por fuera. Roque, desalentado, volvió sobre sus pasos. De pronto se detuvo mostrando en sus ojos el principio de una sorpresa. Era como si en su cerebro reventara el cascabelo de una idea que desconocida para sus emociones. Si, era una risa de mujer; juvenil, temblante, como si la agitara la brisa o pasara por el pico arrullante de un ave.

Allá, en el río, jugaban y corrían levantando chispas de agua tres mujeres blancas. El sol se reflejaba en las aguas, aureolando las cabezas de cabellos flotantes, tiñendo los ágiles cuerpos, recordando las siluetas finas.

Roque dejó caer la bolsa lentamente. Una opresión dolorosa empezó a agitarlo. Después, agazapándose tras los muros, se fue acercando con sigilo y con prisa, teme-

roso de no llegar a tiempo. Quedó en la margen oculto entre un matorro de yerbas, con los ojos brillantes abiertos enormes. Una vieja, hacia la derecha, se lavaba la cabeza y, frente a él, tres mujeres, tres jovencitas se perseguían echándose agua, gritando y riendo.

Los camiones que las cubrían, totalmente mojados, se pegaban a los muslos, a los vientres, a los brazos; el mendigo experimentó una sensación de hambre, de potencia, de fuego. Después, poco a poco, el recuerdo arrastrado por una ternura inexplicable en el ánimo de Roque, le fue corriendo imágenes perdidas en lejanías inalcanzables.

Días plenos de luz, de azul, de verde; atardeceres apacibles aromados de lilas, de aromos, de retamas. Risas con vibración musical. ¿Quizás nunca oídas? ¡o acaso olvidadas? Cabelleras engarzando besos... Bocas rojas, húmedas, engarzando besos... Cuerpos... Cuerpos...

La vieja seguía con el lavado de su cabeza. Las jóvenes seguían persiguiéndose. Una de ellas, para no caer, se asió del borde del camión de una compañera, hacia el cuello. La tela se rasgó y hubo risas de todas. Pero Roque tuvo que suspender la respiración. En la boca seca se le adherió la lengua al paladar, y en el pecho la opresión se hizo violenta. En sus ojos daban trazos, brazos, piernas, pechos desnudados, vértigo. Y, por fin, tuvo que dejarse caer boca abajo, apretándose el pecho, la cabeza, la cara, sacudido por aquejones-febriles.

Unos gemidos sordos lo fueron trayendo a la razón. Más cerca de las mujeres, que ahora se vestían, agitábanse los matorrales; ahora sí, Pantalón caído como él, engañado en la tierra húmeda sus dedos.

Roque abrió los ojos, sorprendido. Después, se hundió más en la tierra, avergonzado.

Volvieron a sus cuevas ya cerrada la noche.

Iban encorvados. Aplastados hacia la tierra que había recibido su dolor.

En la noche cantaba la brisa con sus olores de agua, de plantas, de vida.

Pantalón llegó andando con pachorra; venía del río, de bañarse.

Para Roque ésta era otra de las cosas inútiles que se hacían. Una vez, Pantalón, al verle rascarse, le había dicho con brusquedad:

—¡Vos no te bañás nunca?
Y Roque, encogíéndose como si le hubiese caído un balde de agua fría, se había ido a su cueva, gruñendo.

Ahora, Roque, viendo ante sí a Pantalón limpio, recordó aquel reproche. Y tuvo miedo.

Pantalón se sentó junto al fuego, como lo hacía todos los días, invierno y verano. Su mutismo había comenzado a molestar grandemente a Roque, quien se sentía herido por la superioridad que emanaba de aquel aislamiento de Pantalón. Hacia tiempo que deseaba adoptar una actitud ante él, una actitud cualquiera, un gesto que le valorizara, en suma. Y viéndole allí, fumando cachazadamente, tomando mate como si no hubiera nadie junto a él, no pudo contenerse:

—¿Por qué pedís con tanto orgullo? Lo dijo sin mirarlo, casi con prisa. Y agregó en seguida:

—De todas maneras, son un mendigo. Pantalón siguió fumando. Alguien cre-

pitir de leña dura entre el silencio. Y, por fin, como una explicación, apareció en la cara de Pantalón una mueca despectiva, insolente.

Roque dejó de mostrarse durante dos días. Al tercero, Pantalón fue a su cueva. Roque estaba doblado sobre la pequeñez de un camastro de trastos, y se quejaba con lamentos débiles.

—¿Qué te pasa?

—¡Aquí... el pecho... la garganta... Su respiración era ahumosa y de a tatos silbante. Pantalón lo increpó:

—¡Por salir lloviendo!... Y terminó:

—¡Ahora qué pensás hacer?

El enfermo movió apenas los hombros y se le quedó contemplando con una mirada humilde y tímida de perro. Después de un momento Pantalón se inclinó y levantó las arpilleras que cubrían al enfermo. ¡Un hedor que se desprendió del cuerpo su! resco mal cubierto por los harapos era insuportable. Con rabia se apartó Pantalón dando una patada a un trasto:

—¡Ta que vos cochino!

Enfurecido súbitamente, quizás más por no poder ahuyentar la picada que sentía surgir en su corazón empezó a arrojár a afuera, a puntapiés, la basura que cubría el suelo. Encorvado por la escasa altura de la cueva, daba manotazos a un atado de trapos, arrojaba tablas semipodridas o hacia rodar tarros y latas ennegrecidas o cubiertas de orin. Por momentos, con más rabia, mascullaba epítetos insultantes como ahogados por la tos que le arrancaba la nube de polvo:

—¡Peor que los chanchos!... ¡Puerco!...

Roque se empuqueñaba entre sus harapos y redoblaba los quejidos.

Cuando estuvo más o menos limpio el interior de la cueva, Pantalón se aproximó al lado del enfermo y quedó un rato mirándolo; después, como a su pesar:

—Y ahora, ¡qué querés que haga?

No contestó, cohibido por la actitud fastidiosa de Pantalón, y éste interrogó de nuevo:

—¿Querés un té de menta?

Roque contestó humildemente:

—Güeno. Pantalón salió en dirección al río en

BERNARDO GUROVICH

TEJIDOS ROPERÍA

TELÉFONO 47 - 4866

CORRIENTES 2128

busca de menta y un rato después volvió a entrar trayendo un tarrito tapado con un trapo por entre el que salía el pico de una bombilla. Ordenó secamente:

—Sentate.

Roque procuró hacerlo y los movimientos le arrancaron un gemido. Quedaron mirándose en una espera mutua. Pantalón dejó el recipiente en el suelo y se arrojó al lado de Roque; le pasó, con algo de brusquedad, el brazo por debajo del cuerpo y lo levantó, sentándolo y dándole a beber el té.

Era mediada. En la calma exterior había como un sereno recogimiento que caía del azul del cielo, como si la naturaleza se tomara una trépa en su flujo de vida. Apenas un airecito fresco, del lado del río, llegaba como una caricia muy tenue.

Roque, acostado otra vez, miraba a Pantalón sentado al lado de la entrada de la cueva en su actitud de sientepa. Sus gemidos se habían calmados y en sus miradas había una húmeda gratitud. Pasado un rato, Pantalón se levantó y se dirigió a su cueva.

Sacado bruscamente de su amodorrado momento el practicante se enderezó mirando somnoliento hacia la puerta: estaba ante el acentuado parecido a payaso.

—¿Qué quiere?

—Pantalón se adelantó. Al salir del mar-



GRAN BAZAR "LA CAPITAL"

OFERTA EXTRAORDINARIA

Cubiertos de alpaca española marca "CIGÜENA"

Cucharas p/ mesa, doc.	\$ 6,50
Tenedores " " "	" 6,50
Cucharas p/ postre " " "	" 5,80
Tenedores " " "	" 5,80
Cucharitas p/ café " " "	" 3,50

BAZAR MENAJE CRISTALERÍA

TELÉFONO: 62 - 3096

RIVADAVIA 3784/88

—Pero es que está muy enfermo. Perdida la paciencia el practicante explotó:
—¡Lo hubieras traído antes!
Luego, como si quisiera borrar la dureza de sus palabras:
—Más tarde, cuando venga la ambulancia, la voy a mandar.
Pantalón no contestó. Fijó sus ojos en los rectángulos de vidrios esmerilados de la ventana, en el escritorio cubierto de aparatos complicados, en los estantes llenos de frascos. La claridad arrancaba reflejos metálicos a los níqueles y las lozas. Se movió irreflexivo. Listaba tan limpio todo allí... Todo brillaba pulido y limpiísimo. Se oía el eco mezclado a un olor enduzado de medicamentos y un poco fuerte de ácido férrico.
De golpe recordó el cuerpo sucio y sudoroso de Roque cubierto de harapos, plagado de parásitos. Se estremeció y se dirigió a la puerta. Al llegar al dintel se volvió y sin mirar al practicante murmuró lentamente:
—Bueno... no se olvide de mandarla.
Salió. Sus pasos lentos se arrastraron un momento por la acera extinguiéndose poco a poco.
El practicante reclinó la cabeza en el sillón y se adormeció de nuevo.

Toda la tarde esperó Pantalón la ambulancia. Se había sentado a la entrada de la cueva, mirando por momentos hacia la calle que terminaba en la margen del río, al lado del puente.

Un desgano aplastante entorpecía sus músculos. Hasta él llegaba la respiración silbante de Roque.

de la puerta su talla disminuyó. La dureza de su gesto se había borrado ante la preocupación por la forma de expresar sus deseos. Miró indagante al practicante y dijo, como esperando ayuda:

—Un enfermo...

El practicante interrumpió:
—¡Ah! ¿no sos vos?

Ante el tuteo levantó de golpe la cabeza. Se contuvo y contestó:

—Es mi compañero.
—¡Ajá!

El practicante lo escuchó, despreciativo, por entre sus párpados entrecerrados. El silencio se hizo molesto. Desde la calle llegaba el apagado rodar de un coche lejano y por momentos el áspero chirriar de la sierra de una carpintería.

—¿Y qué querés que haga? Lo hubieras traído.

—Es que está mal.

El practicante abotonó un ojal de su guardapolvo.

—¿Y qué tiene?

Se encogió de hombros evitando contestar.

Poco a poco adquiría su aire hosco y severo. La comprobación de una seguridad que traía al venir, ponía su habitual dureza en los ojos y en las mandíbulas apretadas.

—¿Y adónde vivís?

—¡Acaso no lo sabís? ¡No sabía todo el pueblo quién era él y dónde vivía?

Como si se quebrara algo en su interior, murmuró:

—En el monte.
—¡Ajá!... ¡Y querés que vaya el doctor para allá? ¡Estás arreglado!

Hacia el atardecer las aguas del río se oscurecieron. Una total pasividad se disolvía en la atmósfera. Caía de lo infinito como un riego de calma majestuosa y apacible. Pero la ambulancia no vino.

Temprano, a día siguiente, llegó al rancho de la médica Margarita. Era detrás de una quinta, al final de la calle Alberdi. En la tranquila quietud de la mañana sonaba estallante el escape del motor del depósito de las aguas corrientes. Varias cabras mordisqueaban la abundante gramínea de los potreros.

En el patio, bajo un enorme algarrobo, una mujer joven, en chancletas, hacía fuego entre dos pequeñas litas de adobes sobre los que había un tacho ennegrecido por el humo.

Al golpear las manos se volvió la mujer y del rancho salió otra, baja y gorda. El rostro aindiado, casi negro, parecía engrasado con tan brillante. Los ojos, pequeños, negristimos, tenían un destellar vivaz, más bien astuto entre los párpados gruesos y salientes. La nariz, un poco aplastada, era movable y más lustrosa aún que el resto de la cara. Entre los labios carnosos sostenía un grueso cigarrillo apagado. A cada lado del rostro redondeo caía una "dempa" pesada y reñegada, de cabello duro como cerda. Vestía un batón de color indefinido por el tiempo, arrastrando una cola con la que barría el suelo.

Al ver a Pantalón parado sin atreverse a entrar al patio, giró como creyendo que éste fuese sordo.

—¡Entrá!

Pantalón se adelantó. La vieja lo miró, interrogante, agitando de vez en cuando una botella llena de un líquido verdoso. Lo miró indiferente y preguntó:

—¿Y di'hay? ¿Qué querís?

Pantalónón sentía como si dentro de él faltara algo. Por primera vez quería poner una súplica al hablar y tenía una negativa.

No sabía qué hacer con las manos: las metía en los bolsillos, las sacaba moviéndolas.

Por fin dijo quedadamente:

—Mi... compañero... que está enfermo. La médica pareció esperar más explicaciones. Ante el silencio del hombre, volvió a preguntar:

—¿De qué está enfermo?

—No sé. Quedó con la cabeza inclinada, mirando al suelo, moviendo nerviosamente de las manos, como si fuese culpable de su ignorancia. Un gallo y unas gallinas, cerca de él, picoteaban el suelo. Un benteveo, sobre el algarrobo, desató la estridencia de su grito.

—¿No lo podés traer?

Pantalónón sacudió la cabeza. Un cuquitol blanco corría a una clueca que alborotaba defendiendo a los pollitos. Las dos mujeres gritaron retándolo:

—¡Juera, Cuall! ¡Perro 'e porral! ¡Jueal! El perrito huyó hacia los potreros corriendo a un cabrito. Las cabras se arremolinaron y se desbandaron. La vieja, enfurecida, corrió hacia el rancho:

—¡Ramón, Ramón! ¿A dónde se metió este muchacho 'el diablo? ¡Ramón!

De una especie de galponcito, al lado del rancho, salió un muchacho descalzo y sucio, con una taza en la mano:

—¿Qué hay, también!

—¡Todavía tomando el mate, porquerel! ¡Andá a correr ese perro que no deja tranquilas las chivas! ¡Aparat!

Volvió a llegar a Pantalónón:

—Entonces, ¿no lo podés traer? Este murmuró como en una disculpa: —Está muy mal... Le duele el pecho, la espalda...

—¿Y qué li hay hecho?

—Nada.

—Me hubieras traído l'agua.

Pantalónón se la quedó mirando, asombrado.

—¿La agua?

—Sí, hombre. ¿No sabís lo que son l'agua?

La vieja se metió al rancho.

Pantalónón se movió indeciso. Múltiples objetos despararrados en desorden por el suelo, debajo del árbol, al lado del rancho. De una ramada hecha de cañas colgaban atados de hierbas que embalsamaban el aire con olores penetrantes. De pronto, la voz de la curandera llegó imperativa:

—¡Entrá!

La vieja, sentada en un banquito muy bajo, amasaba con un cuchillo una pasta ne-gruza en una lata plana que tenía sobre la falda. Pantalónón miró en derredor. A su frente, sobre una mesita cubierta con una carpetita de colores, había un "nicho" de vidrio con un santo adentro. Las paredes estaban cubiertas de estampas religiosas. A la cabecera de una cama de hierro col-gaba un Cristo clavado sobre una cruz de

palos. En una esquina había otra mesita con un amontonamiento de chucherías y tar-jetas postales mezcladas a retratos fami-liares.

—Atendé, pa' que le bagás bien los re-medios.

Se volvió a la mujer atendiendo. Esta aplastaba entre sus manos la pasta grasosa.

—Le vah a frotar la espalda hasta la cintura con esta pomada. ¿Oís?

—Sí.

—Y después le ponís cataplasmas de lino al pecho.

Pantalónón sacudió la cabeza aturdo: —Yo no sé como se hace eso.

—¿Y qué hah aprendido? Pucha qué inú-til. Mirá: Agarrás un surtón o una lata y ponés el lino en el juego con un poquito de agua y cuando esté bien caliente lo volcás en un trapo, lo arrollás y se lo ponís al pecho. Y mientras tanto calentás otro poco y cuando se enfríe la que tiene puesta se la sacás y ponís otra. ¡Hah oído?

—¿Usted no va ir a verlo?

—¿Y pa' qué? Lo voi a curar de aquí. Y cuando le bagáh los remedios resá.

Pantalónón la miró y dijo como si fue-se una culpa enorme su ignorancia:

—No sé rezar.

—¡Ta que sos hereje! Güeno, voi a re-zar íol!

Le alargó la pomada y se puso de pie.

—¿Tenés lino?

El hombre sacudió la cabeza negativa-mente. La mujer se llegó a un aparador tos-co y viejo y lo abrió sacando un paque-te. Buscó un papel y fué sacando puña-dos de lino de aquél, lo envolvió y se aproximó alargándose. Pantalónón quedó irresoluto, alargó la mano a medias, la re-tiró y miró al suelo.

—¿Dial, tomá!

El hombre volvió a estirar la mano y miró hacia la puerta. Dijo quedadamente:

—Es que... no tengo plata... pa' pa-garle.

—¿Y quién te la pide? Tomá, agarrá de una veh!

Pantalónón tomó el paquete pero no di-jo nada. Dió un pase hacia la puerta y se detuvo. La médica ordenó:

—Andate a curarlo. Que Dios te ayude. Cuando tengah me pagás. Andate.

Pantalónón asintió. Quiso dar las gra-cias pero algo dentro de su pecho le aho-gaba las palabras. Levantó su mano y por primera vez se quitó el viejo sombrero. Después se volvió y salió.

Roque murió tres días después, una ma-ñana luminosa y apacible.

Pantalónón, que desde que lo curaba dor-mía a la entrada de la cueva del enfermo, en el suelo, se había levantado temprano. Quedó un momento de pie, quieto, miran-do hacia arriba.

Desde la ciudad llegaba un jadear sordo

y profundo. Renacía la vida. Los casca-béles de la jardinería de un lechero ponían en la calma del ambiente un tintineo alegre y jugueteo.

Miró hacia el enfermo. Dormía. Roque, de espaldas, y la tenue claridad que pasa-ba por la entrada, su rostro macilento, de-macrado, tenía una rara serenidad.

Pantalónón se retiró y se puso a hacer fuego. Cuando volvió el río, sacó de su cueva lo necesario para tomar mate y se sentó al lado del fuego.

El este parecía el reflejo de un incendio enorme por entre cuyos resplandores ro-jos se filtraban rayos larguismos de oro. El puente recostado contra el horizonte lu-minoso la trabazón de sus fierros en com-plicadas figuras geométricas. El lejano bos-caje de sauces, en la curva de la otra orilla del río, ennegrecía el verde de sus rama-jes en una silueta ondulada y quieta.

Cantaba la luz en la comba deslumbran-te del cielo. Cantaba la brisa rumorosa agitando apenas los ramajes, como si los acariciara. Cantaban las aguas cristalinas atropellándose en la arena. Cantaba la vida.

Pantalónón preparó un poco de té de yu-yos en un jarrito y se introdujo en la cue-va llegándose al lado de Roque. Lo movió, hablandolo. Los ojos continuaron cerrados.

—¡Roque! Roque, tomá un poco de té! Pero Roque calló.

Nunca más dijo nada.

Pantalónón, impresionado, quedó quieto largo rato, de rodillas, mirando al enfermo. Algo desconocido, enorme, le apretaba el pecho, secándole la garganta y haciéndole temblar las manos. Le parecía que el cuer-po de Roque se empequecía, aplastándo-se entre los trapos poco a poco.

Lentamente el mendigo se arrastró hasta la entrada y se sentó del lado de adentro apoyando la espalda en la pared de la barranca. Miraba hacia afuera: los mato-rrales, el musgo, las aguas del río, las cas-cas de la otra banda con sus pequeñas quintas, los altos pinos del parque lejano. El horizonte tenía la belleza radiosa de al-go inalcanzable.

Por momentos miraba al enfermo. Hube-ra querido hacer alguna cosa, pero algo misterioso y solemne anulaba sus fuerzas y aplastaba su voluntad. Un rayo de sol se metió en la cueva iluminándola. ¿Cómo le gustaba el sol a Roque! Se pasaba los días enteros al sol! Se hubiera pasado la vida, tendido en el suelo, mirando el sol!

Con el atado al hombro se dirigió al puente y trepó el declive. Por el puente se dirigió hacia el norte; cuando llegó a la calle flanqueada por el muro de siempre- vivas caminaba encorvado.

Se detuvo un instante. Se dió vuelta y miró hacia la cueva. Algo debió golpearle por dentro, pues se le vió vacilar. Se re-compuso muy lentamente. Y luego, envalen-tonándose con un movimiento de hombros, siguió su camino.

Mutualidad
Estudiantes de
Bellas Artes

Enseñan
Profesores
Diplomados

BELGRANO 1083

Clase de dibu-
jo, pintura y ar-
tes decorativas

Ingreso a la
Escuela de
Arte Dic. de
la Nación

Antonio Caifano

Kinesiólogo
Egresado de la Facultad
de Ciencias Médicas

Ex masajista de los hospitales
Fiorlto, Clínicas y Rawson. Ma-
sajista del P. de la Infancia.

Masajes y gim-
nasia médica.

BEAUCHEF 350
U. T. 60 - 7223

De 15 a 17
Buenos Aires

Consultas a domicilio
Horarios convencionales

MIGUEL TELLECHEA

PAPAS,
CARBÓN
Y LEÑA

al detalle
a domicilio
para familias

Nadie mejor ni más barato en Buenos Aires

Pedidos tele-
fónicos des-
de 10 kilos
35 Libertad
0196, 0198, 0199

CANGALLO 1044

COMPRAVENTA COMISIONES
RE MATES

L. J. Naón y Cía.

Casas Se
Campos tramitan
Terrenos sucesiones

Dinero en hipoteca
y
sobre construcciones

RIVADAVIA 5476
U. T. 60 - 4 5 9 2

Escribanía Seoane
6 MAIPÚ 206
U. T. 38 - 6071

ANTONIO STOLL

ILUSTRÓ AMADEO D. BINCI

LIBRERIA

AMATEUR

La
más
surtida
de
Buenos
Aires

La
más
barata

CORRIENTES 1614

